



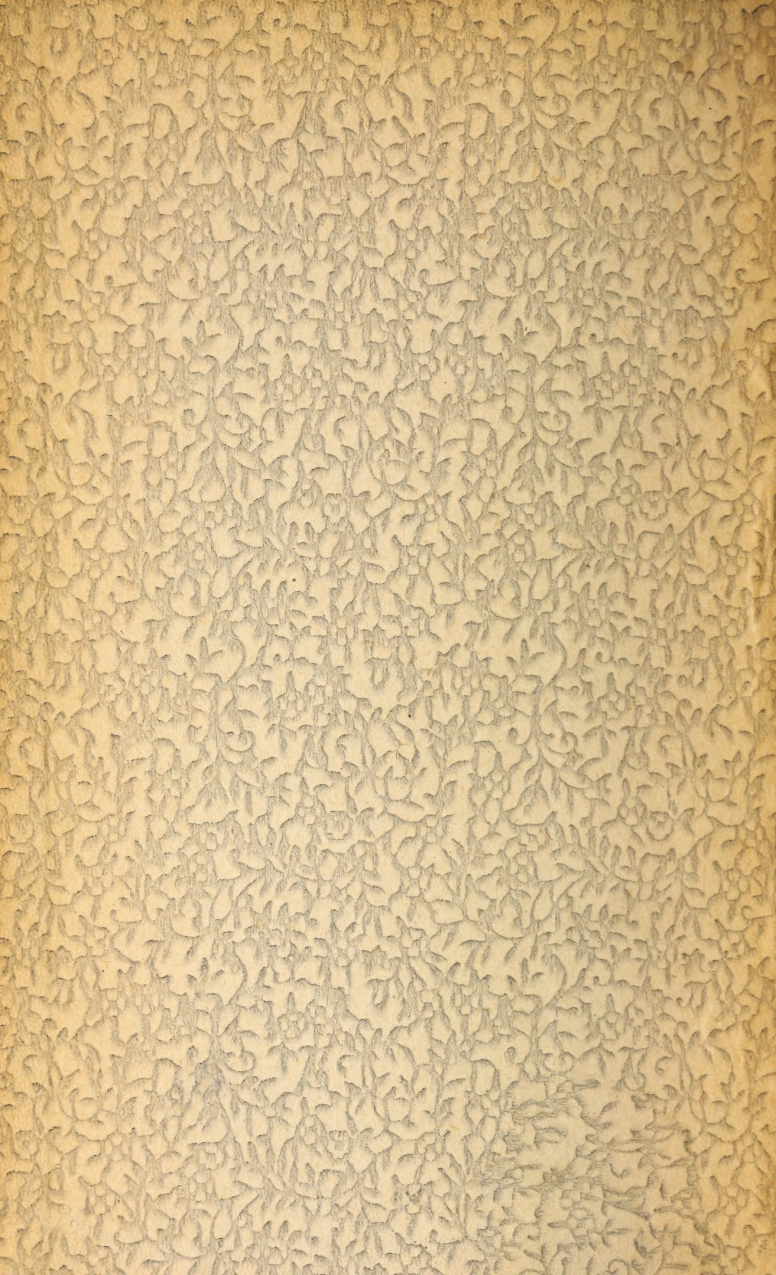
3 1761 09544689 4

*Gabriel y Galán*

OBRAS  
COMPLETAS

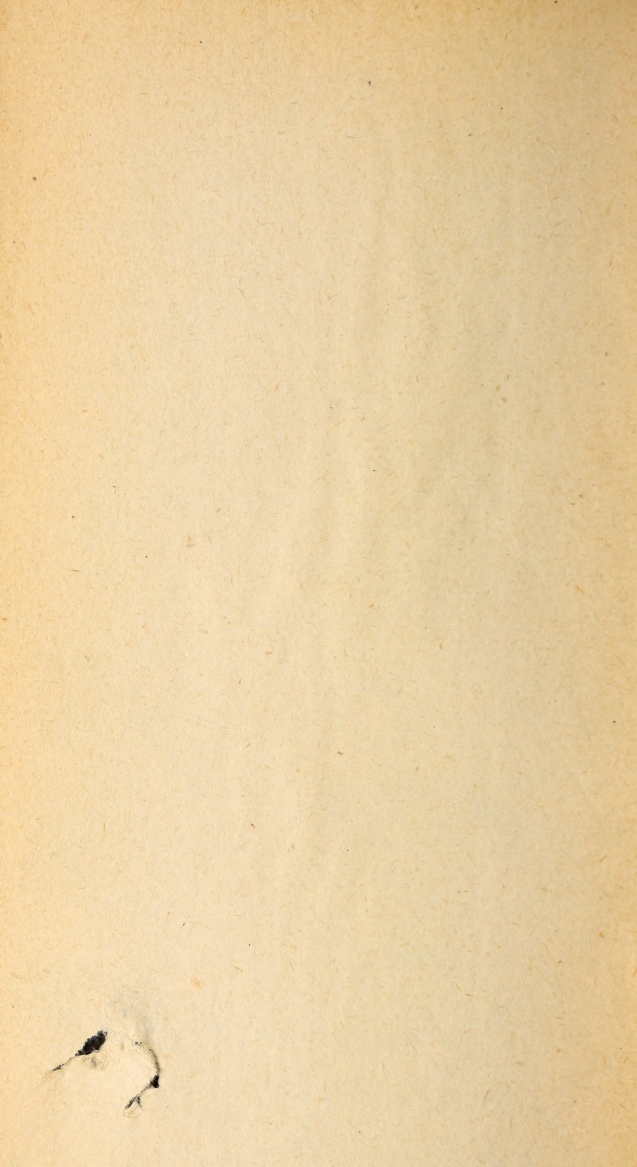


*Fé. Librero*


















250 T

OBRAS COMPLETAS

DE

GABRIEL Y GALAN



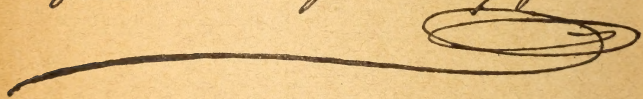
Digitized by the Internet Archive  
in 2013







*José María Gabriel y Galán*





LS  
G1186

# JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN



## OBRAS COMPLETAS

TOMO I

CASTELLANAS

NUEVAS CASTELLANAS

EXTREMEÑAS

Segunda edición.

158146  
13/5/19

MADRID  
LIBR. DE FERNANDO FÉ  
15, Puerta del Sol, 15



SEVILLA  
LIBR. DE J. ANTONIO FÉ  
89, Sierpes, 89


1912

~~~~~  
**ES PROPIEDAD. —DERECHOS RESERVADOS**  
~~~~~



¡Quiero vivir! 5<sup>to</sup> Dios voy  
y a Dios me se va muriendo,  
se va al oriente subiendo  
por la breve noche de hoy.  
De luz y de sombras soy  
y quiero darme a las obs.  
¡Quiero dejar de mí en pros  
robusta y santa sencilla  
de esto que tengo de arcilla,  
de esto que tengo de Dios!

José María Gabriel y Galán





## AL LECTOR

### LOS PROLOGUISTAS DE GABRIEL Y GALÁN



AL dar nosotros á la estampa una nueva edición de las obras completas de José María Gabriel y Galán, el inolvidable cantor de Castilla, hemos reflexionado largamente acerca de un asunto que á las mismas «obras completas» se refiere: se trata de sus prologuistas. Emilia Pardo Bazán; el P. Cámara, de grata memoria; Francisco F. Villegas (*Zeda*), y Juan Maragall, han prologado algunos libros de Gabriel y Galán.

Figura el prólogo de *Zeda* al frente del volumen titulado *Castellanas*; el de Maragall se antepone al libro de *Extremeñas* y el de la Condesa de Pardo Bazán es pórtico de las *Nuevas Castellanas*. El padre Cámara puso al comienzo de un tomito, por él costeadado y que contenía composiciones de Gabriel y Galán, hoy distribuídas en diferentes volúmenes, un



precioso proemio titulado *A quien leyere*. Nuestra duda estribaba en lo siguiente: ¿Cómo conseguir un armónico conjunto en nuestra edición, compuesta de dos tomos, teniendo en cuenta que estos cuatro prólogos, de seguir ocupando los lugares en que hoy figuran, romperían la ordenación de las poesías de Gabriel y Galán, pues se daría el caso de que algún prólogo, desmintiendo su nombre, figurase á la mitad de un libro? Por otra parte, ¿cómo no respetar, y con toda efusión y rendimiento, trozos literarios de plumas maestras, escritos en elogio y en memoria de Gabriel y Galán? Comprenda el lector nuestra perplejidad, y crea que, antes de llegar á la solución ecléctica, á que, por fin, arribamos, hemos reflexionado mucho. Y henos aquí con la intención de resumir los cuatro prólogos citados reuniendo sus principales conceptos. Es labor ardua, pues en críticos de la talla de la Condesa de Pardo Bazán, Villegas y Maragall, todo es, no solo estimable, sino digno de admiración y de recuerdo. Y puede decirse lo mismo por lo que al P. Cámara se refiere: sus palabras ofreciendo á sus «Venerables Hermanos en el Episcopado», á sus «deudos y amigos», á cuantos hablan la lengua de Castilla», las tonadas de su diocesano, «nuevo cantor de la vida del campo, de las virtudes del apacible hogar, de la influencia y mérito de la

madre cristiana», son de una dulce belleza paternal y rebosan noble sentimiento. Así, pues, y ya en el trance de ser algo indiscretos, piense el lector, para nuestro descargo, en las razones que antes le insinuamos, razones de buen gusto editorial, razones de armonía exterior, y háganos gracia de su benevolencia.

\* \* \*

Al reproducir fragmentos de los prólogos mentados seguiremos el orden que la colocación de los mismos, dentro de las obras del poeta, nos señala. He aquí varias manifestaciones del culto crítico de *La Epoca*: «No ha mucho, cosa de un año—escribe Zeda,—leí en *El Lábaro*, diario salmantino, una composición poética en quintillas, titulada *Castellana*. Con júbilo eché de ver, desde los primeros versos, que su autor era un verdadero poeta. Sentíase al través de las rimadas frases, amor apasionado á la naturaleza, hondas palpitaciones del alma nacional, ecos vibrantes de la voz varonil con que cantaron sus alegrías ó sus dolores las generaciones vigorosas que ha engendrado la noble tierra de Castilla.»... «De sobra sabe Galán que en todo lo que existe puso Dios algo de la eterna belleza. El toque está en saber descubrirlo. En el jaramago que nace en las ruinas, en

la retama que crece en la espesura del monte, en la misma «verdura de las eras» puede el ingenio inspirado, como la abeja en las más humildes florecillas, encontrar la miel de sus versos. Aun de la más dura y pelada roca, la vara mágica del poeta hace brotar el manantial de agua viva.»

Y agrega: «En los campos castellanos áridos y monótonos para los que no saben ver su belleza, nos muestra Galán mundos enteros de poesía.»... «Los pensamientos de las poesías de Galán son vulgares; su originalidad no depende de lo que en ellas se dice, sino de la manera individual y suya con que el autor nos presenta sus ideas.»... «Los asuntos elegidos por Galán no pueden ser tampoco más comunes. Un labriego que, al perder la compañera de su vida, ve solo tristezas en lo que antes constituía su felicidad y su orgullo; un mozo enamorado que ofrece á la mujer amada lo mejor que encierran sus campos; un viejo campesino que aconseja á una moza casadera que se guarde de los atrevimientos de su galán; un montaraz que requiebra á su montaraza; un gañán que, después de un día de trabajo, vuelve á su aldea, donde le aguardan el amor honrado, el pan sabroso y el sueño tranquilo..., tales son los sencillísimos *argumentos* imaginados por Galán, y en esta sencillez estriba, á mi entender, uno de sus principales méritos;



sencillez que, como indico más arriba, no se refiere tan solo á los asuntos ni á las ideas, sino que alcanza también á los sentimientos.»... «La dicción del autor de *Castellanas*—no se olvide que *Zeda* prologa el primer libro de Gabriel y Galán así titulado—es castiza; en ella abundan elegantes modos de decir, y hasta en las transposiciones, que son muchas, quizás demasiadas, se advierte la facilidad del lenguaje adquirida, más que en los libros, en el hablar de la gente de la provincia de Salamanca, región de España en donde, á veces, oyendo á los habitantes, nos sentimos trasladados en espíritu al siglo XVI.»



Unido al prólogo de Villegas figura la á modo de pastoral literaria del P. Cámara. «Los aires que por aquí se respiran—escribía el Obispo de Salamanca á sus feligreses—son los embalsamados del cantueso y del tomillo; son aires de salud y de frescura, los que vigorizan al cuerpo, deleitan y robustecen al alma, todo organismo se enflaquece, todo espíritu se disipa en el impurificado ambiente de las ciudades; tomad el baño de estos raudales y estos aires deliciosos; respirad.»

Y bajo la sugestión suavísima de los versos de Galán proseguía el sabio eclesiástico:

«Allá os envió soplos de auras que refrigeran; ecos sonoros que extasían el ánimo. Nacen de nuestras extensas llanuras, cubiertas de flores y de mieses; de estos verdosos montes de encinas y robles; pues ya sabéis que á nuestra vera yergue todavía la cabeza la *cumbre airosa*, y brota á su pie la *fontana pura* del autor de *La vida del campo* y de *La perfecta casada*.»

\* \* \*

Juan Maragall, uno de los más altos representantes del pensamiento y de la literatura nacionales en Cataluña, un artista de raro mérito, dice al frente de las *Extremeñas*:

«Lector: He aquí un libro de poesía.

»Y no sería menester más prólogo que estas seis palabras si los que solemos llamarnos poetas ó críticos no profanáramos cien veces al día el santo nombre de Poesía y no te hubiéramos hecho perder con ello el sentido de esta palabra tan grande. Te ofrecemos á cada paso el juego de unas cuantas palabras muertas arregladas con artificio de embalsamadores de cadáveres en un determinado ritmo de sonoridad exterior, y te decimos:—Ahí tienes poesía.—¡Men-

tira! Y tú, por esa funesta docilidad con que aceptas cuanto se te dice en letras de molde, acoges nuestra mentira como verdad, y crees que es poesía mejor ó peor, según exteriormente suena, pero poesía al fin, todo lo que se te da bajo tal título. ¿Y quién padece más por ello sino aquel nombre santo? Porque, piénsalo bien, lector: tú lees ú oyes recitar juegos de palabras que halagan más ó menos tu sentido musical y hasta á veces tu sentido ideal; este superficial halago te entretiene un rato y, si no dura demasiado, te hace prorrumpir en exclamaciones de aplauso. Pero en seguida que ha cesado la cantilena, sientes como una liberación, te parece que has recobrado la libertad de tu vida, y vuelves á tus pensamientos, al hilo de tus preocupaciones, á tus quehaceres ordinarios, sin que aquella cantilena haya dejado en ellos ni en ti mismo otro rastro que el de un vago entretenimiento ó gusto de los sentidos; como si hubieras jugado á un juego ameno ó hubieras tomado un helado. De modo que si al poco tiempo te invitan á leer ó escuchar más versos, y esto se repite mucho ó dura demasiado, acabas por exclamar:—¡Bueno!, basta ya de poesía, no puedo perder más tiempo.—Y si eres hombre muy metido en los negocios del mundo ó en tus propios pensamientos, al primer anuncio de un poeta ó de un libro de poesías sonríes ya des-



deñosamente ó, á lo más, indulgentemente. Y tienes razón porque, en general, lo que has oído ó vas á oír cuando á eso se te invita, no es poesía.

»Mira; poesía es esto:

«¡Pero á vel, señol jues: cuidiaíto  
si alguno de esos  
es osao de tocali á esa cama  
ondi ella s'a muerto,  
la camita ondi yo la he querío  
cuando dambos estábamos güenos  
la camita ondi yo la he cuidiao,  
la camita ondi estuvo su cuerpo  
cuatro mesis vivo  
y una noche muerto!...»

«¡Ah!, esto es otra cosa, ¿verdad? Esto no es un vano halago; esto te remueve las entrañas, y cuando vuelves á tu vida ordinaria lo llevas dentro, y actúa en ti; y cuando miras á tu mujer, y la cama en que duermes, y tu pobreza—ó también tu riqueza,—lo ves todo mejor, de una manera más fuerte; y tú mismo te sientes más fuertemente, eres más hombre, parece que vives más, ¿verdad? Es que esto es poesía. ¿Comprendes ahora la diferencia? cuando te he dicho al principio: «He aquí un libro de poesía», quería decir esto.

»Todo el libro es así, vivo; todo él escrito en ese lenguaje desharrapado, es decir, vivo; escrito en

dialecto, como la *Iliada* y la *Divina Comedia*; porque no son las lenguas las que hacen las obras, sino las obras las que hacen las lenguas. Y la poesía grande, la viva, la única, gusta mucho de brotar en dialectos; y te diré por qué.

»Dialecto, según el clásico sentir, es la corrupción de una lengua; pero, si bien lo piensas, dialecto es la constante germinación de las lenguas en boca del pueblo, que es, como si dijéramos, la madre tierra de las palabras: todas salen de ella y todas vuelven á ella; allí nacen, allí mueren, allí se transforman, se modulan, se combinan y renacen, y se mueven, en fin, en toda la libertad de su naturaleza. El pueblo siempre habla en dialecto, es decir, en libertad, en perpetuo movimiento; y cuando una lengua quiere definirse en una fijeza de perfección y desecha la compenetración de sus dialectos, con el pueblo, aquella lengua muere momificada en su perfección. Pues bien: la poesía no es otra cosa que la palabra viva, la palabra palpitando todavía el misterioso ritmo de su origen divino en la boca del pueblo, que es su madre tierra. ¿Qué irá á buscar el poeta en las hojas de herbario de un Diccionario de Academia? ¿Flores secas bien clasificadas? No; el poeta va á la vivacidad de los campos, á la boca del pueblo, á su dialecto, rural ó ciudadano, porque la vivacidad de

éste es la condición de la verdadera poesía, de la palabra palpitante de sentido.

»En este mismo libro encontrarás un contraste que te iluminará la verdad de lo que te digo. Todas las poesías hablan en dialecto extremeño, que es el de la tierra del poeta, menos dos que están en castellano literario; y tú verás como estas dos, *El cantar de las Chicharras* y *Campos vírgenes*, con estar hermosamente escritas, palidecen, sin embargo, al lado de las otras. Son, si tú quieres, más perfectas de forma que muchas de ellas, menos *vulgares* que algunas, pero no tienen aquella vida, aquella fuerza de *El Cristu benditu*, aquella entraña de *El Embargo*, aquella sencilla majestad de *Cara al Cielo*.

»¿Y por qué—me dirás tú—Gabriel y Galán que dominaba perfectamente el castellano literario, como lo demuestra en las composiciones anteriormente citadas y en muchas otras que han contribuído á aumentar su fama de poeta, no había de expresar con igual fuerza el sentimiento de la vida en aquel lenguaje? Porque la pasión humana, sincera y viva, él la sentía brotar en el ambiente popular que respiraba, en esa lengua extremeña de las gentes sencillas que les rodeaban, de cuya vida él participaba con amor, que es el alma de la expresión humana, de esas gentes para las que él era un padre, que le con-

taban sus cuitas, que le sometían sus conflictos, que le pedían coplas para sus cantares, que le adoraban en vida, y que después de su muerte vigilaron la tumba por temor á que les arrebataran su cadáver para darle otra sepultura de más gloriosa apariencia. Estas buenas gentes presintieron bien que aquel hombre era suyo después de muerto, que era su verbo, la voz de su alma extremeña. ¿Ni qué otra tumba más gloriosa podrá tener el cuerpo del poeta que aquella misma tierra extremeña de donde hiciera brotar, entre tantas otras las tres poesías que he nombrado, gloria de la moderna musa española, y que figurarán como ejemplares de este principio de siglo en futuras antologías clásicas?

»Tú imaginabas tal vez los futuros clásicos formándose ahora en las peñas de los Ateneos, en los sillones de las Academias ó en los *sleepings* del sud-exprés de París. No; los clásicos españoles del siglo xx que á mí me parece descubrir ya, son Vicente Medina, que allá en un rincón de Murcia canta el alma murciana en su dialecto, y este José María Gabriel y Galán, que en el ya glorioso lugar de Guijo de Granadilla compuso este libro. Y ¡ay del porvenir de la literatura castellana, si sus futuros clásicos son los otros y no éstos!»



Si el lector deseara conocer en su integridad el prólogo que para las *Nuevas Castellanas* escribió la pluma mágica de la Condesa de Pardo Bazán, debe remitirse al tomo XXXII de las Obras completas de esta insigne escritora: en él figura su hermosísimo estudio sobre el gran poeta castellano, al lado de los que dedica á Campoamor y á Núñez de Arce. De este estudio crítico de la ilustre autora de *Los Pazos de Ulloa* son los fragmentos que ofrecemos á continuación:

«Una carta no más, muy extensa, me escribió el poeta charro, poco antes de su muerte. Yo tenía de él noticias que luego diré, y deseaba adquirir otras, con objeto de utilizarlas para un artículo, encargo de *La Revue*, de París, acerca de los *Poetas nuevos*, de la última nidada. Este solo dato hará comprender hasta qué punto es joven la fama de Gabriel y Galán. Mi curiosidad ha sido siempre madrugadora; ansío «ver venir» algo distinto de lo que ya conocemos..., y en Octubre de 1904 no sabía de Gabriel y Galán sino referencias encomiásticas de mi primo Fernando Maldonado, Marqués de Trives—y lo que saldrá á relucir más adelante.

»Ahora, releyendo la carta del poeta, encuentro en sus folios una biografía que sustituirá á la que yo pudiese trazar sin tan sugestiva sencillez.

«Nací—dice—de padres labradores, en Frades de  
»la Sierra, pueblecillo de la provincia de Salamanca.  
»Cursé en ésta y en Madrid la carrera de maestro de  
»primera enseñanza. A los diez y siete años de edad  
»obtuve por oposición la escuela de Guijuelo (Sala-  
»manca), donde viví cuatro años, y después, por oposi-  
»ción también, la de Piedrahita (Avila), que regenté  
»otros cuatro años. Contraje matrimonio con una jo-  
»ven extremeña; dimití el cargo que desempeñaba,  
»porque mis aficiones todas estaban en el campo, y  
»en él vivo consagrado al cultivo de unas tierras y al  
»cuidado y al cariño de mi gente, mi mujer y mis  
»tres niños. Tengo treinta y cuatro años, y á escribir  
»coplas dedico el tiempo que puedo robar á mis ta-  
»reas del campo. Comencé á escribir poesías para  
»Juegos Florales, y me dieron la flor natural en los  
»de Salamanca, Zaragoza y Béjar, y otros premios  
»en Zaragoza, Murcia y Lugo. Y nada más, si es que  
»todo ello es algo. Mis paísanos los salamanquinos,  
»y lo mismo los extremeños, me quieren mucho, me  
»miman. Yo también les quiero con toda mi alma,  
»y con ella les hago coplas, que saben, mejor que yo,  
»de memoria, porque las recitan en todas partes, y  
»hasta las oigo cantar diariamente á los gañanes en  
»la arada.»

. . . . .

»Este poeta tan español, pero tan del terruño, Gabriel y Galán consiguió lo que no han logrado otros vates de tronido y campanillas, que han sido ministros, grandes cruces y académicos de todas las Academias, pero á quienes al morir, no les llora sino su familia. De fijo la madre patria debiera sentir siempre la pérdida de hijos ilustres; pero es acaso cuestión de ambiente, y en Madrid los muertos van á prisa, y la literatura, si bien se examina, sólo interesa, en alto grado, á los que la hacen. La muerte súbita y temprana de Gabriel y Galán fué el duelo de dos regiones: Salamanca y Extremadura. Humilde poeta—digo humilde en el sentido cristiano de la palabra,—lloráronle los humildes, los pobres de espíritu, los mansos. Haber vivido entre ellos fué bienaventuranza, fué destino feliz de su Musa. El dolor por la desaparición de Gabriel y Galán, honra á los que lo experimentaron, probablemente sin razonarlo. ¿Qué pierde una comarca al perder al artista que la comprende y refleja? Algo espiritual; algo que no se mide, ni se tasa; un fragmento de infinito. Por lo demás, ni el trigo ni el ganado bajan ni suben cuando un poeta fenece; los impuestos ni aflojan ni aprietan, ni se interrumpe el funcionalismo político; no se cierra una tienda, no se rotura un camino vecinal. Hay que sentir hondo, firme y sin frases, para

llorar á un hombre como el maestro de escuela de Piedrahita, y la región que se reconoce unida en esta pena espiritual, revela admirable instinto; porque la poesía de Galán es de las que atan lazos, reconcilian y funden antagonismos, en la comunión de sus temas y el amplia humanidad de sus acentos.

»La impresión que producen los versos de Gabriel y Galán es, en ocasiones, no diré estar *viendo*, sino estar *contemplando* la naturaleza castellana. Absoluta es la compenetración de su Musa y de la tierra, no en sentido material, en otro más alto. La comarca de Castilla no parece, al pronto, un suelo inspirador. Bajo su magnífico firmamento se extienden aquellas grises lontananzas muertas que el poeta describe en feliz frase. Sobre la extensión de la llanada, no obstante, la fantasía borda sus recamos y realiza su labor prodigiosa, reconstruyendo el desvanecido ideal. Quien entre en Castilla con los sentidos encaprichados, preguntando por el castaño sombroso, por el naranjo epitalámico, por la palmera africana ó por el haya señorial; quien pida á Castilla que se engalane con la cinta de terciopelo azul de las rías ó con la espumosa orla de los océanos; quien no sepa saborear la poesía inmanente de las «castas soledades hondas», los interminables despoblados, la escueta y grandiosa línea de los horizontes, los calvos cerros,



los madroñales y robledales de achaparrada vegetación, la encina del valle de Fuenmayor, arpa ruda... renegará de esta naturaleza en que la hermosura se reviste de sayal penitente. Es preciso en Castilla cavar hasta el hondón; su atractivo no está en la superficie, sino en la entraña; sale de adentro, y adentro vuelve; por eso se dice, y hay que bucear hasta acertar el sentido de estos decires, en apariencia vulgares, que la tierra castellana es tierra de santos y de héroes—pues el heroísmo y la santidad son las expresiones más acendradas y enérgicas de la dignidad humana.

»No importa que Castilla sea grave y árida; su belleza tiene, y esta belleza no está cifrada en sus oasis, las gayas sendas de Galiana, las majestuosas arboledas versallescas de Aranjuez, las márgenes finalmente orladas de juncia del Jarama y del Henares, los floridos prados de Esquivias, donde Cervantes quiso ser el pastor Elicio. El carácter de su paisaje es de las sierras del Guadarrama encaperuzadas de nieve, los campos limitados que tapiza la lengua sálibana de oro rubio de la mies, salpicada de gotas de sangre y gotas de firmamento por las amapolas y los acianos. Cuando esta naturaleza seria, contenida, se alegra con cualquier accidente, noria, aceña, rebaño guardado por su Melampo vigilante, se siente el in-

definible halago de la sonrisa en el rostro macilento y adusto de un asceta, que lo transfigura. Los poetas, en estas regiones calificadas de áridas, son generalmente bucólicos, enamorados de lo campestre. Mientras la poesía abstracta, quintaesenciada, amatoria, de los trovadores, procede de países tan amenos y graciosos como Portugal y Galicia, los cantores de la Naturaleza abundan en el solar castellano. Gabriel y Galán está de lleno dentro de la tradición. Castilla, especialmente Salamanca, son la Arcadia española.»

. . . . .

«No es la Naturaleza, ó por mejor decir, no es la vida del campo la única inspiradora de Gabriel y Galán. Hallo otra cuerda en su lira, que es de las más humanas, de las más vibradoras. Hubo un poeta salmantino, muerto hace pocos años, ya casi olvidado, Ventura Ruiz Aguilera, en quien me parece descubrir un alma gemela de la de Gabriel y Galán. Ruiz Aguilera no llegó á sentir lo rústico con la sinceridad que el autor de *Las Sementeras*; no entró, como éste, en el alma muda de los que empuñan el arado ó pastorean en la majada; quizás fué culpa de sus aficiones literarias y políticas, de la lucha que le arrastró hacia la capital. Pero su complexión espiritual se asemeja á la del poeta charro. Los dos son sensibles,

graves, piadosos, tiernos; los dos creen y practican el axioma que Ruiz Aguilera estampó en el prólogo de *Los Ecos Nacionales*:—«El poeta, si ha de tener »autoridad su bello sacerdocio, sea modelo de buen »ejemplo»;— los dos son optimistas, aceptan con mansedumbre el destino según lo ordena quien ordenarlo puede; los dos son cristianos, cristianos sobre todo, y al par del sentimiento cristiano, y confundándose con él en efusiones vehementes y arrebatos patéticos, en los dos resuena la cuerda de la paternidad. Ventura Ruiz Aguilera no puede contarse en el número de los poetas mayores; pero hay un momento en que llega á la cumbre, y es cuando gime sus *Elegías*, de lo más conmovedor que ha producido la lírica española, en la cual no abunda la expresión de afectos tales, y el niño no asoma sino en forma de Cupidillo alado y travieso.»

. . . . .

«Ningún poeta mejor que Gabriel y Galán ha libertado á su alada Musa de la pesadumbre y carga enojosa de ideas políticas concretas; nadie menos que él se afilió á banderías, porque no es ser banderizo, sino meramente ser de su tierra y de su patria, cantar esa fe de roca y esa esperanza de diamante en que están cimentados los versos de Gabriel y Galán. Sin

embargo, difícilmente se sustraería un poeta tan humano y sensible á las preocupaciones fundamentales de su edad. Yo hablo sólo textos en mano; lo que durmiese en su conciencia, alborease en su mente ó descubriese su conversación, ni lo sospecho. Limitándome á entresacar notas de sus poesías, se me figura que ideas algo distintas de las que inspiraron los *Pastores de mi abuelo* rompen en las estrofas del *Himno del Trabajo*, laureado en América. Habla el poeta de los aún no venidos tiempos en que los caídos conseguirán su imperio triunfal; de los tiempos tan esperados de la justicia, que armados avanzan... é incita á que sean sitiadas por hambre ó desquiciadas las puertas de los dorados alcázares, si no las tienen abiertas al trabajo...

«Vida que vive asida,  
savía sorbiendo de la ajena vida,  
¡duerma en el polvo en criminal sosiego!  
Rama seca ó podrida,  
¡perezca por el hacha ó por el fuego!»

»A este leñador, á este justiciero indignado, no le conocíamos. Puede ser arranque de sentimiento, más que sentencia pensada; puede ser que el continuo, universal clamoreo de los que, desengañados de la



igualdad política, demandan con esfuerzo tenaz la económica, nos conmueve á todos y para nadie es voz que grita en el desierto; y el darse por enterado de ese formidable rumor no es suficiente para que llamemos socialista revolucionario al poeta que califique de social. Social es el conjunto de su obra, y las cláusulas que he transcrito acaso no signifiquen sino que todos debemos trabajar; que el haber encontrado al nacer la mesa puesta no nos exime de tal obligación, y que si la rehuyésemos, seríamos ramaje seco, que sólo para leña vale. En lo cual Gabriel y Galán habría dicho una verdad como un puño, y yo, que practico y seguiré practicando hasta que me falten fuerzas esa doctrina, le aplaudiría sin rebozo.»

. . . . .

«Si se me preguntase cuál es el puesto de Gabriel y Galán entre los líricos españoles muertos hace poco, yo diría que es un puesto *aparte*, y el encomio no me parece escaso. Basta para la gloria de un lírico diferenciarse y no seguir estelas, y nadie puede dudar que Gabriel y Galán tiene otra voz, emite otra nota que Campoamor, Zorrilla, Núñez de Arce, Balart, sin hablar de los numerosos poetas regionales, á quienes deja atrás y en nada se asemeja, á pesar de sentir tan adentro su región; y cuando

digo su región, no me refiero sólo á Salamanca, sino á Castilla y Extremadura en general.

»Líbreme Dios de atribuir preeminencias á nadie. El primer poeta lírico es, para cada cual, el que le conmueve; en esto se diferencia la lírica de la épica. Yo veneré siempre en especial capilla á D. Ramón de Campoamor, quien, á decir verdad, fué asturiano como podría haber sido santanderino ó gallego. Influencias de la naturaleza, voces de los pueblos, según antaño se decía, me atraen en Gabriel y Galán, y no ha cruzado por mi pensamiento disecarle, sometiéndole á una de esas operaciones anatómicas á que no resistiría acaso ni el poeta más perfecto en la forma. También á Campoamor pudo analizársele de esa suerte, y del análisis resultaba, si mal no recuerdo, que hombre tan original, el más personal de nuestros poetas, era meramente un plagiario. Los apasionados del autor de las *Doloras* hicimos bien en reirnos de la acusación y de los fundamentos, que consistían en esas verdades despreciables, materiales y nimias, más engañosas que la mentira absoluta. De Gabriel y Galán se ha repetido que hacía versos incorrectos y flojos, y desde luego, desiguales. Si se demostrase el aserto, no por eso dejaría de ser Gabriel y Galán un poeta de exquisito sentimiento, y á veces de forma felicísima, hábil en su retórica natu-

ral, de gran sentido artístico para adaptar el metro al asunto, y que posee el encanto velado y grave de ciertas repeticiones de conceptos y monotonías de lenguaje afines al carácter de la tierra donde esta poesía brota. Poesía de creyente, de varón, humana sobre todo, y misteriosamente enlazada al destino de su creador, cuya última *Canción* expresa á la vez el ansia de vivir, de perpetuarse, y la corazonada de la muerte rondando la puerta. Si yo tuviese que dar consejos á un poeta novel... le aconsejaría que, no imitando á Gabriel y Galán ni á nadie en otra cosa, imitase solamente la sinceridad de una poesía que es el mismo corazón del que la canta; su corazón, ofrecido á todos, no sobre la dura copa de pedernal en que los aztecas presentaban al Sol el de sus víctimas, sino en ara ardiente de amor, de fraternal bondad y de efusión elevadora. El poeta más grande será siempre el que más enteramente se comunique.»

\*  
\* \* \*

Hasta aquí los prologuistas de José María Gabriel y Galán. ¿Qué podríamos decir nosotros del gran poeta de Castilla que no quede dicho de modo admirable? ¿Y cómo no tener presente que nuestra condi-

ción de editores sólo nos autoriza á velar por la armonía material, por la belleza y por el buen gusto bibliográfico de la hermosa obra que ofrecemos á nuestros lectores?

Hoy la fama de Gabriel y Galán se ha difundido por España y la América latina: ha llegado á todos los espíritus amantes de la lírica castellana. Nada, por tanto, hace preciso insistir en la grata tarea de enumerar sus méritos y de analizar la compleja y generosa belleza de sus inspiradas estrofas.

Hemos de advertir al lector que en esta nueva edición en dos tomos de las OBRAS COMPLETAS de José María Gabriel y Galán figuran varias composiciones inéditas y que son las tituladas: *Sólo para mi lugar*, *El Castañar* é *Invitacióm*.

Concluye esta edición con varios «Cuentos y cartas» que vieron la luz en diversos periódicos y que con el título de *Alma charra* comenzó á imprimir D. Baldomero Gabriel y Galán, hermano del poeta, poco después de la muerte del mismo. De dicha obra sólo han llegado á nuestras manos cinco pliegos impresos, que son los que reproducimos, creyendo así que con éstos y las composiciones inéditas antes citadas queda en verdad completa la obra magnífica del poeta inolvidable.

Por reverenciar su memoria; por honrar, una vez



más, la excelsitud de su lira, y porque con ello creemos prestar un servicio á las letras patrias, publicamos las OBRAS COMPLETAS DE JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN, que hoy ofrecemos, al público, respetuosamente.

EL EDITOR

Madrid, Junio 1909.

# CASTELLANAS



## EL AMA <sup>(1)</sup>

### I

Yo aprendí en el hogar en qué se funda  
la dicha más perfecta,  
y para hacerla mía  
quise yo ser como mi padre era  
y busqué una mujer como mi madre  
entre las hijas de mi hidalga tierra.  
Y fuí como mi padre, y fué mi esposa  
viviente imagen de la madre muerta.  
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo  
otra mujer como la santa aquella!

---

(1) Poesía premiada con la flor natural en los Juegos Florales celebrados en Salamanca el 15 de Septiembre de 1901.



Compartían mis únicos amores  
la amante compañera,  
la patria idolatrada,  
la casa solariega,  
con la heredada historia,  
con la heredada hacienda.  
¡Qué buena era la esposa  
y qué feraz mi tierra!  
¡Qué alegre era mi casa  
y qué sana mi hacienda,  
y con qué solidez estaba unida  
la tradición de la honradez á ellas!

Una sencilla labradora, humilde  
hija de obscura castellana aldea;  
una mujer trabajadora, honrada,  
cristiana, amable, cariñosa y seria,  
trocó mi casa en adorable idilio  
que no pudo soñar ningún poeta.

¡Oh, cómo se suaviza  
el penoso trajín de las faenas  
cuando hay amor en casa  
y con él mucho pan se amasa en ella  
para los pobres que á su sombra viven,  
para los pobres que por ella bregan!  
¡Y cuánto lo agradecen, sin decirlo,  
y cuánto por la casa se interesan,  
y cómo ellos la cuidan,  
y cómo Dios la aumenta!

Todo lo pudo la mujer cristiana,  
logrólo todo la mujer discreta.

La vida en la alquería  
giraba en torno de ella  
pacífica y amable,  
monótona y serena...

¡Y cómo la alegría y el trabajo  
donde está la virtud se compenetran!

Lavando en el regato cristalino  
cantaban las mozuelas,  
y cantaba en los valles el vaquero,  
y cantaban los mozos en las tierras,  
y el aguador camino de la fuente,  
y el cabrerillo en la pelada cuesta...  
¡Y yo también cantaba,  
que ella y el campo hiciéronme poeta!

Cantaba el equilibrio  
de aquel alma serena  
como los anchos cielos,  
como los campos de mi amada tierra;  
y cantaban también aquellos campos,  
los de las pardas onduladas cuestas,  
los de los mares de enceradas mieses,  
los de las mudas perspectivas serias,  
los de las castas soledades hondas,  
los de las grises lontananzas muertas...

El alma se empapaba  
en la solemne clásica grandeza

que llenaba los ámbitos abiertos  
del cielo y de la tierra.

¡Qué plácido el ambiente,  
qué tranquilo el paisaje, qué serena  
la atmósfera azulada se extendía  
por sobre el haz de la llanura inmensa!

La brisa de la tarde  
meneaba, amorosa, la alameda,  
los zarzales floridos del cercado,  
los guindos de la vega,  
las mieses de la hoja,  
la copa verde de la encina vieja...

¡Monorrítmica música del llano,  
qué grato tu sonar, qué dulce era!

La gaita del pastor en la colina  
lloraba las tonadas de la tierra,  
cargadas de dulzuras,  
cargadas de monótonas tristezas,  
y dentro del sentido  
caían las cadencias,  
como doradas gotas  
de dulce miel que del panal fluyeran.

La vida era solemne;  
puro y sereno el pensamiento era;  
sosegado el sentir, como las brisas;  
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,  
austeros los placeres,  
raigadas las creencias,

sabroso el pan, reparador el sueño,  
fácil el bien y pura la conciencia.

¡Qué deseos el alma  
tenía de ser buena,  
y cómo se llenaba de ternura  
cuando Dios le decía que lo era!

## II

Pero bien se conoce  
que ya no vive ella;  
el corazón, la vida de la casa  
que alegraba el trajín de las tareas,  
la mano bienhechora  
que con las sales de enseñanzas buenas  
amasó tanto pan para los pobres  
que regaban, sudando, nuestra hacienda.

¡La vida en la alquería  
se tiñó para siempre de tristeza!

Ya no alegran los mozos la besana  
con las dulces tonadas de la tierra  
que al paso perezoso de las yuntas  
ajustaban sus lánguidas cadencias.

Mudos de casa salen,  
mudos pasan el día en sus faenas,  
tristes y mudos vuelven  
y sin decirse una palabra cenan;

que está el aire de casa  
cargado de tristeza,  
y palabras y ruidos importunan  
la rumia sosegada de las penas.

Y rezamos, reunidos, el Rosario,  
sin decirnos por quién... pero es por ella,  
Que aunque ya no su voz á orar nos llama  
su recuerdo querido nos congrega,  
y nos pone el Rosario entre los dedos  
y las santas plegarias en la lengua.

¡Qué días y qué noches!  
¡Con cuánta lentitud las horas ruedan  
por encima del alma que está sola  
llorando en las tinieblas!

Las sales de mis lágrimas amargan  
el pan que me alimenta;  
me cansa el movimiento,  
me pesan las faenas,  
la casa me entristece  
y he perdido el cariño de la hacienda.

¡Qué me importan los bienes  
si he perdido mi dulce compañera!

¡Qué compasión me tienen mis criados  
que ayer me vieron con el alma llena  
de alegrías sin fin que rebosaban  
y tuyas también eran!

Hasta el hosco pastor de mis ganados,  
que ha medido la hondura de mi pena,



si llego á su majada  
baja los ojos y ni hablar quisiera;  
y dice al despedirme: — «Animo, amo;  
*haiga* mucho valor y *haiga pacencia...*»

Y le tiembla la voz cuando lo dice,  
y se enjuga una lágrima sincera,  
que en la manga de la áspera zamarra  
temblando se le queda...

¡Me ahogan estas cosas,  
me matan de dolor estas escenas!

¡Que me anime, pretende, y él no sabe  
que de su choza en la techumbre negra  
le he visto yo escondida  
la dulce gaita aquella  
que cargaba el sentido de dulzuras  
y llenaba los aires de cadencias!...

¿Por qué ya no la toca?  
¿por qué los campos su tañer no alegra?

Y el atrevido vaquerillo sano  
que amaba á una mozuela  
de aquellas que trajinan en la casa,  
¿por qué no ha vuelto á verla?  
¿por qué no canta en los tranquilos valles?  
¿por qué no silba con la misma fuerza?  
¿por qué no quiere restallar la honda?  
¿por qué está muda la habladora lengua,  
que al amo le contaba sus sentires  
cuando el amo le daba su licencia?

—«¡El ama era una santa!...»  
me dicen todos, cuando me hablan de ella.

«¡Santa, santa!»—me ha dicho  
el viejo señor cura de la aldea,  
aquel que le pedía  
las limosnas secretas  
que de tantos hogares ahuyentaban  
las hambres y los fríos y las penas.

¡Por eso los mendigos  
que llegan á mi puerta  
llorando se descubren  
y un padre nuestro por *el ama* rezan!

El velo del dolor me ha obscurecido  
la luz de la belleza.

Ya no saben hundirse mis pupilas  
en la visión serena  
de los espacios hondos,  
puros y azules, de extensión inmensa.

Ya no sé traducir la poesía,  
ni del alma en la médula me entra  
la intensa melodía del silencio,  
que en la llanura quieta  
parece que descansa,  
parece que se acuesta.

Será puro el ambiente, como antes,  
y la atmósfera azul será serena,  
y la brisa amorosa  
moverá con sus alas la alameda,

los zarzales floridos,  
los guindos de la vega,  
las mieses de la hoja,  
la copa verde de la encina vieja...

Y mugirán los tristes becerrillos,  
lamentando el destete, en la pradera;  
y la de alegres recentales dulces,  
tropa gentil, escalará la cuesta  
balando plañideros  
al pie de las dulcísimas ovejas;  
y cantará en el monte la abubilla,  
y en los aires la alondra mañanera  
seguirá derritiéndose en gorjeos,  
musical filigrana de su lengua...

Y la vida solemne de los mundos  
seguirá su carrera  
monótona, inmutable,  
magnífica, serena...

Mas, ¿qué me importa todo,  
si el vivir de los mundos no me alegra,  
ni el ambiente me baña en bienestares,  
ni las brisas á música me suenan,  
ni el cantar de los pájaros del monte  
estimula mi lengua,  
ni me mueve á ambición la perspectiva  
de la abundante próxima cosecha,  
ni el vigor de mis bueyes me envanece,  
ni el paso del caballo me recrea,

ni me embriaga el olor de las majadas,  
ni con vértigos dulces me deleitan  
el perfume del heno que madura  
y el perfume del trigo que se encera?

Resbala sobre mí sin agitarme  
la dulce pöesía en que se impregnan  
la llanura sin fin, toda quietudes,  
y el magnífico cielo, todo estrellas.

Y ya mover no pueden  
mi alma de poeta,  
ni las de Mayo auroras nacarinas  
con húmedos vapores en las vegas,  
con cánticos de alondra y con efluvios  
de rociadas frescas,  
ni estos de otoño atardeceres dulces  
de manso resbalar, pura tristeza  
de la luz que se muere  
y el paisaje borroso que se queja...  
ni las noches románticas de Julio,  
magníficas, espléndidas,  
cargadas de silencios rumorosos  
y de sanos perfumes de las eras;  
noches para el amor, para la rumia  
de las grandes ideas,  
que á la cumbre al llegar de las alturas  
se hermanan y se besan...

¡Cómo tendré yo el alma  
que resbala sobre ella

la dulce põesfa de mis campos  
como el agua resbala por la piedra!

Vuestra paz era imagen de mi vida  
¡oh campos de mi tierra!  
pero la vida se me puso triste  
y su imagen de ahora ya no es esa:  
en mi casa, es el frío de mi alcoba,  
es el llanto vertido en sus tinieblas;  
en el campo, es el árido camino  
del barbecho sin fin que amarillea.

. . . . .

Pero yo ya sé hablar como mi madre  
y digo como ella  
cuando la vida se le puso triste:  
«¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!»





## CASTELLANA

POR qué estás triste, mujer?  
¿Pues no te sé yo querer  
con un amor singular  
de aquellos que hacen llorar  
de doloroso placer?

Crees que mi amor es menor  
porque tan hondo se encierra,  
y es que ignoras que el amor  
de los hijos de esta tierra  
no sabe ser hablador.

¿No está tu gozo cumplido  
viendo desde esta colina  
un pueblo á tus pies tendido,  
un sol que ante ti declina  
y un hombre á tu amor rendido?

¿Te place la patria mía?  
No en sus hondas soledades  
busques con vana porfía  
la estrepitosa alegría  
de las doradas ciudades.

El campo que está á tus pies  
siempre es tan mudo, tan serio,  
tan grave, como hoy lo ves.  
No es mi patria un cementerio,  
pero un templo sí lo es.

Busca en ella soledades,  
serenas melancolías,  
profundas tranquilidades,  
perennes monotonías  
y castizas realidades.

Si tú gozarlas supieras,  
ahora mismo depusieras  
tu adusto ceño sombrío.  
¿Qué de mi patria quisieras  
para alegrarte, bien mío?

¿Quieres que vaya á buscar  
cuarzos blancos al repecho,  
colorines al linar,  
nidos de alondra al barbecho  
y endrinas al espinar?

Para que tú te regales,  
no dejaré una con vida  
veloz liebre en los eriales,  
ni esquiva perdiz hundida  
del cerro en los matorrales,

ni conejillo bravío  
dormido bajo el carrasco,  
ni mirlo á orillas del río,  
ni sisón en el peñasco,  
ni alondras en el baldío.

¿Quieres que hiera en su vuelo,  
á ese milano que el cielo  
raya con círculos anchos,  
y de sus garras los ganchos  
venga á clavar en el suelo,

y atrás la cabeza echada,  
las plumas te enseñe y rice  
de la pechuga alterada,  
y ante tus pies agonice,  
con la pupila espantada?

Si buscas flores sencillas,  
hay en el valle violetas,  
y gamarzas amarillas,  
y estrelladas tijeretas,  
y olorosas campanillas.

Si quieres, rosa temprana,  
ver los sudores y afanes  
que cuesta el pan de mañana,  
ven y verás mis gañanes  
trajinando en la besana.

O vamos á mis sembrados  
y allí verás emulados  
de tus labios los carmines,  
que parecen amasados  
con pétalos de alvergines.

Verás mecerse, aireadas,  
del mar de la mies las olas,  
aquí y allá salpicadas  
de encendidas amapolas  
y de jarritas moradas.

Y mientras gozas del vago  
rumor de aquel ancho lago  
de móviles verdes tules,  
yo una corona te hago  
de clavelillos azules;

y con ella, nueva Ceres,  
reina serás, si tú quieres,  
de mis campos y labores,  
que reina de mis amores  
ya hace tiempo que lo eres.



¿Sientes ganas de llorar?  
También las sé yo sufrir  
cuando me pongo á pensar  
que Dios te puede llevar  
y hacerme sin ti vivir.

Mas... ¡vamos al prado un rato,  
que en él hay sombra de encinas,  
murmullos de viento grato  
y agua fresca de regato  
rebosante de pamplinas!

¿Quieres que de esa ladera  
te baje un haz de tomillo  
ó que salte á esa pradera  
y te traiga un manojillo  
de oliente hierba triguera?

¿Lloras? Pues si es de ternura,  
deja ese llanto correr,  
que es un riego de dulzura,  
hijo de la fresca hondura  
del manantial del placer.

Mas si lloras desconsuelos  
y torturas de los celos,  
¡vive Dios, que lloras mal!  
Testigos me son los cielos  
de que mi amor es leal.

Y si piensas que es menor  
porque tan hondo se encierra,  
recuerda que el hondo amor  
de los hijos de esta tierra  
no sabe ser hablador.

Alégrate, pues, mujer,  
porque te sé yo querer  
con querer tan singular,  
que á veces me hace llorar  
de doloroso placer...

## LO INAGOTABLE

DE rodillas delante de la fosa  
donde se pudre el mocetón garrido,  
la pobre vieja sin moverse pasa  
la tarde del domingo.

Una tarde otoñal, helada y muda,  
de cielo muy azul, campiña yerta,  
y un sol amarillento que se muere  
de frío y de tristeza.

Una vela amarilla que no alumbra,  
se quema como el alma de la anciana,  
cuyos ojos decrepitos no lloran  
porque no tienen lágrimas.

Todas se las tragó la avara tierra  
de la tumba del hijo malogrado,  
á cuyos pies la hierba está escaldada  
con las sales del llanto.

Vagaba por los ámbitos vacíos  
del humilde y herboso Cementerio,  
el aroma de muerte que despide  
la tierra de los muertos.

Volaban sobre el templo los cernícalos  
y rasaban el viejo campanario  
los bandos de veloces aviones  
que pasaban chillando.

Y de la plaza del lugar venían  
sones de tamboril y castañuelas,  
notas de gaita que al hablar de amores  
infundía tristeza.

¡Cómo bailaba la muchacha alegre  
para quien fué belleza vigorosa  
lo que era ya bajo viscosa hierba  
montón de carne rota!

Montón de carne rota que una madre  
tuvo un día pegado á sus entrañas,  
y espejado en las niñas de sus ojos  
y en el centro del alma.

Y ya está allí, deshecho en las tinieblas,  
el fuerte hastial de la feliz casita,  
el que ganaba el mendruguito blando  
que la anciana comía.

Una alondra del páramo vecino  
se posó en la pared del Camposanto  
para beber el rayo agonizante  
del frío sol dorado,

y cantó una canción opaca y fría  
que ni siquiera le agitó el pechuelo  
que cien mañanas pareció romperse  
modulando gorjeos.

¡Sorda elegía que inspiró Natura  
junto á la tumba donde el mozo estaba,  
que tantas veces, cual la alondra aquella,  
le cantó la alborada!

Se hundieron en sus grietas los cernícalos,  
y en los huecos del viejo campanario  
poco á poco los raudos aviones  
se metieron chillando.

Cayó el silencio sobre el pueblo humilde,  
murió la tarde y se marchó la alondra,  
y la vida le dijo á la ancianita  
que estaba ya muy sola.

¡Era preciso abandonar al hijo!  
besó la tumba y apagó la vela,  
que derramó sobre la hierba húmeda  
dos lágrimas de cera.



¡Y dieron todavía otras dos lágrimas  
aquellos ojos que estrujó el dolor!  
Ni ignoradas ni estériles las dieron:  
¡las vimos Dios y yo!

## CUENTAS DEL TÍO MARIANO

**A**RABA el tío Mariano  
la húmeda tierra gredosa,  
y entre la bruma lluviosa  
del horizonte lejano,

con cierta noble ansiedad  
que á la amargura se junta,  
miraba, al volver la yunta,  
las torres de la ciudad.

Allí los amos estaban  
de aquel pedazo de llano,  
ya convertido en pantano  
por lluvias que no amainaban.

Y no pensaba el rentero  
que el amo estaba al abrigo  
del bofetón del hostigo  
y el frío del aguacero.

Aspiraciones más parcas  
tentaban al viejo charro  
mientras hundía en el barro  
sus bien calzadas abarcas.

Era un día de Febrero  
revuelto, lluvioso y frío;  
cada camino era un río,  
y un charco cada sendero.

Bajaban por las quebradas  
turbios regatos zumbando  
que iban el hoyo inundando  
de hoscas aguas coloradas.

Y era el barbecho un fangal,  
y el prado un estanque era,  
y una charca la ribera,  
los valles un chapatal.

Arrebataba el solano  
las gotas del aguacero,  
que eran las puntas de acero  
de su látigo inhumano.

Iracundos los zagales  
bregaban con los corderos  
y los cabritos zagueros  
hundidos en los fangales.

Y el pobre tío Mariano,  
con la anguarina calada,  
bajo un brazo la aguijada  
y en la mancera una mano,

arando estaba en tal día  
por no perder una huebra,  
donde diz que el viento quiebra  
cosa que él solo diría,

pues en aquella desnuda  
tierra llana sin abrigo,  
le flagelaba el hostigo  
la cara con saña cruda.

Y así malamente araba  
y echaba el hombre sus cuentas,  
las cuentas de aquellas rentas  
que por las tierras pagaba.

Bien echadas las tenía,  
pero con mal resultado,  
y así terco y porfiado,  
las iba haciendo aquel día:

«Las rastras ya no las miento;  
hogaño si pinta el año,  
no será nengún extraño  
que me arrimase á las ciento.

Se ha derramao en sazón,  
la desará fué mu guapa,  
y si sigue asín, no escapa,  
de haber buena granación.»

(Este cálculo lo hacía  
con las leves omisiones  
de langosta, inundaciones,  
y pedriscos, y sequía...)

«Ahora, tanto pa calzar,  
tanto en vestir y en comer...»  
(Y no hablaba de beber  
porque era hablar... de la mar.)

«Tanto pa contribuciones,  
tanto pa renta y simiente...»  
y así fué del remanente  
practicando sustracciones.

Y de las ciento supuestas  
sustrajo el tío Mariano  
tantas fanegas de grano,  
que al pasar de ciento éstas,

puso cara de ansiedad,  
y el cuerpo zarandeando,  
dijo con pena, mirando  
las torres de la ciudad:



«Si hogaño fuese allá un día  
y el amo bajar quisiera  
seis fanegas... ¡cualquiera,  
cualquiera me tosía!..»

. . . . .

¡Señor del tío Mariano!:  
si acude á ti, sé piadoso,  
que harás un hogar dichoso  
con seis fanegas de grano.



## REGRESO

### I

ESTUVE en la ciudad. Vi la materia  
brillar resplandeciente,  
correr arrolladora,  
sonar dulce y rugiente  
y en la vida imperar como señora.  
Reina del mundo, la ciudad entera  
su esclava fiel, su adoradora era.  
Los sabios peroraban  
del aura en la trinchera  
en defensa del ídolo que amaban;  
los coros de los hijos del Parnaso  
coplas sublimes en su honor cantaban,  
obstruían el paso  
en plazas y jardines y museos  
las estatuas alzadas á la diosa,  
soberanos trofeos

que falange de artistas victoriosa  
le rindió generosa  
del ingenio de artísticos torneos;  
y la gran muchedumbre  
de libres ciudadanos, de rodillas  
en hábito de eterna servidumbre  
que no le pagan sus eternos amos,  
entonaban su canto de costumbre:  
«¡Te adoramos, oh diosa, te adoramos!»

Estuve en la ciudad y vi los sabios.  
Fuí dispuesto á escucharles de rodillas,  
sin que allí mis palabras de hombre rudo  
salieran de la cárcel de mis labios,  
que en ellos hizo la ignorancia un nudo.  
En sus alas la fama vocinglera  
llevó dos ó tres nombres  
al obscuro rincón de mi morada,  
que augusto templo del silencio era,  
y una noble ambición que hay en los hombres  
me hizo salir de mi rincón querido,  
y á oír la voz que del saber es puerta  
fuí con el alma abierta  
puesta debajo del abierto oído.  
A entender los misterios fuí dispuesto  
de la vida y del mundo,  
la fuerte base del obrar modesto,

la clave obscura del saber profundo,  
la oculta vía del vivir sin brillo,  
la esencia arcana del amor honesto,  
la regla simple del pensar sencillo...  
Iba á aprender, sin tortuosos modos,  
la fórmula del bien, los soberanos  
conceptos graves del amor de hermanos  
que nacimos de Dios, Padre de todos;  
y, rasgadas las brumas que embarazan  
la alta visión con su tupido velo,  
iba á saber el punto en que se enlazan  
la senda de la vida y la del cielo.  
Y así como la abeja,  
libado el polen, de la flor se aleja  
y torna á elaborar el néctar puro  
de su colmena en el recinto obscuro,  
yo, conduciendo de placer henchido,  
mi carga de saber, carga de oro,  
de los sabios tomada en el tesoro,  
á las dulzuras del rincón querido  
contento volvería  
á labrar con el polen adquirido  
miel de sabiduría...  
¡Oh, fama vocinglera!  
¡cuán fácil es el viento que te guía,  
y tu sonora voz, cuán embustera!  
La gran sabiduría nunca ha sido  
música del oído,

torrente de palabras que allí cae  
donde un hueco encontró, como el sonido,  
que el viento se lo lleva que lo trae.  
Ni es orgullo que ciega,  
ni es encono que grita,  
ni estéril voz que apasionada niega,  
ni desprecio del bien que al mal invita.  
Ni tampoco almacén abarrotado  
de innúmeras ideas  
que pueril vanidad ha amontonado  
para que tú ¡oh adulator! las veas,  
y tú, Fama veloz, vuelas y cantes,  
y tú, varón sencillo oigas y creas,  
y os asombréis vosotros ¡oh ignorantes!  
No, no; sabiduría,  
en la noche del mundo tan sombría,  
es estrella que alumbra,  
brazo amigo que guía,  
no relámpago breve que deslumbra  
ni mano malhechora que extravía.  
¡Oh tú, Fama embustera!  
no alborotes las plácidas mansiones  
donde quiere la vida ser sincera:  
¡tienes otras regiones  
donde suenan mejor tus huecos sonos!  
No vuelvas á mi casa; está cerrada  
y en ella encarcelada  
tu enemiga mortal, la Verdad ruda,



que no sale á la calle  
porque nadie la quiere ver desnuda.  
Y vosotros, ¡oh sabios! cuyos nombres  
no saldrán de la cárcel de mis labios,  
una noble ambición que hay en los hombres  
me trajo á vuestros pies... ¡adiós, oh sabios!

Estuve en la ciudad y vi la vida.  
Es ligera y hermosa,  
del modo que es hermosa y es ligera  
la ingrávida, la leve mariposa  
que nace, vive y muere en Primavera.  
Y así como el insecto primoroso,  
visitador inquieto de las flores,  
más parece nutrirse de colores  
que de polen sabroso,  
la vida ciudadana,  
de la flor del placer fiel cortesana,  
no se acercaba á ella  
con aguijón de abeja laboriosa,  
sino con frágil ala lujuriosa  
de mariposa bella.  
¡Qué de prisa las horas sin regreso  
rodaban por encima de los seres!  
¡Qué nervioso el avance del progreso;  
qué fuertes los placeres;  
las fiestas, qué brillantes;

qué hermosas las mujeres,  
y los hombres, qué cultos, qué elegantes!  
Lo que sabe el varón adusto y grave  
que en el pobre lugar pasa por sabio  
cualquiera allí lo sabe,  
por eso es elocuente todo labio,  
porque los abre del saber la llave.  
Conocen allí todos  
los secretos del Arte y de la Ciencia;  
saben de varios modos  
faltar á la verdad con elocuencia;  
saben negar, audaces;  
saben reir, satíricos feroces;  
saben gustar, voraces,  
las mieles de las mieles de los goces,  
y saben ser flexibles distinguidos,  
hablar con gran finura  
y obrar con gran descoco...  
¡Saben vivir unidos  
amándose muy poco!  
¡El saber, el saber! Ese era el lema,  
la aspiración suprema  
de la vida veloz que se vivía.  
¡Se estudiaba el amor como un problema!  
Y yo también quería  
ser un sabio de aquellos que admiraba,  
mas no lo quiso la fortuna mía.  
Ufano contemplaba

montón de ideas mi cerebro hecho,  
pero ¡ay! se me olvidaba  
en qué lado del pecho  
mi corazón encadenado estaba.  
Sensible corazón que ahora palpitas  
al fuego del amor que ya te quema:  
¿para qué puedo yo necesitarte  
donde el cerebro fabricaba el Arte  
y estudiaba el amor como un problema?  
Yo pasaba los días presurosos  
entre sabios famosos,  
y las noches pasaba entre poetas.  
¡Qué días tan ruidosos!  
y las noches ¡qué estériles, qué inquietas!  
Y después de vivir la fácil vida  
que una noble ambición, humana y santa,  
me pintó de grandezas toda henchida,  
ni ella me dió sabiduría tanta  
como á cualquiera le infundió Natura,  
ni á cantar aprendí con más dulzura  
que la que puso Dios en mi garganta.

## II

Pero ya estoy aquí, campos queridos,  
cuyos encantos olvidé por otros  
amasados con miel y con veneno.  
¡Pequé contra vosotros!  
¡Recibidme otra vez en vuestro seno!  
Yo te conozco, solitario monte;  
te cantaré de nuevo, Patria mía;  
beber quiero tu luz ancho horizonte;  
gozar quiero tu paz, ¡oh, mi alquerfá!  
Mis hijos inocentes  
beben el agua de tus puras fuentes,  
nutren su cuerpo con el pan sabroso  
que produce tu suelo generoso,  
tuesta sus puras frentes  
la lumbre pura de tu sol caída,  
y me los hinchen de salud y vida  
los céfiros sedantes y serenos  
que vienen de tus grandes encinares,  
que vienen de tus mieses y tus henos,  
que vienen de tus ricos tomillares...  
Aquí no vive la materia inerte  
esa vida que presta el artificio,  
estéril disimulo de la muerte.

Viven aquí las cosas  
porque en su entraña cada cual encierra  
la del vivir intimación divina  
que á ti te ha dado jugos, fértil tierra,  
y á ti te ha dado savia, vieja encina.  
Yo admiro la hermosura,  
la soberana esplendidez grandiosa  
que Augusta ostenta sobre sí Natura;  
pero ella es criatura,  
no puede ser mi diosa;  
y aunque canto, postrado de rodillas,  
delante de sus grandes maravillas,  
que son del mundo hechizo,  
yo solo adoro en ella  
la mano soberana que la hizo...  
¿Y quién no besaré la mano aquella  
que ha sabido crear cosa tan bella?

Hombres de mi alquería,  
custodios fieles de la Hacienda mía:  
los que vais encorvados  
detrás de los arados  
desgarrando los senos de mis tierras;  
los que del hierro de la paz armados  
abatís la aspereza de mis sierras;  
los que andais sin hogar, solos y errantes,  
guardando mis ganados noche y día;

los de mis montes fieles vigilantes;  
los de mi casa honrada compañía;  
los que colmáis de frutos diferentes  
mi casa, mis laneros,  
mis templados establos, mis graneros  
y mis anchos pajares bien olientes...  
Mayorales, gañanes y renteros,  
cabreros y pastores,  
colonos y yegüeros,  
guardas y aperadores,  
montaraces, zagales y vaqueros...  
¡todos los hijos del trabajo rudo  
que regáis con sudor la hacienda mía...  
salid á recibirme! ¡Yo os saludo  
y os bendigo en la paz de la alquería!  
Vengo á anudar el hilo  
roto en mal hora del vivir tranquilo;  
á humillar, cual vosotros, la cabeza  
al yugo del trabajo cotidiano,  
fuente de la riqueza,  
padre providencial de la pobreza,  
sal del vivir humano.  
Que rueden por la mía  
como ruedan también por vuestras frentes,  
las de honrado sudor gotas ardientes  
que cuesta el pan del día,  
y que sepan mis hijos inocentes,  
cuando puedan mirar hacia el pasado,



que el pan sabroso que los ha nutrido  
era pan amasado  
con gotas de sudor por mí vertido.  
Desciendan por mi frente  
del sudor del trabajo los raudales  
y bañen mi pupila distraída,  
que esos son los cristales  
al través de los cuales  
debemos todos contemplar la vida.  
¡Hijos humildes del trabajo honrado!  
yo la vuestra contemplo  
como el más alto ejemplo  
del vivir generoso y resignado;  
y vuelvo á vuestro lado,  
porque todo lo bueno que he aprendido  
vuestro grave vivir me lo ha enseñado.  
Yo traigo, en cambio, el corazón henchido  
de anhelos puros, de doctrinas buenas  
y de costumbres santas,  
y vengo hasta vosotros decidido  
á derramar el bien á manos llenas,  
porque el Dios que me dió riquezas tantas  
dióme con ellas el mayor tesoro  
que recibí de su divina mano:  
¡un corazón de oro  
que de todos los hombres me hace hermano!

Y tú, vida serena  
de la blanca alquería,  
de artificios vacía  
y de vigores naturales llena...  
Tú, soledad amena,  
del encinar cargado de reposo,  
donde flota un ambiente religioso  
que de dulzor ¡oh alma! te enajena,  
y un bienestar sabroso  
que á ti, mortal escoria, te encadena  
al placer de un vivir tan deleitoso...  
Tú, feliz compañía  
de la fe, del amor y del trabajo,  
las tres que el alma mía  
virtudes altas á la vida trajo...  
Tú, silencio elocuente  
que en el del campo bienhechor asilo  
hablas grave y severo,  
sabio maestro del pensar prudente,  
padre fecundo del amor tranquilo,  
fiel confidente del sentir austero...  
Y tú también, jugosa poesía,  
de este rico soñar del alma mía,  
de este vivir en el hogar templado,  
de este cantar en la alameda oscura,  
de este dormir en el regazo amado  
de la conciencia pura  
que arrulla el sueño del varón honrado...

¡Dejadme respirar esta frescura  
de vuestro ambiente que á vivir convida,  
que yo quiero vivir y esta es la vida!  
Y vosotros, los anchos horizontes,  
los blancos caseríos,  
los valles y los montes,  
las fuentes y los ríos,  
los áridos y grises labrantíos...  
la sombra de la encina,  
la música del aire dulce y queda,  
y el cantar de la honrada golondrina  
y el ruidoso hojear de la arboleda...  
El agua de la poza cristalina,  
las guindas de mi huerto delicioso,  
sus ricos torongiles y albahacas,  
el pan de mis pastores, tan sabroso,  
la leche vadeante de mis vacas...  
¡Regaladme con goces repetidos,  
que os esperan, abiertos, mis sentidos!  
Yo daré cuanto tengo,  
que á derramar entre vosotros vengo  
pedazos de mi ser á manos llenas:  
para ti mi sudor, hacienda mía;  
para ti mis cantares, Patria hermosa;  
para vosotros sangre de mis venas,  
hijos amantes y adorable esposa;  
para los hombres cuyas rudas manos  
colman mi casa de riquezas tantas,

pan abundante con doctrinas santas  
y el nombre sabrosísimo de hermanos;  
para el mal que á la lucha me provoca,  
los de luchar inacabables modos;  
para el Dios de la Cruz, mi fe de roca,  
y el amor de mi alma, para todos.

¡Bendita ¡oh Patria! seas, que me has dado  
uno en tu seno bienhechor asilo  
para morirme en el vivir honrado,  
que es el secreto de morir tranquilo!

## GANADERO

**T**IENE un viejo caballote  
de gigantesca armadura,  
buen correr, mala andadura,  
largo pienso y alto trote.

Tiene dos perros de presa  
de ancha boca bien dentada,  
por si una res empicada  
se desmanda en la dehesa.

Tiene dos galgos zancudos  
de ojos vivos como chispas,  
flacas cinturas de avispa  
y curvos dorsos huesudos:

dos destructores crueles  
de las liebres y los panes,  
pues corren como huracanes  
y comen... como lebreles,

Tiene... nada á lo moderno:  
perdiz en ancho jaulón,  
escopeta de pistón  
y polvorines de cuerno.

Y tiene tan larga capa,  
tan ancha capa de paño,  
que al caballote castaño  
nalgas y cuello le tapa.

Gran pensador de negocios,  
ladino en compras y ventas,  
serio y honrado en sus cuentas,  
grave y zumbón en sus ocios,

vividor como una oruga,  
su vida de siempre es ésta:  
con las gallinas se acuesta,  
con las alondras madruga.

Clavado en la dura silla  
de su viejo caballote,  
se va á Extremadura al trote  
y al trote torna á Castilla;

y toma allá montaneras,  
y arrienda aquí espigaderos,  
y busca allá invernaderos,  
y goza aquí primaveras,



y viene y va con ganado,  
y vende, y vuelve á arrendar,  
y paga, y vuelve á criar...  
y siempre está atareado.

Y entre tantos trajinares,  
aún puede al año unos días  
lucirse en las romerías  
de los rayanos lugares;

porque el intrépido charro  
juega tan bien á la calva,  
que no hay ni en tierra de Alba  
quien no respete su marro.

Ni hay labrador ni vaquero  
que de tan brava manera  
coja una manta torera  
y eche á rodar un utrero.

Nadie como él ha lucido  
yeguas en las *cuatropeas*,  
y mantas en las capeas,  
y marros en el egido,

rumbos en las romerías,  
maña en los retajaderos,  
fuerzas en los herraderos,  
y en las tientas, valentías.

Pocas habrá tan certeras  
cual sus sagaces miradas  
para arrendar otoñadas  
y calcular montaneras,

pesar un novillo *á ojo*,  
vender oportunamente,  
saber observar prudente,  
saber mirar de reajo..

Mas ¡ay, que todo declina!  
Ya no baila, ni capea,  
ya no lucha, ni pulsea,  
ya va viejo, ya se arruina...

Ya son su grave figura  
y su aspecto antes bizarro  
sombras de aquel cuerpo charro  
que fué bronceínea escultura...

¡Y no hay que hacerse ilusiones,  
porque al charro más valiente,  
si se le arruga la frente...  
se le arrugan los calzones!...

## PUESTA DE SOL

POR un cielo mudo y frío,  
sin nubes y sin color,  
bajaba un sol moribundo,  
muerta sombra de aquel sol  
que las viejas primaveras  
templaba fecundador.  
Eran las tierras de ocaso  
desiertos que Dios creó  
para que el hombre se acuerde  
del Paraíso de Dios  
y muera con la nostalgia  
del que es infinito amor;  
y donde el cielo se unía,  
sin nubes y sin color,  
con una llanura muerta  
que el ruido nunca habitó  
con lentitudes dolientes  
agonizaba aquel sol.

Y no tuvo en su caída  
ni pueblo que la sintió,  
ni pájaro que cantara  
la vespertina canción,  
ni selva que se moviera,  
ni hombre que alzara su voz,  
ni torre que se pintara  
con el dorado arrebol,  
ni sedalino celaje  
que embebiera en su vellón  
la púrpura derretida  
del último resplandor.  
Entre desiertos desnudos  
la muerte le sorprendió,  
y al que muere en el desierto  
no le ve nunca el amor,  
ni nadie le presta oídos,  
ni nadie le dice adiós.

Así murió aquella tarde  
solo y quejándose el sol:  
¡así se mueren los hombres  
que han vivido sin amor!

## MI MONTARAZA

### I

No hay bajo el cielo divino,  
del campo salamanquino  
moza como Ana María,  
ni más alegre alquería  
que Carrascal del Camino.

En Carrascal nació ella,  
y si antes no fuese bella  
su natal tierra bendita,  
fuéralo porque la habita  
la rosa de monte aquella.

No nace en tierra cristiana  
flor silvestre más lozana,  
ni hormiga más vividora,  
ni moza más castellana,  
ni mujer más labradora.

Hermosa sin los amaños  
de enfermizas vanidades,  
tiene unos ojos castaños  
con un mirar sin engaños  
que infunde tranquilidades.

Sencilla para pensar,  
prudente para sentir,  
recatada para amar,  
discreta para callar,  
y honesta para decir;

robusta como una encina,  
casera cual golondrina  
que en casa canta la paz,  
algo arisca y montesina  
como paloma torcaz,

agria como una manzana,  
roja como una cereza,  
fresca como una fontana,  
vierte efluvios de alma sana  
y olor de Naturaleza.

¿Qué extraño que los favores  
implore yo del destino,  
si estoy enfermo de amores  
por la reina de las flores  
de Carrascal del Camino?



## II

¿Me quieres, Ana María?  
Yo me he soñado que sí;  
mas dudo que guarde impía  
la ingrata fortuna mía  
tesoro tal para mí;

pues de esos montes no lejos,  
hay otros montes ceñudos  
con montaraces ya viejos  
que tienen hijos talludos  
atentos á sus consejos.

Y sé que á esas alquerías  
van también ricos señores  
á celebrar cacerías,  
á dirigir sus labores  
y á ver sus ganaderías;

y á mí me causa terror  
que en ese rincón de paz  
den contigo, rica flor,  
el hijo de un montaraz  
ó el hijo de un gran señor.

Felicidad que soñé,  
esposa que presentí,  
mujer que luego busqué  
y ángel que al cabo encontré  
deben de ser para mí.

Dile al hijo del señor  
de la vecina alquería  
que dice tu servidor  
que no nació Ana María  
para caprichos de amor;

que en las ciudades doradas  
encontrará lindas flores  
más suyas por delicadas...  
¡Estas rosas coloradas  
no son para los señores!

Pero si en ello porfía,  
por ladrón de mi destino...  
¡Lo mato, si pisa un día  
la raya de la alquería  
de Carrascal del Camino!

Y el hijo del montaraz  
de Castropardo el mayor,  
el que oye mucho mejor  
la voz de un viejo sagaz  
que el grito de un noble amor,

si busca montaracías  
que den en prados y montes  
excusas y regalías,  
llenos están de alquerías  
esos anchos horizontes;

pues sólo el amante fino  
que ante el encanto se rinde  
de tu mirar peregrino  
merece pisar la linde  
de Carrascal del Camino.

¿Me quieres, Ana María?  
¿Me esperarás en la raya  
de tu divina alquería,  
cuando á la casa yo vaya  
que pretendo llamar mía?

¡Qué buen esposo me hicieras!  
¡Qué hogar tan feliz tuvieras,  
si de ese monte feraz  
tú la montaraza fueras  
y fuera yo el montaraz!

Sé por guardas y pastores,  
que riges ya á maravilla  
la casa de tus mayores,  
donde por buena y sencilla  
te adoran tus servidores,

y yo me tengo jurado  
ser un amo tan honrado  
y un montaraz tan cabal  
como el mejor que ha pisado  
los montes de Carrascal.

¿No sabes, Ana María,  
que yo he tenido parientes  
en una montaracía,  
y sé lo que son sirvientes  
y sé lo que es la alquería?

Hogaño he mercado en Alba  
una yegua de Peñalba  
de rutilante mirar,  
tres años, negra, cuatralba,  
rica sangre y buen andar;

un precioso bruto fiero  
con nobleza de cordero,  
blondas crines y ancha nalga,  
músculos curvos de acero  
y enjutos remos de galga.

Y en este animal brioso  
que nunca al trajín se rinde  
de su marchar vigoroso,  
vigilaré cuidadoso  
tus montes de linde á linde;

y ni en los montes vecinos,  
han de quedar clandestinos  
y atreviduelos pastores,  
ni furtivos cazadores,  
ni leñadores dañinos.

Y corrigiendo criados,  
y amparando desgraciados,  
será nuestra casa un día  
vivienda de hombres honrados,  
colonia de la alegría.

¿Quién más dichoso ha de ser  
que el hombre que va á tener  
bellos campos que cuidar,  
sabroso pan que comer  
y esposa á quien adorar?

Deudos que enfermo me halláis,  
amigos que me estimáis,  
hombres que me conocéis,  
todos los que me queréis,  
todos los que me envidiáis,

¡pedid en justa porfía  
que me conceda el destino  
la mano de Ana María  
y aquella montaracía  
de Carrascal del Camino!





## EL POEMA DEL GAÑÁN

### I

**E**RA el tiempo llegado  
de las puras mañanas otoñales,  
las que tienen un sol tibio y dorado  
que, de la hermosa vega enamorado,  
desgarra, para verla, los cendales  
de flotante vapor que la han velado  
en las primeras horas matinales.  
Mañanas con alondras y rocío,  
canturreos sonoros,  
silbar de tordos y zumbiar de río,  
balar de ovejas y mugir de toros...  
Alegre despertar de los lugares,  
tañidos de campana,  
humo de los hogares,  
pura luz, tibio sol, dulce galbana...

Vinieron otra vez los esplendentes  
serenos mediodías,  
las tardes impregnadas de dolientes  
dulces melancolías,  
las noches de los húmedos relentes,  
las misteriosas madrugadas frías...  
La tierra laborable,  
refrescada por lluvia saludable,  
iba tomando con el sol tempero,  
y al abrir el sencillo timonero  
de los húmedos senos el tesoro,  
tan frescos y amorosos se ofrecían,  
que ellos mismos pedían  
del puño sembrador la lluvia de oro.  
Erraban dos por el azul profundo  
jirones ambos de flotante nube,  
como las alas que perdió un querube  
que Dios ha puesto junto á mí en el mundo.  
El aire se dormía,  
extática la mente se quedaba,  
el ojo distraído ver creía  
que el suelo palpitaba  
á impulsos de la vida que lo henchía,  
y absorto en la visión, le parecía  
que la inmensa llanura respiraba.  
El alma vislumbraba  
los misterios profundos  
del eterno existir de los espacios

y el perenne equilibrio de los mundos.  
Natura estaba henchida  
del gran silencio que en lo grande anida  
y hundido en el abismo del reposo,  
barruntaba el sentido vigilante  
el sereno rodar majestuoso  
de la Tierra gigante...  
La atmósfera era pura,  
grande como los mares la llanura,  
abierto el horizonte,  
llenos los cielos de infinita calma,  
llena de amores la quietud del monte,  
llena de fe la soledad del alma...  
Y el que suele rodar carro del tiempo  
con paso presuroso  
sobre la vida del mortal dichoso,  
que tiene que gozarla apresurado,  
era allí tan piadoso,  
que acortaba su paso, antes ligero,  
y rodaba callado  
para hacer el placer más duradero,  
para hacer el sentir más sosegado.  
Brotaban ya en las eras  
quitameriendas de matices rojos,  
criaban achicorias los rastrojos,  
se llenaban las lindes de acederas  
y los huertos de malvas y de hinojos.  
La grata algarabía

de los bandos de tordos silbadores  
los prados alegraba en que caía;  
tábanos zumbadores  
por la atmósfera erraban placentera,  
holgaban los pastores,  
tomando el sol en la feraz ribera,  
y reía el regato en la hondonada,  
y apuntaba la grama en la pradera...  
Nuncios de la otoñada...  
¡Tiempo de sementera!  
¡Gran Dios: tan bellos días  
haces caer de tus hermosos cielos  
que hasta me obligan á olvidar mis duelos,  
y es pecado olvidar lo que Tú envías!

## II

«Echa surcos derechos  
á mi ventana;  
labrador de mis padres  
serás mañana.»

*(Cantar popular castellano.)*

La postrer melodía  
sonó amorosa del cantar suave  
que vino de la vaga lejanía  
con blando ritmo de volar de ave.

Rayaba el puro día,  
el rústico cantor, embebecido  
de su labor en la profunda calma  
plegó sus labios y rumió el sentido  
de aquel cantar que le llegaba al alma.  
Era verdad lo que el cantar decía.  
En aquel lugarejo que dormía  
bajo la fronda espesa  
de la mansa alameda juguetona,  
Trabajo era honradez y Amor promesa;  
Trabajo era virtud y Amor corona.  
Y el gañán laborioso  
se deleitaba en el sentido hermoso  
del cantar de la moza castellana,  
que al elegir para mañana esposo  
buscaba labrador para mañana.  
El también intufía  
que el Trabajo es virtud, es armonía,  
es levadura del placer humano,  
fuente del bien, secreto de la suerte,  
deber del hombre sano,  
honra del varón fuerte  
y vanidad de mozo castellano  
que el pan que come con la misma toma  
con que lo gana diligente mano.  
Y meditando sobre aquel mañana  
del severo cantar de la aldeana,  
pensó en sus padres, de ternura lleno,

pues sus frentes rugosas le decían  
las gotas de sudor que se vertían  
para dar á los hijos pan moreno.  
Y absorto, grave y mudo,  
vió grabado en el libro del Destino  
aquel cantar desnudo,  
primera estrofa del poema rudo  
de la vida del pobre campesino.

### III

«De poco me servía  
labrar la tierra  
como sus bendiciones  
Dios no le diera.»

Así cantó el labriego  
con música de intensa melodía  
que en el sentido derramó ambrosía  
y en la conciencia derramó sosiego.  
Mediaba el puro día.  
La quietud de la atmósfera pesaba,  
la yunta se dormía,  
la brisa se paraba...  
y las pardas alondras del camino  
se quedaban extáticas bebiendo

las dulzuras del ritmo peregrino  
que del manso cantar iban fluyendo.  
Era el himno aldeano,  
salmo de agradecida criatura  
que á Dios concibe en la celeste altura  
dándonos pan con amorosa mano;  
severo canto llano  
que al rudo mozo le enseñó Natura  
para el culto del templo soberano  
de la vasta llanura,  
que aún es estrecha para altar cristiano.  
Y yo escuchaba embelesado y mudo  
la piadosa letrilla,  
decir sincero de la fe sencilla,  
hija de un pecho rudo  
donde nunca arañó, ruin y sañuda,  
la sarna miserable de la duda.  
El hijo del trabajo,  
surco arriba marchando y surco abajo,  
buscaba en el trabajo solamente  
los pedazos de pan que el suelo encierra,  
porque siempre creyó cosa evidente  
que el sudor de la frente  
es el mejor abono de la tierra.  
Pero también creía  
que es la mano de Dios omnipotente  
quien á la tierra laborable envía  
el sol que la caldea,



la escarcha que la enfría,  
la brisa que la orea,  
la lluvia que la baña y la sanaa...  
La mano soberana,  
fuente de vida de la raza humana;  
la mano de las grandes maravillas;  
la que encierra en minúsculas semillas  
gérmenes diminutos,  
misterios del amor encantadores  
de donde brotan las hermosas flores,  
de donde surgen los sabrosos frutos...  
Así se lo decía  
la firme y pura que adquirido había  
fe de granito en el hogar amado;  
y aquel cantar piadoso y sosegado  
que del alma escapó por la garganta,  
fiel expresión de sus sentires era,  
porque el alma sincera  
lo que siente, y no más, es lo que canta.

## IV

«Dice la mi morena  
que cuando voy de arar  
se entristecen los campos  
se alegra el lugar.»

La labor terminaba. Atardecía  
y la copla postrera,  
más rica que ninguna en armonía,  
más dulce en el caer, más plañidera,  
más empapada en la nostalgia austera  
que infunde el campo de la patria mía,  
voló por la llanura  
y en el alma cayó por el oído  
con cadencias de lánguida dulzura,  
con dejes de quejido  
y amorosos temblores de ternura.  
Era el himno sereno  
del amor castellano,  
de prudente pudor, de calma lleno,  
como el alma del rústico aldeano:  
vibración de los gozos y las penas  
de las almas serenas,  
arte robusto de las almas rudas,  
hondo consuelo de las almas buenas,  
único idioma de las almas mudas...

¡Señor: si tus enojos  
haces caer sobre miseria tanta  
como aflige á cualquiera de tus hijos,  
ponle llanto en los ojos,  
ponle abrojos debajo de la planta,  
ponle arrugas y canas en la frente,  
pero déjale voz en la garganta,  
porque bien sabes Tú, Dios providente,  
que no puede vivir el que no canta!  
Camino de la aldea,  
que oculta entre los álamos humea,  
delante del muchacho distraído  
la yunta va marchando,  
el arado del yugo suspendido  
y el timón arrastrando.  
Lánguidamente declinaba el día:  
la brisa se hizo fría,  
la alondra se acostó, cantó el mochuelo,  
y á la luz del crepúsculo expirante,  
el murciélago errante  
culebreó con dislocado vuelo.  
Era verdad lo que el cantar decía.  
A medida que el mozo la dejaba,  
la llanura qué triste se ponía,  
¡qué sola se quedaba!  
Todo en ella decía  
que él era el alma del terruño muerto,  
él era lengua del paisaje mudo,

él la nota viviente del desierto,  
el sacerdote rudo  
de aquel templo desnudo,  
al culto grave del Trabajo abierto.  
Y á medida que el campo se ponía  
como la copla del gañán decía,  
se alegraba el lugar con los rumores  
de la humilde legión de labradores  
que á la aldea volvía  
en busca del pedazo del cariño,  
la pobre cena en el hogar risueño,  
las caricias de un niño  
y unas horas dulcísimas de sueño.  
Cuando el mozo pasaba por la era,  
del lugarejo plácida vecina,  
le pidió una campana plañidera  
la oración vespertina,  
y él la rezó con la piedad sincera  
y algo inconsciente de la fe pristina.  
En el cielo amarillo del poniente  
brilló una estrella rutilante y pura,  
y el mozo, indiferente,  
la vió cabrillear, fija en la altura;  
pero de aquella cristalina fuente  
que está junto al camino,  
vió venir hacia él alegremente,  
como bando de alondras trinadoras,  
alborotado grupo peregrino

de garridas muchachas habladoras.  
Y ojos que no cegaron  
con la luz del lucero vespertino,  
deslumbrados quedaron  
al fulgor de una estrella  
de la gentil constelación humana...  
Con las Rebecas de alma castellana  
que el mozo vió venir... ¡estaba *ella!*

. . . . .

Ese es un hijo de la patria mía:  
el que Natura para el cielo cría,  
el que entero en la vida se derrama,  
porque á vivirla, generoso, viene,  
trabaja, reza y ama:  
¡Dios no le pide más: da lo que tiene!

## PRESAGIO

### I

VES ese tronco, Agustina,  
que en el hogar se calcina  
y da á mis miembros calor?  
pues es el de aquella encina  
del valle de Fuenmayor.

No mataron sus vigores  
ni el cuchillo de la helada  
ni el dogal de los calores,  
sino la mano pesada  
de los años destructores.

Allá, cuando Primavera  
verdes los campos ponía,  
y mi alegre pastoría,  
derramada en la ladera,  
desde el valle se veía,

viví como un rey en él  
de esa encinita á la sombra.  
¿Dónde hay tronco como aquél?  
Hierba y flores por alfombra  
y amplias ramas por dosel.

Allí aprendí á meditar  
y sentí las embriagueces  
del alto y puro pensar,  
y por gozarlas cien veces  
por eso aprendí á cantar.

Y sonaron mis canciones  
á ruido de hojas de encina,  
arpa ruda cuyos sonos  
dieron al alma emociones  
y al estro voz peregrina.

En Julio, el abrasador,  
cuando á la ruda labor  
iba con mis segadores  
á aquellos alrededores  
del valle de Fuenmayor,

esa vieja venerable,  
único asilo habitable  
de la abrasada llanura,  
me daba sombra agradable  
con hálitos de frescura.



Porque el que puso en el cielo  
un sol que calcina el llano,  
pone una sombra en el suelo,  
como en el dolor humano  
pone de la fe el consuelo.

Y aquella encina frondosa  
que en las gayas estaciones  
me dió música amorosa,  
cuya dulzura sabrosa  
cayó sobre mis canciones,

dióme después, en estío,  
fresco dosel protector,  
y ahora, que invierno sombrío,  
me tiene yerto de frío,  
presta á mi cuerpo calor.

## II

Así fuiste tú, mujer.  
Me diste en las primaveras  
de aquel encantado ayer  
las poéticas primeras  
impresiones del querer.

Y así como la armonía  
que de la encina caía  
se derramó en mis canciones,  
tu amor en el alma mía  
vertió mundos de ilusiones.

Después, cuando me agobiaba  
la dolorosa fatiga  
de un vivir que ya se acaba,  
tú fuiste la sombra amiga  
donde el alma descansaba.

Y ahora, que ya está conmigo  
del alma el invierno helado,  
que es su postrer enemigo,  
viviendo estoy amparado  
de tu cariño al abrigo.

. . . . .

Yo tengo miedo, Agustina,  
que el tiempo que se avecina  
me busca amenazador...  
¡Ay, que ya murió la encina  
del valle de Fuenmayor!...

## DEL VIEJO EL CONSEJO

**D**EJA la charla, Consuelo,  
que una moza casadera  
no debe estar en la era  
si no está el sol en el cielo.

Tu hogar tendrás apagado,  
y al mozo que habla contigo  
le está devorando el trigo  
la yunta que ha abandonado.

Mira que esta obscureciendo,  
que en las riberas lejanas  
ya están cantando las ranas,  
ya están las aves durmiendo.

Que tocan á la oración,  
y hay gentes murmuradoras  
cuyos ojos á estas horas  
cristales de aumento son.

Y es que los obscureceres  
son unas horas menguadas  
que han hecho ya desgraciadas  
á muchas pobres mujeres.

Mira, muchacha, que ha sido  
la tarde muy bochornosa  
y va á ser fresca y hermosa  
la noche que ha producido.

Mira que son muy contadas  
las fuerzas de la memoria;  
mira que huelen á gloria  
las mieses amontonadas,

y está tu galán delante,  
y está tu hermanillo ausente,  
y está el amor en creciente  
y está la luna en menguante,

y á luz tan débil yo creo  
que sola á salir no atinas  
del laberinto de hacinas  
donde metida te veo.

Tal vez si el mozo me oyera  
pensara que esto es perfidia,  
creyera que tengo envidia,  
que tengo celos dijera,

pues con la venda de amor  
no viera que soy un viejo  
que sólo con un consejo  
puedo acercarme á tu honor.

Vete, muchacha, y no quieras  
llorar prematuros gozos,  
que sé lo que son los mozos  
y sé lo que son las eras;

y en tales obscureceres  
pláticas tales de amores  
dicen los murmuradores  
que son de tales mujeres...

Y tienen razón, Consuelo,  
que una moza casadera  
no debe estar en la era  
si no está el sol en el cielo.



## CANCIÓN

Aquí se siente á Dios. En el reposo  
de este dulce aislamiento  
un fecundo sentido religioso  
preside el pensamiento.

Derrámase por uno de dulzuras  
ambiente equilibrado,  
y en él cosecha las ideas puras  
de que está penetrado.

Y sereno después, las alas tiende  
y escala el firmamento,  
seguro como el pájaro que hiende  
su apropiado elemento.

Entonces toca el alma lo profundo  
del alto amor sin nombre  
y quisiera que un templo fuera el mundo  
y un sacerdote el hombre.



¡El mundo, el hombre! Tras el doble abismo,  
sólo esto es luminoso:  
¡cuán feliz puede hacerse el hombre mismo,  
y al mundo, cuán hermoso!

Desde este solitario apartamiento  
del monte sosegado  
contemplo el armonioso movimiento  
de todo lo creado.

¡El Trabajo es la ley! Todo se agita,  
todo prosigue el giro  
que le marca esa ley por Dios escrita  
dondequiera que miro.

Aquel pardo milano, vagabundo,  
buscando va la presa,  
que le cuesta medir ese profundo  
vacío que atraviesa.

Riega el labriego la feraz besana  
con sudor de su frente,  
si rubio trigo le ha de dar mañana  
para nutrir su gente.

Quiere la golondrina nido blando  
para el amor sentido,  
y mis ojos fatiga acarreando  
pajuelas para el nido.

A los vientos la abeja se encadena  
y la hormiga al sendero,  
para llenar aquélla su colmena  
y estotra su granero.

La mansa yunta trabajosamente  
tira del toSCO arado,  
y el pesado mastín va diligente  
detrás de su ganado.

¡Todo al trabajo se ligó fecundo!  
¿y yo he de estar ocioso?  
¿y yo he de ser estéril en un mundo  
nacido fructuoso?

¡Arriba, arriba! ¡El corazón al cielo  
y á la tierra los brazos!  
¡A la suerte del mundo unirne anhelo  
con más estrechos lazos!

¡La pluma, los cinceles, la mancera,  
la espada victoriosa!...  
Dadme lo que queráis que abierta espera  
mi mano vigorosa!

Si sé cantar, te elevaré canciones,  
¡oh Patria infortunada!  
que mil hay en tu amor inspiraciones,  
para la lira airada.

Si es la piedra á mis manos obediente,  
venga el cincel á ellas,  
que el suelo patrio sembrará mi mente  
de creaciones bellas.

Si hacen falta una mano y una vida,  
dad á aquélla una espada  
y toma tú mi sangre ¡oh, dolorida  
Patria desventurada!

Y si mi fuerte, pero ruda mano,  
sólo puede servirte  
para en los surcos enterrar el grano  
que de oro puede henchirte,

para en tus vegas derramar tus ríos,  
para abonar tus tierras,  
y coronar de montes tus baldíos,  
y enriquecer tus sierras...

entonces, no me arrojes al semblante  
deberes no cumplidos,  
porque yo soy el hijo más amante  
de tus campos queridos,

y para hacer esta canción honrada  
que el alma me pidiera  
he dejado un momento abandonada  
mi tosca podadera...

## INVITACIÓN

SEÑORES de la ciudad:  
si ella admite en su grandeza  
vientos de sinceridad,  
ruidos de Naturaleza  
y aromas de soledad;

si en vuestros breves vagares  
merecen entreteneros  
las coplas y los cantares  
de oscuros, pero sinceros,  
rimadores populares,

cerrad los ojos expertos  
al artificio ingenioso  
y oid sus rudos conciertos  
con los sentidos abiertos  
del percibir vigoroso.

Cabe la misma espesura  
donde ha soltado Natura  
su coro de ruiseñores,  
puso una legión obscura  
de más sencillos cantores.

Y no es artista el sentido  
que, por sencillos y tantos,  
desprécialos, distraído:  
¡algo dirán esos cantos  
al alma, si no al oído!

Algo tendrá todo ardiente  
pecho que así se derrama;  
que en el concierto viviente  
todo lo que canta, siente;  
todo lo que siente, ama.

Y es el amor cosa tal  
que todo amor es hermoso,  
vibre en un alma inmortal  
ó en el pechuelo fogoso  
del ave del matorral.

Y es el cantar una cosa  
tan hija de este sentir,  
que para el alma amorosa  
toda canción es hermosa  
si quiere amores decir.

Señores de la ciudad:  
los del cerebro cansado,  
que aún corre tras la verdad;  
los del ingenio aguzado  
que inventa la novedad...

Si frívolos y ligeros,  
cual sus artificios ruines,  
no os parecen ya sinceros  
esos de vuestros jardines  
ruiseñores prisioneros,

¡venid al campo á escuchar  
á otros sencillos cantores  
que os pueden acaso dar  
algo más que los primores  
de un ingenioso cantar!

¡Subid, siquiera, á la altura  
de esas torres elevadas,  
á ver si la brisa pura  
lleva del campo tonadas  
de las que enseña Natura!

Y aunque el ingenio las mida  
y arguya que no son bellas,  
probad su savia escondida,  
sentid con ellas la vida  
y haced el Arte con ellas!

Señores de la ciudad:  
si henchir queréis de verdad  
el mundo de la belleza,  
dejadle á Naturaleza  
su cetro de majestad!



## SURCO ARRIBA Y SURCO ABAJO (1)

ARABA el tío Roque  
con su yunta de dóciles vacas,  
con la Triguera,  
con la Temeraria.  
Y conforme la reja iba hendiendo  
la tierra esponjada,  
que al calor y á la luz descubría  
las frescas entrañas,  
el secreto pensar del tío Roque,  
que el silencio en redor barruntaba,  
por imán de silencio arrancado  
del fondo del alma,  
á esparcirse sin miedo salía  
de la cárcel estrecha en que estaba,

---

(1) Leída en la función celebrada en el Teatro Bretón, de Salamanca, con asistencia de S. M. D. Alfonso XIII.

y en las alas de un aire de otoño,  
se cernía con estas palabras:

¡Vuelve, Triguersona!

¡Vuelve, Temeraria!

Si la misma canción de otros años  
hogaño nos pasa,  
di que nos avía  
la miaja senara.

Ca vez más señora  
te se pone la tierra y más mala.

No te sirve que le echas simiente  
como chochos de gorda y de blanca,  
ni que en piedra lípiz  
gastes las pestañas,  
ni que rompas, y bines, y tercies,  
y les des aricá bien temprana.

Cuasis con comuelgo  
seis fanegas ú siete derramas  
y te dan ventinueve raídas,  
que ni cuasi el trabajo le sacas.

Y esto es echar uno  
las cuentas galanas,  
porque si una pedrea te viene,  
que no son muy ralas,  
ni siquiera te deja un pajuco  
pa sacar del invierno las vacas,

¡cuanti más un chocho  
pa meter en casa!  
Y entá no es lo malo  
que no cojas nada,  
porque en un apurón, hate cuenta  
que un invierno... en la cárcel se pasa;  
pero, amigo, te afrontan con pagos,  
porque claro que no tienes cara  
pa cuadrarte y decir que lo debes...  
pero no lo pagas...  
y lo cual que es mejor no decirlo,  
pues no habiendo vergüenza, no hay nada...  
¡Vuelve, Triguersona!  
¡Vuelve, Temeraria!

Porque no es el decir de que digas  
que no aguantas ancas,  
y que te rebelas  
ú que te aperrangas,  
porque en viéndote ya mancornao  
te quiten la carga...  
es que ya no puedes el dir más adelante  
porque cuasi el aliento te falta,  
porque viene de atrás la flojera,  
porque no puedes ya con las rastras...  
¡Vuelve, Triguersona!  
¡Vuelve, Temeraria!

Si pintaran dos años arreo,  
pues entá se tapaban las faltas  
y el perro que hogaño  
nos dió la senara.  
Yo cuasi que tengo  
como confianza,  
porque entá no creí que venían  
las primeras aguas  
y la tierra con ellas se ha puesto  
amorosa que gusta el ararla,  
de módo y manera  
que la cosa no empieza tan mala.

Y no miento ahora  
los runrunes continuos que andan  
de que el Rey mesmamente en persona  
viene á Salamanca,  
que no es mala seña  
si tampoco falla...  
¡Vuelve, Triguersona!  
¡Vuelve, Temeraria!

Yo no sé, pero yo me magino  
de que el Rey no vendrá á ver la Plaza,  
que en el mesmo Madrid habrá muchas,  
no agraviando á la nuestra, tan guapas.  
Me magino de que él no se fía  
y que viene á oservar lo que pasa,

porque hacienda en poder de criaos  
se la lleva en un verbo la trampa.  
Me magino que viene á enterarse  
de si tiras p'alante ú atrasas,  
de si siembras, ú comes, ú ayunas,  
    ú pierdes ú ganas.

De modo y manera  
que en queriendo fijarse una miaja,  
se ha de dir al Palacio enterao  
de má e cuatro lástimas,  
    que, si á mano viene,  
    podrá remediártelas,  
ú siquiera poner los posibles,  
que en pusiéndolos bien no te fallan...

Yo no sé; pero yo me magino  
de que el Rey no vendrá á ver la Plaza.  
Y si sólo la Plaza le enseñan  
    los de Salamanca...  
    ¡Pára, Triguersona!  
    ¡Tente, Temeraria!



## A S. M. EL REY <sup>(1)</sup>

SEÑOR: no soy un juglar;  
soy un sincero cantor  
del castellano solar.  
Canto el alma popular;  
No tengo nombre, Señor.

Por eso, porque un obscuro,  
porque un sincero es quien canta  
y no un cortesano impuro,  
oiréis el de mi garganta  
canto llano, pobre y duro.

Más placera á vuestro oído  
el débil trinar sentido  
del pájaro del erial  
que el resonante graznido  
de hueco pavo real.

---

(1) Publicada en el número extraordinario que dedicó la Revista *Las Hurdas* á S. M. el Rey D. Alfonso XIII, con ocasión de su estancia en Salamanca en el mes de Septiembre de 1904.



Señor: si en ese sagrado  
solar de español sentir  
han ante vos ocultado  
con luz de vivir dorado  
sombras de negro vivir,

mintió la vieja embustera  
que llaman cortesanía...  
¡Mejor á su rey sirviera  
si, en bien de la Patria mía,  
verdad á su rey dijera!

No sé con reyes hablar;  
mas bien podréis perdonar  
que yo platique con vos  
tal como en són de rezar  
platico de esto con Dios.

Estáme la fe enseñando  
y estáme el amor diciendo  
que todo se torna blando  
á nuestro Dios invocando  
y á nuestro Rey requiriendo.

Que Dios corona á los reyes  
para que á mundos mejores  
lleven innúmeras greyes,  
mejor que atadas con leyes,  
sueltas en curso de amores...

Señor: en tierras hermanas  
de estas tierras castellanas,  
no viven vida de humanos  
nuestros míseros hermanos  
de las montañas jurdanas.

Señor: no oigáis las canciones  
de las doradas sirenas,  
que sólo cantan ficciones...  
¡Los más grandes corazones  
son los que arrostran más penas.

Dolor de cuantos los vieren,  
mentís de los que mintieren,  
aquí los parias están...  
De hambre del alma se mueren,  
se mueren de hambre de pan.

Hasta este monte eminente  
donde rimo mis cantares  
sube famélica gente  
que mis modestos manjares  
devora violentamente...

Tanta pena he contemplado  
que unas veces he llorado  
con llanto de compasión,  
y otras mi voz han velado  
gemidos de indignación.

Porque infama la negrura  
de la siniestra figura  
de hombres que hundidos están  
en un sopor de incultura  
con fiebre de hambre de pan.

Limosna de un Rey cristiano  
es manantial soberano  
de grande consolación...  
Mas nunca llega la mano  
donde llega el corazón.

La Patria es madre amorosa  
que hace milagros de amores...  
¡Tienda una mano piadosa  
que disipe los horrores  
de esta visión afrentosa!

. . . . .

Señor: no soy un juglar.  
Yo nunca rimo un cantar  
si no me lo pide Amor.  
La Patria me hizo vibrar...  
¡Patria sois también, Señor!

## BRINDIS (1)

MI pobre prosa rimada  
no podrá deciros nada  
que suene á cosa asombrosa.  
Esto será una charrada;  
no puede ser otra cosa.

No abráis el avaro oído  
creyendo que raro y bueno  
manjar de allende he traído,  
que yo jamás me he nutrido  
con pan de terruño ajeno.

Pienso que el nuestro es fecundo,  
como todo lo español.  
Pienso que no hay en el mundo  
grano que arraigue fecundo  
debajo de extraño sol.

---

(1) Leído por su autor en el banquete celebrado en Salamanca el 18 de Octubre de 1903, en honor del poeta y del Sr. Unamuno.

Por algo natura crfa  
ventiscares en la sierra  
y alamedas en la umbría;  
por algo hay quien moriría  
si no viviera en su tierra.

En ella y á vuestro lado  
fuera tremendo pecado  
cantar en música extraña,  
que de frente ó que de lado  
no venga á decir: ¡España!

Más todavía: ¡Castilla!  
todavía más: ¡Salamanca!  
y aún más: la pobre aldeílla,  
la limpia casita blanca,  
la cuna, la paz sencilla...

Si el molde parece estrecho  
de mi canción natural,  
decidlo á Aquel que me ha hecho  
pajarillo del barbecho  
y no lorito real.

Naturaleza ha querido  
que cada ser dé una nota,  
viva un campo y tenga un nido:  
orden sabio y bien sentido  
que sólo el cuco alborota,

pues tiene la mala maña  
de que los huevos que pone  
se incuben en casa extraña.  
¡Pecado igual Dios perdona  
á muchos hombres de España!

Si á la selva tenebrosa  
fuese la alondra armoniosa,  
no supiera entre el ramaje  
dar la nota misteriosa  
del silencio del bosque.

Y si al barbecho viniera  
cotorra exótica y rara  
cantando la sementera,  
ni el ave la interpretara  
ni el labriego la sintiera.

¿Quién da la nota del río  
mejor que el mirlo sombrero  
nacido entre sus mimbrales?  
¿Quién canta los majadales  
como el cárbano bravío?

¿Quién da la visión entera  
de carrascosa ladera  
como la perdiz bizarra?  
¿Quién mejor que la chicharra  
canta la mies en la era?

¿Suenan bien en los jarales  
músicas de colorines?  
Silbos de águilas reales  
¿nos dirán en los jardines  
lo mismo que en los canchales?

Y el ronco graznido duro  
de deforme buitre impuro  
¿cómo podrá matizar  
el divino claroscuro  
de la paz del olivar?

Cantemos nuestra tonada,  
la genuina, la sincera:  
tú, ruisenior, la alborada;  
tú, alondra, la barbechera,  
y yo, charro, la charrada.

A sus típicos primores,  
tan rudos como bizarros,  
hoy daré finos colores,  
porque la canto entre charros  
disfrazados de señores.

Que quepan en ella quiero  
la aldeílla y la ciudad,  
ambas con vivir entero,  
que es en aquélla el granero  
y aquí la Universidad.



Aquél da al cuerpo vigores,  
ésta da al alma ideales...  
Sudor de mil labradores  
y saber de cien doctores,  
son dos tesoros iguales.

Dice la Escuela: Yo un día  
fuí madre y templo sagrado  
de toda sabiduría.  
Jamás numerar podría  
los hijos que he amamantado.

Del seno de que nacieron  
saberes hondos bebieron  
disueltos en fe de Cristo.  
Honor los hijos me hicieron,  
grandes los siglos me han visto.

Fuí fragua del pensamiento,  
yunque del entendimiento,  
levadura de la vida,  
brújula en mar turbulento,  
sol de la Patria querida.

Sol cuya rica influencia  
bajó sobre la opulencia  
de los tronos y fué ley;  
que el alcázar de la ciencia  
más alto está que el del rey.

Ahora, lacrimosos coros  
me afligen con tristes lloros  
diciéndome que soy ruinas,  
que soy hueco de tesoros,  
jirón de edades divinas,

sombra augusta y venerable,  
muerta gloria inolvidable,  
vieja majestad caída,  
triste memoria adorable,  
puesta de sol dolorida...

Y me suenan esos trenos  
á quejidos de hijos buenos,  
mas ¡ay! que también me suenan  
á estériles falsos truenos  
que el viento de ruido llenan.

Algo lloran que es verdad.  
Vinieron tiempos tiranos  
que al grito de libertad  
encadenaron las manos  
de esta pobre majestad.

Y adiós, trono, cetro y manto,  
y adiós, oro y esplendores,  
¡mucho grande y mucho santo!  
¡mas no los santos amores  
de los hijos que amamanto!

No el pan de su inteligencia  
ni la luz de su conciencia,  
porque yo siempre seré  
el alcázar de la ciencia  
y el castillo de la fe.

Si reina fuese, mi suerte  
rodara por rumbos fijos  
que van á dar á la muerte.  
No soy reina: soy más fuerte:  
¡soy madre de muchos hijos!

¡Hijos! os pido un mañana  
como el ayer que gocé.  
¿Será mi súplica vana?  
¡Oh, no! Cuanto más anciana,  
más madre os pareceré...

Dice el granero al gañán:  
Yo soy tu rico tesoro,  
soy el sudor de tu afán,  
sudor que ha cuajado en oro  
y oro que luego soy pan.

El pan de la esposa buena  
que esotro cuarto vecino  
con celo de hormiga llena  
de blandos copos de lino  
que en lienzo de nieve ordena.

El pan de tus tres mozones,  
cubiertos como negrillos,  
alegres como esquilonos,  
dóciles como chiquillos  
y fuertes como leones.

El pan de tus dos mozuelas,  
sus cintas de oro y alpaca,  
sus dengues y lentejuelas,  
sus cruces de Alcaravaca,  
sus hilos y sus chinelas.

Y el pan del hijo mayor,  
que es pan blanco de ciudad,  
como que es para un señor  
que pronto será doctor  
de nuestra Universidad.

Labrador que vas arando,  
mete la reja más honda,  
que el filón se va agotando,  
y el tiempo viene apurando,  
y el oro es de quien ahonda.

De este modo tan sincero  
y en este sentido amante,  
nos hablan lenguaje entero  
á mí, labriego, el granero,  
y á ti la Escuela, estudiante.

Son la Patria en la indigencia.  
¿Qué pide á nuestra conciencia?  
Espigas de un mismo haz;  
que tú le des gloria y ciencia.  
Que yo le dé trigo y paz.

¡Gracias á todos, señores!  
De esta rica convidada  
llevo en el alma sabores  
que yo no comparo á nada...  
¡He comido pan de amores!

Y no hay deleites humanos  
ni más grandes ni más sanos  
que éstos que son mi idéal:  
pan de trigo candeal  
comido en paz y entre hermanos.

Entre hermanos, sí, señores,  
que aunque vos, señor Rector,  
de quien son estos honores,  
tengáis muy lejos amores  
que hermanos son de este amor,

yo tengo á otro amor sujeto  
mi corazón de cristiano,  
un corazón que, discreto,  
os llama sabio en secreto  
y en público os llama hermano.

¡Adiós! ¡Hasta la primera!  
Gente que estudia ó que ara,  
debe ser poco fiestera.  
Yo me voy á mi senara,  
que estamos en sementera.

## DE RONDA

### I

**A**L pardear se encontraron  
y hablaron estas palabras:

—¿Ande vas?

—Voy al casillo.

—¿No sales luego una miaja?

—Daremos un cacho vuelta  
cuantis que apaje las vacas.

Me faltan cuatro posturas.

—Pues yo voy á darles agua.

—¿Al río?

—No, al Mullaero.

—Pues bien mala está esa charca.

Y los mozos se apartaron  
sin decirse más palabras.



## II

Era una noche de Enero  
muy fría, serena y clara:  
noche de muchas estrellas  
y pocos ruidos. Helaba.  
Cuatro mozos embozados  
en sus anguarinas pardas  
platican, y no de amores,  
en la mitad de la plaza.  
—¿Qué andáis haciendo estos días?  
—Pues hate cuenta que nada:  
arrecogiendo buñicas  
en los praos; mi padre, en casa.  
Y vusotros, ¿ánde andáis?  
—Hiciendo también la engaña:  
hoy, á por unos carrascos  
pa masar. La otra semana  
no nos vagó dir á ellos  
y derrotemos más támbaras!...  
—Y tú, Juan, ¿andas á istierco?  
—No, maldito; ya no hay nada:  
cuasis de viga derecha  
tó el día. Pasó mañana  
habrá que echarlo al molino  
con garrobas pa las vacas,

y el desotro á por adobes  
pa gobernar una miaja  
las tenás del otro barrio...

—¡Chachos, qué noche tan rasa!...

No se barrunta una mosca.

—No, pues ancá de Luciana  
buena zoriza traían  
cuando yo salí de casa.

—Hay baile.

—¿De pandereta?

—¡Quiá, de badil!

—¿Quién cantaba?

—Pues por un lao parecía  
Quica, y por otro Colasa.

—¡Son tan autás!...

—¿Y de mozos?

—Cuatro chavalillos... nada.

—¡Chicos, pahí han jijao!

—Esos serán los Pardalas  
que salen de ancá de Petra...  
¡Callarsos á ver si cantan!...

—Ellos son, hombre, no escuches;  
¡si ha jijeao!...

—¡Coine, calla!

¡Tú jijea y que hablen ellos!...

—¡Ay ji jí!...

—¿Quién vive?

—¡Españal

— Buenas noches.

— Buenas noches.

— Y frescas. ¿De qué se trata?

— Pues decían que esta noche iba á hacer baile Luciana porque iba á venir á ella un mozo de Matamala, que dicen que gasta ponche y que toca la dulzaina.

— Pues lo del mozo es mentira, porque han ido ancá Luciana tres veces los mayordomos á cobrar el vino y... ¡nada! Lo que hay es baile.

— Pues vamos.

— ¡Si es de badil!

— ¿Y qué? ¡Halal!

— ¡Muchachos la toná nueva!

— Los que la cojáis, echaila!...

### III

Y abriendo mucho las bocas,  
llegaron «ancá» Luciana.  
Cerrada estaba la puerta,  
la casa en silencio estaba,

porque su gente tenía  
que «masar» muy de mañana  
y no madruga la gente  
si las veladas son largas.  
Calle abajo, calle abajo  
la ronda siguió su marcha  
y no dejó aquella noche  
calleja no paseada,  
ventanillo no atisbado,  
gato que no apedreara,  
perro echado, charco lleno  
y estrella no contemplada.  
—¡Chachos, debemos de dirnos,  
si sos pãece, á la cama;  
que antes que nos percatemos,  
la gente vieja reballa.  
Si no, mirai las cabrillas  
por ánde van ya...

—¡Pues anda,  
que yo que tengo en el cinto  
la llave pa entrar en casa!...  
¡Uy, Dios, como me barrunten,  
verás mi madre mañana!  
—Pues, chicos, yo no me acuesto;  
me voy á apajar las vacas  
cuantis me quite esta ropa  
pa dir temprano á por tãmbaras.  
—Y á mf me dijo mi madre

que á cepas, chico. ¡Pues anda  
que voy á tener un cuerpo  
pa rozar!... ¡Uy qué galbana!  
—Pues yo, galán, á buñicas...  
—Y yo á calentar el agua  
pa masar.

—Y yo al mercao.

—Y yo á piedra.

—Y yo á las cabras.

Con que, muchachos, que es hora:  
¡cada uno pa su casa!

Y el grupo de rondadores  
se abrió como una granada.

#### IV

Al poco rato la aldea  
muerta del todo quedaba;  
la alborada aún no venía,  
declinó la luna blanca,  
relucían las estrellas,  
iba en aumento la helada,  
el suelo se endurecía,  
los tejados blanqueaban...

# NUEVAS CASTELLANAS





## LAS REPÚBLICAS

### I

**H**E admirado el hormiguero  
cuando henchían su granero  
las innúmeras hormigas.  
He observado su tarea  
bajo el fuego que caldea  
la estación de las espigas.

Esquivando cien alturas  
y salvando cien honduras,  
las conduce hasta las eras  
un sendero largo y hondo  
que labraron desde el fondo  
de las lóbregas paneras.

Y en hileras numerosas,  
paralelas, tortuosas,  
van y vienen las hormigas...

La vereda es dura y larga,  
pesadísima la carga  
y asfixiantes las fatigas;

mas la activa muchedumbre,  
sobre el hálito de lumbre  
que la tierra reverbera,  
senda arriba y senda abajo,  
se embriaga en el trabajo  
que le colma la panera.

Son comunes los quehaceres,  
son iguales los deberes,  
los derechos son iguales,  
armoniosa la energía,  
generosa la porfía,  
los amores, fraternales.

Si rendida alguna obrera  
por avara no subiera  
con la carga la alta loma,  
la hermanita más cercana  
con amor de buena hermana  
la mitad del peso toma.

Nadie huelga ni vocea,  
nadie injuria ni guerrea,  
nadie manda ni obedece,

nadie asalta el gran tesoro,  
nadie enceta el grano de oro  
que al tesoro pertenece...

He observado el hervidero  
del innúmero hormiguero  
en sus horas de fatigas...  
Si en los ocios invernales  
sus costumbres son iguales,  
¡son muy sabias las hormigas!

## II

He observado la colmena  
al mediar una serena  
tarde plácida de Mayo.  
La volante, la sonora  
muchedumbre zumbadora  
laboraba sin desmayo.

¡Qué magnífica opulencia  
la de aquella florescencia  
de los campos amarillos!...  
Madreselvas y rosales,  
agabanzos y zarzales,  
mejoranas y tomillos...

Todo vivo, todo hermoso,  
todo ardiente y oloroso,  
todo abierto y fecundado:  
los perales del plantío,  
los cantuesos del baldío,  
las campánulas del prado...

Y en corolas hechiceras,  
y en pletóricas anteras,  
y en estilos diminutos,  
y en finísimos estambres,  
van buscando los enjambres  
las esencias de los frutos.

Y los finos agujones  
en robadas libaciones  
van llevando á los talleres  
lo mejor de la riqueza  
que vertió Naturaleza  
por los términos de Ceres.

Zumba el himno rumoroso  
del trabajo fructuoso  
con monótona dulzura:  
las obreras impacientes  
salen y entran diligentes  
por la estrecha puerta oscura.

Las que dentro descargaron  
las esencias que libaron,  
palpitantes aparecen,  
vuelo toman oscilante  
y en la atmósfera radiante  
volteando desaparecen.

Las que tornan presurosas  
con sus cargas deliciosas  
de ambrosías y colores,  
no parecen volanderas  
juiciosísimas obreras,  
sino aladas lindas flores.

No se estorban ni detienen  
las que ricas de oro vienen,  
las que en busca van del oro...  
Unas liban y acarrean,  
otras labran y moldean,  
¡todas hinchén el tesoro!

Y hacinados en los cienos,  
expulsados de los senos  
del alcázar del trabajo,  
los cadáveres viscosos  
de los zánganos ociosos  
se corrompen allá abajo...

## III

Cosas buenas he aprendido  
contemplando embebecido  
resbalar por la hondonada  
la sonora algarabía  
de la alegre pastoría  
que despunta la otoñada.

¡Qué bien suenan sobre fondo  
de quietudes dulce y hondo  
el latir de rancos perros,  
el vibrar de los silbidos,  
el clamor de los balidos  
y el rum rum de los cencerros!

Y cayendo sobre el coro  
como lágrimas de oro  
de la vida natural,  
¡qué amorosas complacencias  
desparraman las cadencias  
de la gaita del zagal!

Blandamente resbalando  
las ovejas van pasando;  
paz y hierba van paciendo;

los bocados que una deja  
son bocados de otra oveja  
que á la hermana va siguiendo.

Los corderos baladores  
van en grupos triscadores  
asaltando los repechos,  
coronando los cerrillos,  
despuntando los tomillos  
y brincando los helechos.

Y el que topa con la ubre  
ó á lo lejos la descubre,  
bala y corre hacia la oveja,  
se arrodilla tembloroso,  
llena el cuajo, trisca airoso  
y esponjándose se aleja.

En la honrada pastoría  
cada amante madre cría  
su corderuelo querido...  
¡No hay cordero destetado  
porque lo haya abandonado  
la madre que lo ha parido!

Venerable pastor viejo  
con zamarra de pellejo  
de los muertos recientes,



siempre atento vigilando  
el rebaño va guiando  
por los buenos pastizales.

Como abuelo que á su niño  
lleva en brazos con cariño,  
rebotante de placer,  
el silvestre viejo austero  
lleva al trémulo cordero  
que ha acabado de nacer.

Los zagales silbadores,  
los ingenuos tañedores  
de la gaita cadenciosa,  
viendo van las avanzadas  
y alegrando con tonadas  
la pñara rumorosa.

Y librándola de robos  
de raposas y de lobos,  
van retándolos á muerte  
dos mastines corpulentos  
con ojos sanguinolentos,  
paso grave y pecho fuerte.

El pastor es cuidadoso,  
el otoño es amoroso,  
son alegres los rapaces,

las ovejas obedientes,  
los mastines muy valientes  
y los campos muy feraces...

Han gozado mis pupilas  
la visión de las tranquilas  
ovejitas resbalando...  
Paz y hierba van paciendo,  
dulce vida van viviendo,  
grata huella van dejando...

. . . . .  
. . . . .

Esta vida que vivimos  
los que reyes nos decimos  
de este mundo engañador,  
no es la vida sabia y sana...  
¡Ay! ¡la república humana  
me parece la peor!...



## LOS SEDIENTOS

### I

VAGANDO va por el erial ingrato,  
detrás de veinte cabras,  
la desgarrada muchachuela virgen,  
una bronceínea enflaquecida estatua.  
Tiene apretadas las morenas carnes,  
tiene ceñuda y soñolienta el alma,  
cerrado y sordo el corazón de piedra,  
secos los labios, dura la mirada...

Sin verla ni sentirla,  
la estéril vida arrastra  
encima de unas tierras siempre grises,  
debajo de unas nubes siempre pardas.  
Come pan negro enmohecido y duro,  
bebe en los charcos pestilentes aguas,  
se alberga en un cubil, viste guiñapos,  
y se acuesta en un lecho de retamas.

No sueña cuando duerme,  
no piensa cuando vela desvelada;  
si sufre, nunca llora;  
si goza, nunca canta,  
y vive sin terrores ni deleites,  
que no la dicen nada  
ni los fragores de las noches negras,  
ni los silencios de las noches diáfanas,  
ni el rebullir del convecino sapo,  
ni los aullidos de la loba flaca  
que yerra sola venteando carne  
de chivos y de cabras.

Nunca sintió las alboradas tristes,  
nunca sintió las bellas alboradas,  
ni el ascender solemne de los días,  
ni la caída de las tardes mansas,  
ni el canto de los pájaros,  
ni el ruido de las aguas,  
ni la nostalgia del rumor del mundo,  
ni los silencios que el erial encalman.

Su padre fué el pecado;  
su madre, la desgracia,  
y otra pareja infame  
de carne estéril y de infames almas  
la robó de la cuna de los huérfanos  
con hórrida codicia calculada.  
El mirar de sus ojos ofendidos  
por el erial resbala

como el osado pensamiento humano  
que osa escrutar los reinos de la nada.

Ciegos los ojos, sordos los oídos,  
la lengua muda y soñolienta el alma,  
vagando va por el erial escueto  
detrás de veinte cabras  
que las tristezas del silencio ahondan  
con la música opaca  
del repicar de sus pezuñas grises  
sobre grises fragmentos de pizarras...

## II

Al otro lado del sereno río  
que el borde del erial lavando pasa,  
Naturaleza derramó unos montes  
donde hay rumores que el oír regalan,  
donde hay ambientes que la sangre sedan,  
donde hay perfumes que el cerebro embargan.  
donde hay salud que vigoriza el cuerpo  
y paz muy honda que equilibra el alma,  
luz á torrentes, música á raudales  
y un sordo hervir de vigorosa savia  
que en los pimpollos se resuelve en yemas  
y tronco abajo se desliza en lágrimas,  
cogüelmo de la vida que revierte  
de la tierra otra vez en las entrañas.

Por esos montes que robusto crían  
todo lo vivo que en sus senos guardan,  
vaga un hermoso zagalón impúber  
detrás de veinte vigorosas cabras  
cuyas duras pezuñas no repican  
sobre estériles lechos de pizarras,  
pues tiene el monte alfombras  
espléndidas y blandas,  
musgos de terciopelo en los peñascos  
y tréboles de seda en las cañadas.

Borracho de salud vaga por ellas  
el alegre zagal de vida errática.  
Con la inconsciencia de los niños piensa,  
con el vigor de los cabritos salta,  
con la lujuria del bosque crece,  
con la alegría de la alondra canta.  
El es el limo de las tierras vírgenes,  
él es promesa de las tierras áridas,  
él una estrofa del amor dormido,  
él un vaso de savia  
que en abundancia de cogüelmo rico  
rebotará mañana.

Y entonces el salvaje solitario  
clavará las pupilas dilatadas  
en la virgen sedienta  
del páramo sediento que la mata,  
sediento de amor, ebrio de vida,  
desnudos cuerpo y alma,



querrá cruzar el espumoso río,  
querrá posar en el erial la planta,  
querrá quebrar en el trabajo el cuerpo,  
querrá dormir en el amor el alma...

. . . . .

¡Hombres de la cultura!  
tended un puente sobre aquellas aguas...  
que se acerquen los hijos de los hombres,  
que se junten los hatos de las cabras,  
¡que del monte feraz pasen al páramo  
del amor y el trabajo las substancias!



## TRENO

T ENGO el alma serena  
para toda amenaza de catástrofe;  
la tengo muda y sorda  
para voces de amores que me llamen;  
la tengo seria, como campo yermo;  
quieta la tengo, como aquel cadáver  
de quien yo no creí que fuese tierra,  
porque era el de mi madre.

El que ve lo que ví cuando era mozo  
que amor disuelto apellidé á la sangre  
y eterno soñé al tiempo  
para besar la frente de la imagen,  
¿qué puede ver que le sacuda el alma  
ni al cuerpo un grito de dolor le arranque?

Rayo de la tormenta:  
podrás romperme pero no espantarme;  
volcán rugiente que escupiendo fuego  
me enseñas el abismo de tu cráter;

sierra que te derrumbas  
y ante las puertas de mi casa caes;  
río que te desbordas  
y azotas de mi casa los umbrales;  
huracán que su techo le arrebatas;  
muerte que rondas mi olvidada calle...  
¡Qué pequeños sois todos, qué pequeños,  
y mi dolor qué grande!

Y vosotros también, hombres perversos,  
que me herís con salivas el semblante;  
y vosotros también, hombres amigos,  
que á la vida feliz queréis tornarme,  
con la ambrosía de la humana gloria,  
miel al beber y al digerir vinagre...  
me herís los unos con estéril saña,  
porque herís á un cadáver;  
lucháis los otros con afán estéril,  
porque nadie logró que el mudo hable.

Sólo podrá moverme,  
desde la noche de la gran catástrofe,  
la voz de Dios gritándome: ¡Hijo! ¡Hijo!  
¡Respóndele á tu Padre!

## EL BARBECHO

DÓNDE irá sola Teresa  
por la senda que atraviesa  
los barbechos? ¿Dónde irá?  
¿Qué tendrá, que así suspira?  
¿Que tendrá, que apenas mira  
las aradas? ¿Qué tendrá?...

¿Por qué con más gentileza  
llevó sobre su cabeza  
la blanca cestita ayer?  
¿Por qué le dijo á su madre:  
—Madre, que está lejos padre  
y he de tardar en volver?—

Su madre ayer la decía:  
—Hija, que no es mediodía...  
¿no ves el sol en la torre?

—Madre, ¿el sol no se equivoca?

—¡Jesús, qué cosa tan loca  
de muchacha!... ¡Corre, corre!—

Y alegre y ligera vino  
por ese mismo camino  
que parte en dos el barbecho;  
llevaba luz en los ojos,  
risas en los labios rojos,  
gozos en el alto pecho.

Cantaba las melodías  
que el sol de los buenos días  
inspira á las castellanas  
é inspira á los castellanos  
cuando se vierte en los llanos  
de las abiertas besanas.

Y las alondras terrosas  
sus oídos, codiciosas,  
al dulce cantar abrieron,  
y sobre el surco posadas,  
con pupilas asombradas,  
pasar á Teresa vieron.

Hoy pasa muda y sombría...  
—Hija, que ya es mediodía—  
dijo tres veces su madre.

—¡Jesús, madre, que importuna!  
¡No tengo prisa ninguna,  
que no está muy lejos padre!—

Moza: ¿por qué esas mudanzas?  
¿No tienen hoy lontananzas  
los bellos ojos de ayer?  
¿No te pide melodías  
el sol de los buenos días  
en la besana al caer?

¿No te dió un beso tu madre?  
¿No vas á darle á tu padre  
besos y pan en la arada?  
¿Hoy no hay alondras terrosas  
que te escuchen codiciosas  
la vagabunda tonada?

Camino vas del barbecho  
con un secreto en el pecho  
que yo conozco, Teresa...  
No pienses que soy un duende  
porque mi mente comprende  
lo que en el pecho te pesa.

Allá, en aquella hondonada,  
hay una tierra ya arada  
que estaba ayer sin arar...



Solos tú y yo hemos sabido  
que á arar el gañán se ha ido  
á otro lado del lugar.

Descansa un rato, Teresa,  
que yo bien sé cuánto pesa  
lo que llevas en el pecho,  
y sé cómo caminamos  
cuando la carga llevamos  
hacia el contrario barbecho.

No te sonrojes, hermosa,  
que no es una extraña cosa  
ni es pecadora mudanza  
que el sol te parezca obscuro,  
pesado el ambiente puro,  
ceñuda la lontananza,

pálidas tus melodías,  
tristes estas gañanías,  
áridos estos senderos...  
y hasta el querer de tu padre  
y hasta el apego á tu madre  
más borrosos, más someros...

. . . . .  
. . . . .

¿Qué es el barbecho, Teresa?  
Si amor no está en él, confiesa  
que barbecho es un erial;  
mas si algo dice en el pecho  
que anda amor por el barbecho...  
¡barbecho es huerto edenial!



## NOCHE FECUNDA

### I

Y A dejó sus mocedades  
Juan Antonio el de Villalba,  
un roble joven que tiene  
de pardo sayal la cáscara,  
de acero el tronco robusto,  
de puras mieles la entraña.

Para que hogar fuese haciendo,  
para que hacienda fundara,  
dióle el destino una esposa,  
dióle su padre una vaca.  
Josefa se llama aquélla  
y ésta *Cordera* se llama;  
una mujer bien nacida  
y una vaca bien criada.

Josefa dejó las fiestas  
y hundió en el arca sus galas;  
Juan Antonio dejó el marro,  
y hasta vendió la dulzaina  
á un temprano chavalillo  
que á mocearse empezaba.  
¡Y bien sabe Dios del cielo  
que la vendió con un ansia!...  
Pero el casado es casado,  
y la dulzaina es dulzaina.

Y así pasaban los días,  
que ya diez meses sumaban;  
Juan Antonio trajinando,  
Josefa metida en casa,  
la vaca creciendo en ubre  
y el tiempo dando esperanzas...

## II

Una noche de verano,  
cerca de la madrugada,  
llamó á la gente vecina  
Juan Antonio el de Villalba.  
Al establo acuden hombres  
y mujeres á la sala,  
y en misteriosos encierros  
se truecan ambas estancias,

y hay misteriosos trajines,  
y misteriosas palabras,  
y prolongados silencios,  
y pasajeras alarmas...  
y Juan Antonio anda inquieto,  
la frente en sudor bañada,  
desde la sala al establo,  
desde el establo á la sala.

En la cocina un momento  
se sienta, mueve las ascuas  
y reza dos ó tres veces  
la Salve, que nunca acaba,  
y suda, y mira las puertas  
de establo y sala cerradas...  
De repente se oye un grito  
de doliente queja humana  
y un mugido quejumbroso  
de lánguida resonancia.

Luego, un silencio terrible,  
luego un momento de alarma,  
y otro grito, otro mugido,  
y al fin ruido y voces francas.

Juan Antonio está aterrado,  
rígido como una estatua,  
mira á las cerradas puertas  
que súbito se abren ambas,  
y oye que desde una y otra  
le dicen estas palabras

uno de los del establo

y una de las de la sala:

—¡Dos churros... y dambos muertos!

—¡Dos niñas y vivas dambas!

¡TRISCA, VAQUERILLO!...

POR qué llora el vaquerillo?  
¿porque aquella cabrerilla  
del sotillo  
ya es amor de otro chiquillo?  
¡No me causa maravilla!

¿Por qué tan osado eres,  
siendo un rapaz de once años,  
que ya quieres  
probar de tales querereres  
que guardan tales engaños?

¿No te ha enseñado Natura  
que toda flor que florece  
prematura  
si da fruto no madura,  
porque en Abril envejece?



¿Y no viven más dichosos  
que tus toros reñidores  
y celosos  
los becerrillos nerviosos,  
libremente triscadores?

Pues trisca tú, vaquerillo,  
y olvida á la cabrerilla  
del sotillo,  
porque tú eres un chiquillo  
y ella no es una chiquilla...

## ¿QUÉ TENDRÁ?...

QUE tendrá la hija  
del sepulturero,  
que con asco la miran los mozos,  
que las mozas la miran con miedo?  
Cuando llega el domingo á la plaza  
y está el bailoteo  
como el sol de alegre,  
vivo como el fuego,  
no parece sino que una nube  
se atraviesa delante del cielo;  
no parece sino que se anuncia,  
que se acerca, que pasa un entierro...

Una ola de opacos rumores  
sustituye al febril charloteo,  
se cambian miradas  
que expresan recelos,  
el ritmo del baile  
se torna más lento  
y hasta los repiques

alegres y secos  
de las castañuelas  
callan un momento...

Un momento no más dura todo;  
mas ¿qué será aquello  
que hasta da falsas notas la gaita  
por hacer un gesto  
con sus gruesos labios  
el tamborilero?

No hay memorias de amores manchados,  
porque nunca, á pesar de ser bellos,  
«buenos ojos tienes»  
le ha dicho un mancebo.

Y ella sigue desdenes rumiando,  
y ella sigue rumiando desprecios,  
pero siempre acercándose á todos,  
siempre sonriendo,  
presentándose en fiestas y bailes  
y estrenando más ricos pañuelos...

¿Qué tendrá la hija  
del sepulturero?

. . . . .

Me lo dijo un mozo:

—¿Ve usted esos pañuelos?  
pues se cuenta que son de otras mozas...  
¡de otras mozas que están ya pudriendo!...  
Y es verdá que paece que güelen,  
que güelen á muerto..

## LAS SEMENTERAS

### I

CON el relente que le da tempero  
la madrugada roció la tierra.  
Se siente frío en la besana húmeda;  
el terruño está solo. Ya alborea.  
Lo dice levantándose del surco  
la alondra mañanera  
que desgrana en el aire el de sus trinos  
hilo copioso de sonantes perlas.

Ya sale el sol de las mañanas tibias,  
ya sale el sol de las mañanas buenas,  
sol de salud incubador de gérmenes,  
sol de la sementera.

No tiene más testigos y cantores  
que yo y la alondra en la besana escueta,  
ni más espejos que el regato limpio  
y el rocío en las puntas de la hierba.

Viene triunfante, coronado de oro;  
radiante viene levantando nieblas,  
y evaporando el matinal relente  
que parece el aliento de la tierra.

Ya llegan mis gañanes con las yuntas  
canturreando la canción primera  
que les arranca el equilibrio plácido  
del bien venir de la mañana buena.

Rayando los timones el camino,  
y en alto la mancera,  
vienen los bueyes con la cruz que forman  
el yugo y el arado en la cabeza.

Ya escucho golpes secos  
de mazos y de azuelas,  
silbidos cariñosos,  
nombres de bueyes que en besana entran  
y uno que suena compasado ruido  
como de riego de menudas perlas  
al desplegarse el abanico de oro  
de la simiente que los mozos riegan

Estoy en el repecho  
presidiendo mi hermosa sementera.  
Todo lo escucho con avaro oído:  
el blando hundirse de las anchas rejas;  
el suave rodar hacia los lados  
de la mullida tierra;  
el alentar pujante de los bueyes,  
de cuyos bezos charolados cuelgan

tenues hilos de baba transparente  
que el manso andar no quiebra;  
aquel pausado y firme  
posar de sus pezuñas gigantescas;  
el crujir dormilón de las coyundas  
que el yugo pulimentan;  
un aliento de brisa tan sūave  
que apenas se menea,  
un hondo y general rumor de vida  
y un ruido sordo de pujante brega.

Y tal como si el alma del terruño  
viniese toda condensada en ella,  
la tonada de arar surge solemne,  
la tonada de arar al alma llega  
cantando cosas dulces,  
diciendo cosas buenas.

Sus mansas recaídas  
parece que remedan  
la suavidad de las laderas dulces  
de la ondulada castellana tierra  
ó el tranquilo vaivén de los pensares  
que el mar ondulan de las almas serias.

Y á mí también me hablan  
sus lánguidas cadencias  
del bien gozar los apacibles goces,  
del bien llorar las bendecidas penas,  
del buen amor de la mujer fecunda,  
del bien sentir la paternal querencia,

y de un vivir sereno,  
fuerte y seguro como aquel que llevan  
paso de hierro sobre tierra blanda  
los mansos bueyes de gigantes fuerzas.

## II

Cruzan el cielo nubecillas tenues  
que parecen blanquísimas guedejas  
cortadas del vellón inmaculado  
que dieron en Abril las corderuelas.  
El sol baña el terruño,  
se ve crecer la hierba  
y huele á tierra húmeda  
cargada de promesas.

¡Qué dulce es presidir desde el repecho  
la propia sementera  
si el cielo es transparente, fresco el aire,  
húmeda y fértil la esponjada tierra,  
el sol templado, la simiente sana,  
robustas las parejas,  
alegres los gañanes,  
la tonada de arar sentida y lenta,  
sabroso el pan de casa  
y el agua del regato limpia y fresca!

La mente embebecida  
se carga entonces de memorias bellas;

del lado del hogar me vienen todas,  
que el hogar es el cielo de la tierra,  
la paz de mi vivir me las regala  
y en paz el corazón las paladea.  
¡Aquella del hogar sí que es hermosa!  
¡Aquella sí que es santa sementera!  
También yo la presido,  
también Dios la bendice y la gobierna.  
Dios encendió en el cielo de la vida  
el sol de los amores para ella,  
para que al fuego santo  
las almas y las sangres se fundieran;  
Dios le da noches de fecundas horas  
y luengos días de apacibles treguas...  
¡horas sin luz que velen sus misterios  
y horas de sol que sus entrañas templan!

Y Dios, Padre del mundo,  
le da también cosecha  
de frutos vivos que el vivir anudan,  
de frutos bellos que el vivir alegran...

¡Señor, que das la vida!  
Dame salud y amor, y sol y tierra,  
y yo te pagaré con campos ricos  
en ambas sementeras.





## CANTO AL TRABAJO

**A** ti, de Dios venida,  
dura ley del trabajo merecida,  
mi lira ruda su cantar convierte;  
á ti, fuente de vida;  
á ti, dominadora de la suerte.

Escucha cómo canta  
la obscurísima voz de mi garganta  
lo que tienes ¡oh ley! de creadora,  
lo que tienes de santa,  
lo que tienes de sabia y redentora.

Porque eres fuente pura  
que manas oro de la henchida hondura,  
fecunda y rica en mi canción te llamo;  
porque eres levadura  
del humano vivir, buena te aclamo.

Redimes y ennobleces,  
fecundas, regeneras, enriqueces,  
alegras, perfeccionas, multiplicas,  
el cuerpo fortaleces  
y el alma en tus crisoles purificas.

¡Señor! Si abandonado  
dejas al mundo á su primer pecado  
y la sabia sentencia no fulminas,  
hubiéranse asentado  
tumbas y cunas sobre muertas ruinas.

Mas tu voz iracunda  
Fulminó la sentencia tremebunda,  
y por tocar en tus divinos labios  
tornóse en ley fecunda  
el rayo vengador de tus agravios.

Si de acres amarguras  
extraen las abejas mieles puras,  
¿cómo Tú no sacar de tu justicia  
paternales ternuras  
para la humana original malicia?

Fecundo hiciste al mundo,  
feliz nos lo entregó tu amor profundo,  
y cuando el crimen tu rigor atrajo,  
nuevamente fecundo,  
si no feliz, nos lo tornó el trabajo.

¡Mirad, ojos atentos,  
toda la luz que radian sus portentos,  
todo el vigor que en sus empresas late!...  
¡No hay épicos acentos  
para cantar el colosal combate!

Mirad cómo á la tierra  
provoca con el hierro á santa guerra,  
desgarrando sus senos productores,  
donde juntos sotierra  
semillas, esperanzas y sudores.

El boscaje descuaja,  
las peñas de su asiento desencaja,  
estimula veneros, ciega fosas,  
y el alto cerro cuaja  
de arbóreas plantaciones vigorosas.

Abajo, en la ancha vega,  
trenza el río sereno y lo despliega  
en innúmeros hilos de agua pura  
que mansamente riega  
opulentas alfombras de verdura.

A veces, remansada,  
la detiene en la presa, y luego airada  
la despeña en cascadas cristalinas  
con fuerza regulada  
que hace girar rodeznos y turbinas.

Mirad cómo los mares  
abruma con el peso de millares  
de buques que cargó con sus labores,  
y á remotos lugares  
manda de su riqueza portadores.

Mirad cómo devora  
la distancia en la audaz locomotora  
que creó gallardísima y ligera;  
mirad cómo perfora  
la montaña que estorba su carrera.

Cómo escarba en la hondura  
y persigue el filón dentro la obscura  
profunda mina que el tesoro guarda;  
cómo la inmensa altura  
va conquistando de la nube parda.

Cómo el taller agita,  
cómo en el templo del saber medita,  
y trepida en las fábricas brioso,  
y en las calles se agita,  
y brega en los hogares codicioso.

Labra, funde, modela,  
torna rico el erial, pinta, cincela,  
incrusta, sierra, pule y abrillanta,  
edifica, nivela,  
inventa, piensa, escribe, rima y canta.

El rayo reluciente,  
fuego del cielo, espanto de la gente,  
ha tornado en sumiso mensajero  
que de oriente á poniente  
lleva latidos del vivir ligero.

Al padre y al esposo  
les da para los suyos pan sabroso,  
olvido al triste en su dolor profundo,  
salud al poderoso,  
honra á la patria y bienestar al mundo.

Tiempos aún no venidos  
del imperio triunfal de los caídos:  
¡derramad pan honrado y paz bendita  
sobre hogares queridos  
que templos son donde el trabajo habita!

Tiempos tan esperados  
de la justicia, que avanzáis armados:  
¡sitiad por hambre ó desquiciad las puertas  
de alcázares dorados  
que no las tengan al trabajo abiertas!

¡Vida que vive asida,  
savia sorbiendo, de la ajena vida,  
duerma en el polvo en criminal sosiego!  
¡Rama seca ó podrida  
perezca por el hacha y por el fuego!

Y gloria á ti ¡oh fecundo  
sol del trabajo, alegrador del mundo!  
Sin ofensa de Dios, que fué el primero,  
tú el creador segundo  
bien te puedes llamar del mundo entero.

## MI MÚSICA

**N**ATURALES armonías,  
populares canturías  
cuyo acento musical  
no es engendro artificioso,  
sino aliento vigoroso  
de la vida natural:

vuestras notas, vuestros ruidos,  
vuestros ecos repetidos  
en ritornello hablador,  
son mis goces más risueños,  
son el arte de mis sueños,  
¡son mi música mejor!

Rumores que en la alquería  
revientan con la alegría  
del dorado amanecer,



que despierta sonriendo  
las que estuvieron durmiendo  
fuerzas vitales de ayer;

brava música sincera  
de la ronda callejera  
de los mozos del lugar,  
que con guitarras sonoras  
y bandurrias trinadoras  
acompañan su cantar;

alegre esquilón de ermita,  
voz de amores que recita  
la romántica canción;  
ruido de aire que adormece,  
són de lluvia que entristece,  
manso arrullo de pichón;

cuchicheos de las brisas,  
melodías indecisas  
del tranquilo atardecer,  
aletazos de paloma,  
balbuceos del idioma  
que empieza el niño á aprender;

jugueteos musicales  
que modula entre zarzales  
el callado manantial

cuyo hilillo intermitente  
da la nota transparente  
de una lira de cristal;

melancólicos murmullos,  
sabrosísimos arrullos,  
vibraciones del sentir,  
que la madre en su cariño  
le dedica al tierno niño  
invitándole á dormir;

claro timbre plañidero  
del balido lastimero  
del inquieto recental;  
eco triste del bramido  
del becerrillo perdido  
que sestea en el erial;

grave zumbar pregonero  
del tábano volandero  
que arrullo en la siesta da;  
que murmura, que se queja,  
que se acerca, que se aleja,  
que retorna, que se va...

hálitos del bosque frío,  
lejano zumbar de río,  
hachazos del leñador,

explosiones en la sierra,  
eco incógnito que yerra,  
hijo ignoto de un rumor;

suspiro de muda pena  
que no vibra, que no suena,  
pero se siente sonar;  
sollozos del pensamiento  
que sólo del sentimiento  
quieren dejarse escuchar;

vuelo sereno de ave,  
ritmo de aliento suave,  
beso que arranca el querer,  
nombre de madre adorada,  
voz de la mujer amada,  
llanto del niño al nacer;

tonadilla peregrina  
que modula en la colina  
la gaitilla del zagal,  
la que vierte blancas notas  
que de miel parecen gotas  
desprendidas del panal;

besos del aura y la parra,  
lágrimas de la guitarra,  
latidos del corazón,

quedas pláticas discretas,  
palabras de amor secretas,  
lamentos de honda pasión;

pintoresca algarabía  
de la alegre pastoría  
derramada en la heredad,  
trajinar de los lugares,  
tonadillas populares,  
tamboril de Navidad;

trino de alondra que el vuelo  
levanta, cantando, al cielo,  
de donde su voz tomó;  
canto llano de sonora  
codorniz madrugadora  
que á la aurora se encoló;

ecos lánguidos que envía  
de la vaga lejanía  
la tonada del gañán,  
que en la tibia sementera  
canta y ara en la ladera  
que le da trabajo y pan;

dulces coros de oraciones,  
suspiros de devociones,  
sollozos del pecador,

voz del órgano suave  
que llora con ritmo grave  
la elegía del dolor;

popular algarabía  
de la alegre romería  
que ya el valle va á dejar  
con *jijeos* y cantares  
que en cañadas y encinares  
se repiten sin cesar;

aire quedo de alameda  
que una música remeda  
que el alma nunca entendió,  
una música increada  
que en el seno de la nada  
para siempre se quedó;

manso zumbar de colmena  
que trabaja en la serena  
tarde plácida de Abril;  
coro que lleva de ruidos  
la de niños que va á nidos  
sonora tropa gentil;

bellas rimas del poeta  
cuya música interpreta  
los arrullos del amor,

los estruendos de la orgía,  
la calmante poesía  
que hay disuelta en el dolor,

las injurias de la suerte,  
los horrores de la muerte,  
los misterios del sentir  
y el secreto religioso  
del encanto doloroso  
de la pena de vivir...

ya os lo dije; vuestros ruidos,  
vuestros ecos repetidos  
en ritornello hablador,  
son el pan de mi deseo,  
son el arte en que yo creo,  
¡son mi música mejor!



## A LA MONTAÑA

**H**ABLEMOS, atalaya gigantea!  
Desde tu inmensa altura  
¿me verás muy pequeño en esta hondura  
del valle estrecho en que mi choza humea?  
¿Verdad que para ti somos iguales  
el hombre de la choza  
que sentado en sus míseros umbrales  
la gran visión de tus grandezas goza,  
y el último volátil insectillo  
que se posa en el último ramillo  
del árbol más enteco,  
del menos admirado bosquecillo,  
de tu más olvidado recoveco?  
¡Es tanta tu grandeza!...  
tan soberbia tu historia, tan altiva  
levantas y tan alta la cabeza,  
que sólo pequeñez, sólo pobreza  
verás en lo de abajo desde arriba.



Te engendró trepidando el terremoto,  
¡reina de las montañas!  
y por la boca del abismo ignoto  
la tierra te parió de sus entrañas,  
rugiendo de dolor su seno roto.

Vinistes á la vida,  
no tremiendo con trémulos vagidos,  
sino cantando la jamás oída  
formidable canción de tus rugidos.  
Y transpiraste en tu alentar inmenso  
soberbias espirales  
que cegaron el éter de humo denso.  
Y tu loca niñez, brava y ardiente,  
envolvióse en pañales  
que eran manto de lava incandescente...

Luego imprimieron sobre ti sus huellas  
los días creadores  
de las fecundas primaveras bellas,  
las que en tierra feraz siembran las flores  
como Dios en el cielo las estrellas.  
Tu ardiente aliento, destructor por fuerte,  
fué brisa luego, de frescura henchida,  
y aquel tu arrollador fuego de muerte  
templóse en fuego incubador de vida.

Y una robusta juventud briosa  
sembró tus cumbres y cuajó tus faldas  
de lluvia lujuriosa  
de bosque espumante de guirnaldas.

Enamorada del soberbio nido  
vino á incubar sobre tu haz la vida,  
vino á habitarte el concertado ruido,  
vino á vivir de tu vivir henchido  
toda pareja por instinto unida.

Por tus gargantas hondas  
rodó el torrente flagelando peñas,  
hinchendo espumas y mojando frondas;  
erró la fiera entre tus hoscas breñas,  
el cabrero salvaje  
incrustó su majada en las risueñas  
orillas agrias del corriente aguaje,  
y alegraron tus cuevas los apriscos,  
y hubo nidos de pluma entre el ramaje,  
y cuevas de reptiles en los riscos...

Y en tus noches ardientes  
te arrullaron graznidos estridentes  
de buhos en el árbol apostados,  
y bramidos dolientes  
de ciervos encelados;  
y te bañastes en el mar de oro  
de las auroras puras,  
oyendo el himno del vivir sonoro  
del de las aves incontable coro  
que habitaba tus densas espesuras...  
Cantares de cabreros,  
zumbar de regatuelos espumosos,  
balidos lastimeros

de cabritos nerviosos,  
silbos de águila osada  
que de éter embriagada  
se cierne sobre ti cerca del cielo,  
delinẽando con redondo vuelo  
el nimbo de tu cresta coronada  
de riscos y de nieve inmaculada...

Todo vivió cantando como pudo  
tu vida fuerte, formidable y ruda,  
de cuerpo virgen ante el sol desnudo;  
y tú, serena y muda,  
como quien todo lo abarcó y lo encierra,  
por el éter sutil ibas rodando  
en tus lomos gigantes soportando  
la mitad de la vida de la tierra.

El bello sol naciente  
siempre el beso primero  
puso amoroso en tu soberbia frente;  
siempre su adiós postrero  
te quiso dedicar el sol poniente...  
¡Con qué gigante majestad rendida  
os amáis los gigantes de la vida!  
¡Qué pequeño verás desde tu altura  
al hombre de la choza  
que tus regias grandezas canta y goza  
hundido en las honduras de esta hondura!

Eres grande ¡oh montaña!  
y rica con espléndida riqueza;

tienes oro en la entraña  
y corona de plata en la cabeza...  
¡Pero yo soy más grande! ¡Yo más fuerte!  
¡Yo más rico que tú!... ¡Yo he de vencerte!  
No en la entraña metales brilladores,  
ni en la frente coronas temporales:  
¡tengo en el corazón fragua de amores!  
¡tengo en la frente fragua de ideales!  
¿Y qué volcán tuviste tan ardiente  
como el humano corazón que ama?  
¿ni qué encendida llama  
radiará luz tan pura y esplendente  
como ésta que mi espíritu derrama?

¡Tú envejeces! La nieve de tu cumbre  
que ya ha apagado tu pristina lumbre  
me dice que declinas,  
que ya helada caminas  
de tu vivir hacia el helado invierno...  
¡Tú tienes que morir! ¡Yo soy eterno!  
Mas, ¿para qué conmigo compararte,  
soberbio monstruo inerte,  
si del cogüelmo de mi vida, el Arte  
te está dando una parte  
por que no te confundan con la muerte?

Y, en fin, mole dormida,  
aunque sintieras como yo la vida,  
me envidiaras, sin duda,  
¡porque yo sé cantar y tú eres muda!



## UN DON JUAN

AMO, de aquella cuestión  
de ayer, pues ya me atreví.  
—¡Gracias á Dios, cobardón!  
¿Y qué te dijo?

—Que sí.

—¿Ves, Jenaro? Si te dejo  
no llegas nunca á animarte  
y te me mueres de viejo  
con las ganas de casarte.

Me gusta la valentía.  
Y la lengua, ¿se enredó?  
—Pues, mire usted, yo creía  
que iba á ser más; pero no.

Y eso que al dir á empezar,  
por mucho que porfié,  
pues no me pude acordar  
del emprenpicio de usté.

—¡Por vida del... ¿Y qué jinojos  
hiciste entonces, Jenaro?—

—Pues, nada, cerrar los ojos  
y dir p'alante.

—¡Pues claro!

Cuando se ignora, se inventa.  
—¡Pues ese fué el aquel mío!  
Me tuve que echar la cuenta  
que se echa el hombre perdío,

y como un eral cerril  
arremetí con alientos,  
porque ya, preso por mil...  
pues preso por mil quinientos.

No es más que mientras se empieza.  
Yo cuantís que me corté  
pues na más de mi cabeza  
cuasi todo lo saqué.

—¡Bien hechol ¿Y le gustaría  
bastante más que lo mío?

—Yo le dije asín: «María:  
dirás que á qué habré venío.»

—¿Y qué te dijo?

—Que hablara.

Ella abajó la cabeza  
y se le puso la cara  
lo mesmo que una cereza.

A mí también se me ardía,  
la verdá se ha de decir;  
pero le dije: «María:  
¿sabrás que tengo un sentir?»

—¡Bien dicho! ¿Y no te comieron  
porque hiciste esa pregunta?

—No, pero me se pusieron  
todos los pelos de punta.

Yo cuasis que no veía,  
la verdá se ha de decir;  
pero le dije: «María,  
sabrás que tengo un sentir.

Cuasi que me han obligao  
—le dije—á venir acá,  
que yo bien retuso he estao  
por mó de la cortedá;

pero el amo, que sabía  
mi sentir, pues ayer tarde  
mesmamente, me decía:  
«¡Jenaro, no seas cobarde!



La moza es poco fiestera  
y poco aparentadora,  
y no es moza ventanera  
y es árdiga y vividora.

Y luego, es bien parecía,  
y es callaíta y prudente,  
y es honesta y recogía,  
y viene de buena gente...

Anda con ella, comienza  
mañana á la noche á dir,  
que á cuenta de la vergüenza  
te la dejas escurrir...»

Pues sobre aquello volviendo  
del sentir que te decía,  
sabrás que te estoy quisiendo  
ya hace tres años, María.

Siempre he andao negativo  
dejándolo pá después,  
y ná más es á motivo  
de lo corto que uno es.

Y así me estaba, me estaba,  
aguantándome el sentir,  
á ver si me se pasaba,  
la verdá se ha de decir.

Y hate cuenta que cada año  
pues más me reconcomía,  
hasta que ya dije hogaño:  
¡Habrás que estar con María!

Porque en habiendo un querer,  
la verdá se ha de decir,  
ni cuasi puedes comer  
ni cuasi puedes dormir.

Y no es el decir que uno  
esté encitando el pensar,  
porque yo creo que nenguno  
quedrá siempre así estar.

Es na más que te aficionas  
y que pierdes la chaveta  
en cuantis que una persona  
por los ojos te se meta.

Y que ya naide te apea  
ni te hace volver atrás  
y llevas aquella idea  
por andiquiera que vas.

Pues un querer derecho  
como el corazón te ablande,  
es igual que un abujero:  
cuanti más le urgás, más grande.

—¡Caramba! ¡Muy bien, Jenaro!  
Y ella entonces te diría...  
—A lo primero, pues, claro,  
dijo que ya se vería.

Pero después, ya ve usted,  
la gente se va atreviendo.  
Yo le dije: «Volveré.»  
Y ella dijo: «Vay viniendo.»

—Vamos, sí, que habrá casorio.  
—De eso entá no hemos tratao.  
Sólo el parlárselo... ¡corio!  
¡más vergüenza me ha costao!...

## LOS DOS SOLES

VÁMONOS al hastial de la sala,  
vámonos, Francisco,  
que se está que da gloria estos días  
de sol y de frío.—

Y al rincón del hastial soleado  
por tibiezas de sol invernizo  
se van temblorosos  
los dos viejecitos,  
con el calendario,  
con el argadillo,  
con las frentes cargadas de tiempo,  
con las venas cargadas de frío.

¡Qué serena la tarde resbala  
por delante de aquel rinconcito!  
Las dulces tibiezas  
del sol invernizo]  
como alientos del Dios de la vida  
dan calor á los dos viejecitos!

Una dulce modorra süave  
va durmiendo sus torpes sentidos  
al rumor del rozar quejumbroso  
de las vueltas del viejo argadillo,  
que se queja con ritmo de enfermo,  
plañidero, sutil, dolorido...

La tarde es templada  
y el rincón del hastial está tibio...  
se derrite la nieve en los campos,  
se descubre el verdor del egido,  
pican las cigüeñas  
la vera del río,  
lavan las muchachas,  
balan los cabritos,  
corren los regatos,  
llora el argadillo  
y en los montes las lenguas de acero  
de los anchos destrales blandidos  
acompañan su bronca salmodia  
con reflejos estruendos sombríos,  
fragorosos desgarrres de ramas,  
roncos tumbos de troncos hendidos...  
¡Allí están los mozos!...  
¡Allí está aquel hijo!...

Murieron los rayos  
del sol mortecino...

—Vamos á la lumbre.

—Vámonos, Francisco.

Y al rincón del hogar frío y solo  
se marcharon los dos viejecitos,

con el calendario,

con el argadillo,

temblando de viejos,

temblando de frío.

—Ya viene cantando...

—Ya viene ese hijo...

Y el hogar apagado y obscuro  
revivió con el mozo fornido,  
revivió con los fuegos sagrados  
del amor y el hogar confundidos...

Y el viejo á la vieja

díjole al oído:

—Tenemos dos soles

que quitan el frío:

pa de día, el que alumbra en el cielo;

pa de noche, ese hijo... ese hijo...



## EL ARRULLO DEL ATLÁNTICO

### I

**E**N el nombre de Dios canto la vida.  
Era la hora en que la luz esperan,  
para iniciar la cotidiana huída,  
las sombras densas de la noche oscura  
que en abismo caótico fundieran  
el abismo del mar y el de la altura.  
¡Naturaleza! cuando estás dormida  
y el alma que te adora  
por nocturno crespón te ve cubierta,  
se finge en su cariño que estás muerta  
y perdida te llora,  
hasta que luz de aurora te despierta...  
¡Salve, luz creadora!  
si de la mano del Señor salida  
pristina creación es toda vida  
segunda creación es toda aurora.



Como se abren los pétalos iguales  
de roja minutisa,  
como se abren dos labios virginales  
que quieren bosquejar una sonrisa,  
como deben abrirse á los mortales  
las áureas celosías edeniales,  
así se abrió, purísimo y riente,  
un resquicio de cielo por Oriente,  
y trémulas surgieron é indecisas  
por el abierto desgarrón del velo,  
tintas crepusculares  
que elevaron la bóveda del cielo  
y abatieron las curvas de los mares.

La musa de los piélagos azules  
que alienta brisas y transpira brumas  
y viste mantos de azulosos tules,  
con encajes purísimos de espumas...

La gran dominadora  
del piélagos iracundo donde mora;  
la maga del abismo, que aún dormía,  
movió la linfa, le prestó armonía,  
y este amoroso cántico  
surgió solemne, al despuntar el día,  
del hondo seno del azul Atlántico.

## II

Verdes musas erráticas  
de almas de luz y liras cristalinas,  
nereidas de pupilas abismáticas,  
sirenas de gargantas peregrinas,  
monstruos del fondo, genios de las olas,  
acres brisas marinas,  
que venís de las playas españolas  
ó venís de las playas argentinas...  
Genio de la bonanza á cuyo arrullo  
trueco mi grito en musical murmullo;  
genio de la borrasca, á cuyo grito  
respondo detonante  
y en hervidero arrollador me agito...  
¡cantad conmigo la canción gigante  
con que á los hombres al progreso invito!

Yo soy aquel abismo que separa  
la que el destino poderosa y una  
raza noble creara  
en hispano solar é hispana cuna.  
Yo soy el gran vencido  
del genio humano que me vió rendido  
bajo frágiles quillas victoriosas  
de audaces carabelas

que rayaron mis lomos con estelas  
de perennes honduras luminosas.

Hermanas tierras cuyas bellas playas,  
ricas de frutos y de flores gayas,  
beso con los gigantes  
labios de mis orillas....:

¡los besos de mis labios son semillas  
que producen cosechas abundantes!

Nobles razas gemelas  
que ardéis en fraternales sentimientos:  
¡ahonde vuestro amor esas estelas  
que han vencido á los siglos y á los vientos!  
¡Tejez, tejed sobre mi haz hirviente  
de nuevos derroteros red tupida  
y engrandecedme bajo el peso ingente  
de pedazos de Patria enriquecida  
que, abatiendo mis lomos en su centro,  
dilate mis orillas tierra adentro!

Poderoso Neptuno que dominas  
las iras bravas de mis glaucas olas:  
¡úncelas á las naves peregrinas  
que vengan de las playas españolas  
ó vengan de las playas argentinas!

¡Enfrena, Eolo, enfrena  
la cuádriga briosa de los vientos  
y fija en popa ordena  
que sople una veloz brisa serena  
que endulce y apresure movimientos!

Y vosotras, nereidas ambarinas  
con luengas cabelleras  
de obscurísimas algas azulinas:  
¡alejad á esas ricas mensajeras  
de escollos y de sirtes traicioneras!  
Y tú también, estrella titilante  
que en mi espejo oscilante  
y en el del cielo diáfano rutilas  
menos que en las pupilas  
de atento navegante:  
tus fulgores purísimos no veles  
con crespones de nubes tormentosas  
que á esos ricos bajeles  
aparten de las vías venturosas.

Y tú, Dios soberano,  
que todo lo creaste y lo gobiernas;  
única augusta mano  
que sabe modelar cosas eternas,  
única idea que en ninguna anida,  
única luz que de la luz no nace,  
origen sin origen de la vida  
que se apaga ante Ti, y en Ti renace...  
Tú el poder, Tú la gloria, Tú la alteza,  
Tú la sabiduría,  
Tú la derecha iluminada vía  
de la humana grandeza,  
bendice el alma de tus pueblos fieles,  
haz que cuajen sus flores

en frutos áureos de sabrosas mieles,  
pon en su entraña amores,  
lumbre en su inteligencia,  
paz en sus horas, gloria en sus destinos,  
fe pura en su conciencia,  
luz en su oriente y oro en sus caminos.

Tiende sobre mí haz el invisible  
manto de tu poder incontrastable  
y por seguros derroteros fijos  
bogarán en legión interminable  
tus laboriosos hijos.

No me ordenes, Señor, que abra mis senos  
y de tus pueblos fieles  
en ellos precipite los bajeles  
que mi móvil cristal hienden serenos.  
¡Señor! Navegan llenos  
de ricos frutos que crió Natura  
con riegos de rocíos y sudores;  
llevan copia hechicera  
de industriales y artísticas labores,  
llevan la luz postrera  
que la ciencia radió, llevan amores...

Hermanas gentes cuya entraña encierra  
sangre y alma españolas:  
¡el cielo es vuestro: sojuzgad la tierra!  
¡vuestro yo soy: encadenad mis olas!  
Unid mis dos orillas  
con oscilantes puentes

de regueros luenguísimos de quillas  
henchidas de riquezas y de gentes.

Y con los brazos en la brega dura,  
en Dios la fe y el corazón en todo,  
gozad el oro en su virtud más pura,  
poned la muerte entre el honor y el lodo,  
sentid el arte en su divina altura,  
buscad la gloria donde eterna sea,  
trocad la ciencia en savia substanciosa,  
cambiad amor del que deleita y crea...  
¡vivid la vida en su verdad hermosa!



## LA BALADA DE LOS TRES

### I

**A**YER por la tarde  
se acabó la fiesta,  
la de San Antonio,  
que es la de mi aldea.

A incienso y á flores  
olía la Iglesia;  
la casa, á membrillos;  
la ropa, á camuesas;  
las mozas, á vírgenes,  
y á santas las viejas.  
¡Qué pronto se pasan  
los días de fiesta!

Ahora está la niña  
lavando en la vega  
y el alma le hieren  
borrosas tristezas,



dolientes memorias,  
ternuras patéticas...

Ya guardó en el arca  
la ropita nueva,  
la ropita limpia  
que huele á camuesas.  
Tamboril y gaita  
ya no la recrean,  
ni de amor alegre  
la sangre le llenan  
los repiques duros  
de las castañuelas,  
lenguas de muchachos  
que no tienen lengua  
para hablar de amores  
á las muchachuelas.  
¡Qué sola está el alma!  
¡Qué sola la vega!  
¡Esta tarde se muere la niña,  
se muere de pena!

## II

El mozo está solo  
regando la huerta,  
la huerta está alegre,  
la tarde serena,

y al alma del mozo  
le agobian tristezas.  
¡Qué pronto se pasan  
los días de fiesta!  
¡Qué tristes las tristes  
memorias que dejan!  
Ya no luce el mozo  
la voz en la iglesia,  
ni en el ancho egido  
con los mozos juega,  
ni á la tarde baila  
con las muchachuelas,  
ni á la noche ronda  
la ventana estrecha  
de la casa blanca  
de la fiel morena.

En la vieja arcona  
de la sala vieja  
ya guardó su madre  
la ropita nueva  
con las cintas verdes  
de las castañuelas  
y el de cien colores  
corbatín de seda...

¡Qué sola está el alma!  
¡Qué triste la huerta!

¡Esta tarde se muere el muchacho,  
se muere de pena!

## III

Yo ya no soy mozo,  
pero tengo penas  
que parecen cosas  
de la gente nueva.  
Se me van muy pronto  
los días de fiesta.  
La misa cantada  
y el juego en la era  
y el baile en la plaza  
de vida me llenan.

Esta tarde siento  
mortales tristezas,  
ansias dolorosas,  
ternuras patéticas.  
La tarde está sorda,  
sin ruido la aldea,  
desierta la plaza,  
cerrada la iglesia,  
y en la huerta el mozo,  
la moza en la vega...  
¡Yo dos veces solo,  
tengo una tristeza!...  
¡Yo me muero también esta tarde,  
me muero de pena!

# ANA MARÍA <sup>(1)</sup>

(FRAGMENTOS DE UN POEMA)

## I

### LA PRIMAVERA

UNA alondra feliz del pardo suelo  
fué la primera en presentir al día  
y loca de alegría  
al cielo azul enderezando el vuelo  
contábaselo al campo, que aún dormía.

---

(1) En uno de los cuadernos que el autor llevaba en los bolsillos al campo, y en los que con lápiz escribió todas sus composiciones, se ha encontrado el plan de un poema y los fragmentos del Canto I, que se publican á continuación.

El índice, ó plan, es literalmente como sigue:

•AVE MARIA (poema). Introducción.—Canto I: *La Primavera*: I, Paisaje de primavera en la alquería. II, Ana María. III, Los Amores. IV, Cabrera. V, Las bodas.—Canto II: *El Estío*: I, Paisaje de estío. II, La recolección de los frutos. III, Madre y esposa. Padre y esposo. IV... V...—Canto III: *El Otoño*: I, Paisaje de otoño. II, La sementera. III, Los hijos mozos. IV... V...—Canto IV: *El Invierno*: I, Paisaje de invierno. II, El hogar. Los nietos. III... IV... V...

Celosa codorniz madrugadora  
dijo tres veces que la bella aurora  
se avecinaba con amable prisa;  
del lado del Oriente  
vino una fresca misteriosa brisa  
con las alas cargadas de relente,  
y aun en sagrada obscuridad envueltas  
las hojas de los árboles sonaron  
dulcemente revueltas,  
las mieses ondearon  
y de los senos de la tierra helada  
surgió, vivificante,  
el húmedo perfume penetrante  
que sólo sabe dar la madrugada.

¡Cuán bien se disponía  
Naturaleza á recibir el día!  
La línea pura del albor naciente,  
vaga primicia grata  
del de la luz fecundador tesoro,  
primero fué de plata,  
más tarde fué de oro,  
después encendidísima escarlata,  
roja amapola, y luego  
cegador, chispeante, ardiente fuego.

En medio de la lumbre  
que derretía el encendido oriente,  
sobre el perfil de la elevada cumbre  
el sol triunfante levantó la frente...

y á la puerta feliz de la alquería  
asomó al mismo tiempo Ana María.  
¡Gran Dios, bendito seas!  
¡Qué soles, Dios de amor, qué soles creas!

## II

## ANA MARÍA

¿Por qué tan madrugadora  
la rosa de la alquería?  
Porque es una labradora  
castiza y trabajadora  
que siente pequeño al día.

¿Por qué tan pronto romper  
del mañanero dormir  
y del soñar el placer?  
Porque dormir no es vivir  
y soñar no es proveer.

Porque sabe que conviene,  
como le enseña su madre,  
mirar al tiempo que viene...  
¡Por eso tiene su padre  
la buena hacienda que tiene!

Tiene en la alegre alquería  
labor y ganadería,  
con pastos siempre sobrados;  
huertos en la Alberguería  
y en Hondura casa y prados;

y de su padre heredadas,  
y en su gente vinculadas,  
puede en la Armuña contar  
con cuatro ó cinco yugadas  
de tierras de pan llevar;

y, estimulante más grato,  
corren añejas hablillas  
diciendo, no sin recato,  
que tiene un zurrón de gato  
lleno de onzas amarillas.

Y aún dice la gente á coro  
que son su hacienda y su oro  
cosas de menos valía  
que aquel divino tesoro  
de su hermosa Ana María

¡Y dice verdad la gente!  
Pues ¿quién como esta doncella  
promete vida tan bella  
cual la del nido caliente  
que del hogar hará ella?

Del monte en el mundo estrecho  
túvola Dios que poner,  
porque paloma la ha hecho.  
No tiene hiel en el pecho,  
¿cómo ha de darla á beber?

Dará bálsamos calmantes,  
hondas ternuras sedantes,  
cosas del alma sin nombres...  
¡Lo que buscamos los hombres  
del grave vivir amantes!

Natura le dió belleza;  
su madre le dió ternuras;  
su padre, viril nobleza,  
y Dios, la humilde grandeza  
que tienen las almas puras.

Los rayos del sol fogosos  
cetrina su tez pusieron,  
y los aires olorosos  
de los montes carrascosos  
la sangre le enriquecieron.

Dióle el trabajo soltura;  
la juventud, bazarria;  
el buen ejemplo, cordura;  
la sencillez, alegría,  
y la honestidad, frescura.



Con generosa largueza  
Natura le dió riqueza  
de substancioso saber.  
¿Qué enseña Naturaleza  
que no se deba aprender?

Que la abeja es laboriosa;  
que la tórtola es sencilla;  
que la hormiga es hacendosa;  
que se esconde, que no brilla  
la violeta pudorosa...

Que las aves hacen nidos  
siempre solos y escondidos  
en los senos de la fronda,  
porque no es la dicha honda  
buena amiga de los ruidos;

que los ríos y las fuentes  
tienen aguas transparentes  
cuando corren muy serenas...  
que son limpias las arenas  
y son mansas los corrientes;

y que aquella golondrina  
que ha anidado en la campana  
de la rústica cocina  
se despierta alegre y trina  
cuando apunta la mañana.

Que las corderas vehementes  
que se apartan imprudentes  
de las madres clamorosas  
morirán entre los dientes  
de famélicas raposas.

Eso natura enseñaba,  
y eso la moza aprendía.  
Quien era mozo soñaba,  
yo era poeta y cantaba,  
Dios es bueno y bendecía.

### III

#### LOS AMORES

Así miraban los mozos  
la alquería solitaria  
como su cueva el avaro,  
como el sediento las aguas,  
como el labriego su siembra,  
como el cabrero sus cabras,  
como los santos la gloria,  
como sus dichas el alma.  
En vano mandó emisarios  
el mozo aquel de Villalba,

que tiene buena presencia,  
buena hijuela y buena fama.  
En vano mandó memorias,  
por boca de un viejo guarda,  
Tomás, el de Moraleja,  
que ha de disfrutar mañana  
su buena montaracía,  
su no pequeña senara,  
sus buenas yeguas de vientre,  
su buena punta de vacas.

En vano, como los otros,  
mandó después una carta  
por medio de una pavera  
que está en la dehesa rayana  
José Manuel, el de Fresno,  
hijo de gente muy sana,  
vividor como una oruga  
y muy metido en su casa.

En vano aquel estudiante  
que estudiaba en Salamanca  
y á holgar iba en los estíos  
á la solariega casa  
llegaba hasta la alquería  
contando azares de casa  
que lo llevaban rendido  
buscando descanso y agua,  
y algo más que Ana María  
discretamente callaba.

Tampoco era el elegido  
Manuel Andrés el de Navas,  
aquel que yendo á la aceña  
perdió una jornada larga  
para que viera la moza  
pasar por ante su casa  
cuatro parejas de bueyes  
que daba gusto mirarlas,  
con dorados esquilones  
y melenas coloradas;  
cuatro carros muy galanos,  
llevando la rica carga  
de cien fanegas de trigo;  
para el consumo de casa;  
costales nuevos, de estopa  
como la nieve de blanca,  
escriños y sacas nuevos,  
alforjas abarrotadas  
y el amo llamando el carro  
que iba rompiendo la marcha.  
Todo lo vió Ana María,  
que estaba fuera de casa  
tendiendo al sol unas telas  
como la nieve de blancas,  
y, ni amorosa ni esquiva,  
cuando llegó á saludarla,  
al majo mozo engreído  
le dijo en tono de hermana:

—«Hijo, tienes unas yuntas  
que da contento mirarlas.  
Así quisiera las nuestras,  
pero mi padre me salta  
con que las carnes que sobran  
son garrobitas que faltan.»

Como este mozo pasaron  
por la afortunada casa  
mozos de toda la Huebra,  
mozos de tierra de Alba,  
madres de mozos huraños,  
gañanes con embajadas,  
comadres con panegíricos,  
parientes con esperanzas...  
mas cuando llegaba el caso  
de dar la respuesta ansiada,  
marchábase Ana María,  
su padre no contestaba,  
y sola la pobre madre  
henchir algo procuraba  
la alforja á los emisarios  
con semejantes palabras:

—«Que se agradece el acuerdo;  
que la familia es honrada;  
que el mozo, si sale á ella,  
será un hombre de su casa;  
pero que ahora es una niña  
sin reflexión la muchacha,

y hay que dejar que se críe,  
que es mucho lo que hace falta  
para enseñarle á una hija  
á ser mujer de su casa.»  
Y así pasaban los meses,  
y así los años pasaban,  
y un vaquerillo que antaño  
sirviendo estuvo en Arlanza  
y hogaño estaba en Olmedo,  
trajo de Olmedo una carta  
que recibió Ana María  
y abrió su madre en la sala,  
que no es la cocina sitio  
para secretos de casa.  
Y así la carta decía  
con letras muy retocadas,  
y así, dos meses más tarde,  
la moza la contestaba:

## LAS CARTAS

## I

«Apreciable Ana María:  
me alegraré que te halles  
al recibo de estas letras  
que te dirige tu amante,

tan bien como yo deseo,  
en compañía de tus padres,  
pues yo estoy bueno, á Dios gracias,  
pa lo que gustes mandarme.  
Pues sabrás, Ana María,  
que el motivo de mandarte  
por el dador esta esquila,  
es porque dice mi madre  
que antes de dir á tu casa  
debo de manifestarte  
las intenciones que tengo  
determinao de expresarte,  
y son el tratar contigo,  
si son gustosos tus padres,  
y si tú también lo eres  
como éste tu fino amante.  
Pues el motivo de ello  
sabrás que es el de apreciarte  
y el de casarme contigo,  
si no encontraras achaques  
que ponerle á mi persona,  
como tampoco á mis padres.  
Pues sabrás que á mí me corre  
bastante prisa el casarme  
por causa de que mi hermana  
por mí tiene que esperarse,  
y el novio le mete prisa  
por mó de no tener madre.

Pues sabrás que yo deseo  
que, cuantis puedas, me mandes  
á decir el resultao  
de si todos sois gustantes,  
pues el saber que me quieres  
será un alegrón bien grande,  
pues sabrás que yo te quiero  
ya hace tres años cabales,  
y por ser uno algo corto  
pues no te lo he dicho antes.  
Sin más, le darás memorias  
á tu padre y á tú madre,  
y tú recibes el alma  
y el corazón de tu amante  
que te aprecia, y que lo es,  
*Juan Manuel Sánchez y Sánchez »*

## II

«Apreciable Juan Manuel:  
me alegraré que recibas  
la presente disfrutando  
de igual salud que la mía,  
en compañía de tus padres  
y de la demás familia.



Pues sabrás por la presente  
que recibí ya hace días  
la esquila que me mandastes  
diciéndome que te escriba  
mandándote el resultao  
de lo que en ella decías.  
Pues sabrás que se lo dije  
á mis padres en seguida,  
lo cual que le ha parecido  
que vienes con mucha prisa,  
y dicen que yo no tengo  
prisas ningunas hoy día.  
Pues sabrás por la presente  
lo mucho que te se estima  
el acuerdo que has tenido,  
y el decir que á mí me escribas  
con licencia de tus padres  
y de toda la familia.  
Pues de aquello que tú quieres  
el resultao en seguida,  
sabrás que no hemos pensao  
el asunto entodavía,  
por lo cual no puedo ahora  
darte entrada ni salida;  
pero si vas á Cabrera  
quizás allí te lo diga,  
porque hemos determinao  
de dir hogaño á la misa

que va mi padre, á motivo  
de ser de la cofradía.  
Sin más, le darás memorias,  
de parte de mi familia,  
á tu padre y á tu madre,  
y se las das también mías.  
Y tú también las recibes  
de tu afectísima amiga  
que te aprecia, y que lo es,  
*Ana García y García.»*

## IV

## CABRERA

Donde Dios nos dé un campo deleitoso  
levantamos los hombres una ermita,  
que así como el Edén es delicioso  
porque el Señor lo habita,  
el campo es más hermoso  
cuando el Dios que lo hizo lo visita.  
Dios quiso un día derramar verdura  
sobre los campos de Cabrera amenos,  
y aquella casta de la sangre pura,  
la rica casta de los hombres buenos,

aquellos que la vida atravesaron  
con paso de viajero que no yerra,  
una ermita en Cabrera levantaron,  
y vivieron con Dios sobre la tierra.  
Era la raza cuya muerte lloro  
cuando con Dios para llorar me encierro:  
almas de acero, corazones de oro,  
pechos de cera y miel, brazos de hierro.  
Hijos de Dios y para Dios criados,  
conocieron á Dios; fueron piadosos;  
pidieron sólo pan; fueron honrados;  
el mundo no los vió; fueron dichosos.  
Con Dios vivir supieron,  
y en Dios al fin morir. ¡Cuán sabios fueron!

Eran los campos su vivienda hermosa;  
los del hogar, sus pensamientos fijos;  
su eterno amor, la esposa;  
su eterno afán, los hijos;  
su instrumento, el arado;  
el bien querer su natural deseo;  
el bien obrar su natural estado,  
y el Cristo de la ermita de Cabrera  
su rey, su amor, su providencia era.  
La mano tosca y dura  
del anónimo artista  
que labrara la bárbara escultura  
supo infundir en ella,  
con sublime inconsciencia de vidente,

las grandezas insólitas de aquella  
fe gigantesca de la vieja gente.  
Era el sagrado leño  
la visión infantil, místico sueño,  
majestático símbolo imponente  
de la robusta concepción cristiana  
del alma ruda y sana  
que á Cristo-Dios en la conciencia siente.  
¡Nuestro Cristo es aquél! Nos lo legaron  
los rudos patriarcas  
que vivieron con El y á El consagraron  
las nativas y fértiles comarcas.

¡Nuestro Cristo es aquél! Eramos niños  
y los maternos labios rumorosos  
que cantando difunden los cariños  
y besando los sellan amorosos,  
nos cantaban con música de gloria  
y habla de oro que la suya era,  
la de prodigios peregrina historia  
del Cristo de la ermita de Cabrera.  
¡Nuestro Cristo es aquél! ¿Qué hermano mío  
en mi Patria nació que no haya amado,  
si Dios para el amor los ha criado  
y siempre al bien su voluntad dispuesta  
hace nacer á la mujer honesta  
en la tierra feliz del hombre honrado?  
¿Y quién que tuvo amores  
en la tierra feliz de mis mayores

del idilio amoroso no escribía  
la página primera  
en aquella famosa romería  
del Cristo de la ermita de Cabrera?  
¡Nuestro Cristo es aquél!...

. . . . .

. . . . .

## Á CORREO VUELTO

AL POSTA JOSÉ RODAO (1).

*¡Sablazos entre poetas?*  
¡No llega la sangre al río!  
Allá va ese libro mío  
que no vale dos pesetas...  
¡Y no es modestia de autor,  
no, señor!  
¡Es que le faltan dos reales  
para tener de valor  
las dos pesetas cabales!  
¡Pero aunque ciento valiera!  
¡Bueno fuera  
que siendo usted segoviano  
y siendo yo salmantino,

---

(1) Contestación á la carta en que le pidió al autor un ejemplar de *Campeñas*.

no se hiciera honor entero  
á aquel dicho decidero,  
netamente castellano,  
que dice «de herrero á herrero!...»  
(Si tiene algo suyo á mano...  
Ya sabe usted, compañero.)

Allá van mis *Campesinas*  
con un fraternal abrazo.  
¡Y gracias por el *sablazo*!  
¡Y dígame «sin pamplinas  
y sin gastar etiquetas»  
si es verdad que, bien tasadas,  
no valen las dos pesetas  
mal contadas!

¡Es tan saludable oír,  
si se dice con verdad,  
un «Deje usted de escribir  
por toda una eternidad»  
ó un sincero  
«Siga por ese camino,  
porque ese es el verdadero!...»

¡Es tan grato  
saber que á uno se le trata,  
no con perfidias de gato,  
muy buenas... para la gata...  
ni con falsa cortesía,  
ni con saña venenosa  
que el recto juicio extravía,

ni con cegador cariño  
que envanece al hombre-niño,  
sino con un buen amor  
que exprese el justo sentir  
con un prudente decir  
sedante y educador!...  
¡Ganase tanto el que hablara!...

¡Y aprendiera  
tanto el que bien escuchara  
la sincera  
voz leal que le ilustrara!

Pero, bastan reflexiones;  
allá van mis *Campesinas*  
con esas dos condiciones:  
que me diga «sin pamplinas  
y sin gastar etiquetas»  
si es verdad que, bien tasadas,  
no valen las dos pesetas  
mal contadas,  
y que, como entre poetas  
no llega la *sangre* al río,  
y es gran dicho decidero  
el de que «de herrero á herrero...»  
Ya sabe, tocayo mío,  
lo que espero.





## LA GALANA

### I

POBRECITA madre!  
¡Se murió solita!  
Cuando vino el cabrero á la choza  
con la cabra Galana parida  
y el trémulo chivo  
sin lamer ni atetar todavía,  
vió á la madre muerta  
y á la niña viva.  
Sobre un borriquillo,  
sobre una angarilla  
de las del aprisco,  
se llevaron la muerta querida  
y él se quedó solo,  
solo con la niña...

La envolvió torpemente en pañales  
de dura sedija,  
y amoroso la puso á la teta  
de la cabra Galana parida...

—¡Galana, Galana!  
¡Tate bien quietita!...  
¡Tate así, que pueda  
mamar la mi niña!

Y la cabra balaba celosa  
por la fiebre materna encendida,  
y poquito á poquito, la teta  
fué chupando la débil niñita...

¡Pobre cabritillo!  
¡Corta fué tu vida!

## II

Solita en el chozo  
se queda la niña  
mientras lleva el pastor las ovejas  
á pacer por aquellas umbrías.

Cerca del chocillo  
pace la cabrita,  
nerviosa, impaciente,  
con susto, con prisa,  
y si el viento le hiere el oído  
con rumores de llanto de niña,

corre al chozo balando amorosa,  
se encarama en la pobre tarima,  
se espatarra temblando de amores,  
se derrienga balando caricias  
y le mete á la niña en la boca  
    la tetaza henchida  
    que derrama en ella  
    dulce leche tibia...  
¡Qué lechera y qué amante la cabra!  
¡Qué robusta y qué santa la niña!

## III

    ¿Serían los lobos?  
¿Algún hombre perverso sería?  
Una tarde la cabra Galana,  
    la amante nodriza,  
se arrastraba á la puerta del chozo  
    mortalmente herida.  
Allá dentro sonaron sollozos,  
    sollozos de niña,  
y un horrible temblor convulsivo  
agitó á la expirante cabrita,  
que luchó por alzarse del suelo  
con esfuerzos de angustia infinita.  
Y en un último intento supremo

de sublime materna energía  
que arrancó doloridos acentos  
de la cencerrilla,  
¡y en un largo balido amoroso...  
se le fué la vida!...

## IV

Ni leche de ovejas,  
ni dulces papillas,  
ni mimos, ni besos...  
¡Se murió la niña!  
¡Esta vez quedó el crimen impune!  
¡Esta vez no brilló la justicia!

## EL AMO

EN el nombre de Dios, que las abriera,  
cierro las puertas del hogar paterno,  
que es cerrarle á mi vida un horizonte  
y á Dios cerrarle un templo.

Es preciso tener alma de roca,  
sangre de hiena y corazón de acero,  
para dar este adiós que en la garganta  
se me detiene al bosquejarlo el pecho.

Es preciso tener labios de mártir  
para acercar á ellos  
la hiel del cáliz que en mi mano trémula  
con ojos turbios esperando veo.

Ya está solo el hogar. Mis patriarcas  
uno en pos de otro del hogar salieron.  
Me los vino á buscar Cristo amoroso  
con los brazos abiertos...



## CANCIÓN <sup>(1)</sup>

No piense nunca el lloroso  
que este cantar dolorido  
es un capricho tejido  
por la musa de un dichoso.

No piense que es armonioso  
juego de un estro liviano;  
piense que yo no profano,  
ni con mentiras sonoras,  
las penas desgarradoras  
del corazón de un hermano.

Una canción de dolores  
me piden mis padeceres,  
tal como ayer mis quereres  
pidieron cantos de amores;

---

(1) La última que escribió el autor, pocos días después de la muerte de su padre, y pocos también antes de la suya propia.



que así como son mayores  
si se cantan los contentos,  
así los tristes acentos  
de las trovas doloridas,  
si no curan las heridas,  
amansan los sufrimientos.

Mis penas son tan vulgares  
como esas espinas duras  
que erizan las espesuras  
de todos los espinares.

Más hondas son que los mares...  
Más hondas y más sombrías  
que un horizonte sin días,  
pues no hay abismo tan hondo  
como el abismo sin fondo  
de unas entrañas vacías.

Dios me las hizo de fuego...  
¿Por qué no les dió dureza  
si quiso su fortaleza  
probar golpe á golpe luego?

¿Por qué enriqueció con riego  
de sementera de amores  
huerto que sabe dar flores,  
si luego le manda días

de matadoras sequías  
y vientos asoladores?

¡Ay! Al llegar á las puertas  
de la tarde de mi vida,  
voz de los cielos venida  
me ha dicho:—¡Ya están abiertas!

¡Entra y sigue, y no conviertas  
la mente á tiempos mejores,  
que en vez de aquellos amores  
de santidades pristinas  
verás las desiertas ruinas  
del solar de tus mayores!

—¡Mejor es cegar, Dios mío!  
¡Mejor es ir paso á paso  
cayendo hacia el propio ocaso  
solo, con pena y con frío!

¡Mejor es ir al vacío  
que á ruinas y sepulturas!  
¡Mejores son las negruras  
de la noche más sombría,  
que las negruras del día,  
que son dos veces oscuras!

Así, loco de dolor,  
dije con vil vocecilla...  
¡Esto que tengo de arcilla  
fué quien lo dijo, Señor!

Pero esto que es resplandor  
de Ti venido hasta mí,  
cuando tu rayo sentí,  
bien sabes Tú que te dijo:  
«¡Señor! La frente del hijo  
tienes rendida ante Ti!»

Con sólo llorar mi suerte,  
con sólo dejar abierta  
de tal herida la puerta,  
muriera de triste muerte.

Mas, hijo yo del Dios fuerte,  
me he resignado á vivir,  
y voy dejándome ir  
sobre el polvo de la senda  
caminando á media rienda  
por el campo del sentir.

Porque si rindo la frente  
sobre las manos crispadas,  
si hacia las ruinas sagradas  
dejo que vaya la mente,  
si de mi llanto al torrente  
dejo que anegue mi vida,  
si abriese más esta herida  
que en lumbre de fiebres arde,  
viviera como un cobarde,  
muriera como un suicida.

¡Quiero vivir! Las dulzuras  
de los gozados placeres,  
con hieles de padeceres  
se tornan del todo puras.

Visión de mis desventuras:  
¡yo no te cierro mis ojos!  
Camino de los abrojos:  
¡yo no me cubro las plantas!  
Cruz que mis hombros quebrantas:  
¡yo te acepto sin enojos!

¡Quiero vivir! Dios es vida.  
¿No veis que en vida convierte  
la ancianidad que en la muerte  
cayó con dulce caída?

¿No soy yo vida nacida  
de vidas que á mí se dieran?  
Pues vidas que en mí se unieran,  
si vivo, no han de morir,  
¡por eso quiero vivir,  
porque mis muertos no mueran!

¡Y no morirán conmigo,  
que el huerto de mis amores  
está rebosando flores  
que pinta Dios y yo abrigo!

¡Y atrás el cierzo enemigo  
de esas mis vivas canciones,

pues son santos eslabones  
de una cadena florida  
para corona tejida  
del Dios de las creaciones.

¡Quiero vivir! A Dios voy  
y á Dios no se va muriendo,  
se va al Oriente subiendo  
por la breve noche de hoy.

De luz y de sombras soy  
y quiero darme á las dos.  
¡Quiero dejar de mí en pos  
robusta y santa semilla  
de esto que tengo de arcilla,  
de esto que tengo de Dios!

EXTREMEÑAS



## EL CRISTU BENDITU

### I

ONDI fueron los tiempos aquellos,  
que pué que no güelvan,  
cuando yo juí presona lefa  
que jizu comedias  
y aleluyas también y cantarís  
pa cantalos en una vigüela?  
¿Ondi fueron aquellas cosinas  
que llamaba ilusionis, y eran  
á'specie de airinos  
que atontá me tenían la mollera?  
¿Ondi fueron de aquellos sentires  
las delicæzas  
que me jizun lloral como un neni,  
de gustu y de pena?  
¿Ondi fueron aquellos pensarís  
que jacían dolel la cabeza



de puro lo jondus  
y enreaos que eran?  
Ajuyó tuito aquello pa siempre,  
y ya no me quea  
más remedio que dilme jaciendu  
á esta vía nueva.  
¡Ya no güelvin los tiempos de altoncis,  
ya no tengo ilusionis de aquellas,  
ni jago aleluyas,  
ni jago comedias,  
ni jago cantarís  
pa cantalos en una vigüela...!

## II

Pensando estas cosas,  
que me daban ajogos de pena,  
una ves andaba por los olivaris  
que la ermita del Cristu rőean.

Triste y aginao,  
de la ermita me juí pa la vera;  
solitaria y abierta la vide  
y entrémi por ella.

Con el alma llenita de jielis,  
con el pecho jechito una breva  
y la cara jaciendo pucheros  
lo mesmito que un niño de teta,

juíme ampié del Cristu,  
me jinqué en la tierra,  
y jaciendo la crus, recé un Creo  
pa que Dios quisiera  
jacelmi la vía  
una miaja tan sólo más güena.  
¡Qué güeno es el Cristu  
de la ermita aquella!  
Yo le ije, dispués de rezali:  
—¡Santo Cristu, que yo tengo pena,  
que yo vivo tristi  
sin sabel de qué tengo tristeza  
y me ajogo con estos ansionis  
y este jormiguillo que me jormiguea!  
¡Santo Cristu querío del alma!  
Tú pasastis las jielis más negras  
que ha podío pasál un nacío  
pa que tos los malos güenos se golvieran;  
pero yo sigo siendo maletu  
y á Ti te lo digo lleno de velgüenza  
pa que me perdonis  
y me jagas entral en vereá.  
Tú, que estás en la Crus clavaíto  
pol sel yo maletu, quítame esta pena  
que aentru del pecho  
me escarabajea!...  
¡Jalo asina, que yo te prometo  
jacelmi bien güeno para que Tú me quieras!

## III

¡Que güeno es el Cristu  
de la ermita aquella!  
Pa jacel más alegri mi vía,  
ni dineros me dió ni jacienda,  
polque ice la genti que sabi  
que la dicha no está en la riqueza.  
Ni me jizu marqués, ni menistro,  
ni alcaldí siquiera,  
pa podel dil á misa el primero  
con la ensinía los días de fiesta  
y sentalmi á la vera del cura  
jaciendu fachenda.  
¡Pa esas cosas que son de fanfarria  
no da nada el Cristu de la ermita aquella!  
Pero aquel que jaciendo pucheros  
se jinqui en la tierra,  
y, dispuis de rezalí, le iga  
las jielis que tenga,  
que se vaiga tranquilo pa casa,  
que ha de dali el Cristu lo que le convenga.  
A mí me dió un hijo  
que päeci de rosa y de cera,  
como dos angelinos que adornan  
el retablo mayol de la iglesia.

Un jabichuelino  
con la cara como una azucena,  
una miaja teñía de rosa  
pa que entavía más guapo paeza.

A mí me entonteci  
cuando alguna risina me jecha  
con aquella boquina sin dientes,  
rëondina y fresca,  
que paeci el cuenquín de una rosa  
que se jabri sola pa si se la besa.  
¡Juy, qué boca tan guapa y tan rica!

¡paeci de una tencal!

Á vecis su madri  
en cuerinos del tó me lo quea,  
se poni un pañali tendfo en las sayas  
y allí me lo jecha.

¡Paeci un angelino  
de los de la iglesia!

Yo quería que asín, en coretis,  
siempre lo tuviera;  
y cuando su madri vuelvi á jatealo,  
le igo con pena:

—Ejalo que bregui,  
éjalo que puea

raneal con las piernas al airi  
pa que crïe juerza!

¡Ejalo que se esponji un ratino,  
que tiempo le quea

pa enliarsi con esos pañalis  
que me lo revientan!  
¡Éjamelo un rato  
pa que yo lo tenga  
y le jaga cosinas bonitas  
pa que se me ría mientris que pernea!  
¡Que goci, que goci,  
tó lo que asín quiera;  
que pa jielis, ajogos, y aginos,  
mucho tiempo quea!  
¡Ejamelo pronto para zarandéalo!  
Ejame el mi mozu pa que yo lo meza,  
pa que yo le canti,  
pa que yo lo duerma  
al tón de las guapas  
tonás de mi tierra,  
continias y dulcis  
que päecin zumbíos de abeja,  
ruios de regato,  
airi de alamea,  
sonsoneti del trillo en las miesis,  
rezumbal de mosconis que vuelan  
ú cantal dormilón de chicharra  
que entonteci de gustu en la siesta...  
¡Miáli cómo bulli,  
miáli cómo brega,  
miáli cómo sabi  
óndi está la teta!

Si conocis que tieni jambrina,  
dali una gotera  
pa que prontu se jaga tallúo  
y amarri los chotos á puro de juerza.  
¡Miáli que prontino  
jizu ya la presa!  
¡Miáli como traga; miá que cachetinos  
mientris mama en el pecho te pega!  
¡Miá que arrempujonis da con la carina  
pa que salga la lechi con priesa!  
¡Asín jacin también los chotinos!  
pa que baji el galro seguío y con juerza!  
Ya se va jartando. ¡Miá como se ríe;  
miáli como enréal!  
Jasta el garguerinu  
la lechi le llega,  
porque va poniendo cara de jartura  
y el piquino del pecho ya eja.  
Quítalo en seguía pa que no se empachi  
y trai que lo tenga...  
¡Clavelino querío del güerto!  
¡Ven que yo te quiera,  
ven que yo te canti,  
ven que yo te duerma,  
al tón de las guapas  
tonás de mi tierra,  
pa que pueas cantalas de mozo  
cuando sepas total la vigüela.

¡Venga el mi mocino,  
venga la mi prenda!  
¡Ven que yo te besi  
con delicæeza,  
ondi menos te piquin las barbas  
pa que no te ajuyas cuando yo te quiera,  
ni te llorin los ojos, ni arruguis  
esa cara más fina que séa,  
ni te trinquis p'atrás enojao  
si tu padri en la boca te besa...

## IV

Mujel ¡miá qui lindu  
cuando ya está dormío se queal  
¿Tú no sabis por qué se sonríe?  
Es porqui se sueña  
que anda de retozus con los angelinos  
en la gloria mesma...

## V

¡Qué guapo es mi nenil  
¡Ya no tengo pena!  
¡Qué güeno es el Cristu  
de la ermita aquella!

## VARON

ME giedin los hombris  
que son medio jembras!  
Cien veces te ije  
que no se lo dieras,  
que al chiquín lo jactan marica  
las gentis aquellas.  
Ahora ya lo vide, y á mí no me mandis  
más vecis que güelva.  
Te largas tú á velo,  
que pué que no creas  
que tu cuerpo ha parío aquel mozu,  
ni que lo cebastis con tu lechi mesma,  
ni que tieni metía en la entraña  
sangri de mis venas.  
N'ámas de mimarros  
y delicaezas  
se ha queao lo mesmo que un jilo,  
paliúcho y sin chispa de fuerza.



¡Cá instanti se lava,  
cá instanti se peina,  
cá instanti se múa  
toa la vestimenta,  
y se encrespa los pelos con jierros  
que se los retuestan,  
y en los dientes se da con boticas  
de unos cacharrinos que tieni en la mesa,  
y remoja el moquero con pringuis  
n'ámas pa que güela  
¡Giedi á señorita  
dendi media legua!  
Se levanta á las nuevi corrás  
y á las docí lo menos se acuesta.  
¡Va á ponersi pochu  
sí acontina de aquella manera!  
¡Güeno está pa mandalo á bellotas,  
pa ayualmi á escuajal en la jesa,  
pa jacel un carguju de tarmas  
y traélo á cuestras  
ú pa estalsi cavando canchalis  
dendi que amaneci jasta que escureza!  
Los muchachos de acá me esconfío  
que mos lo apedrean  
cuantis venga jaciendo pinturas  
ú jablando de aquella manera:  
y verás cómo el mozu no tieni  
ni agallas, ni juerza,

pa al primero que quiera moflarsi  
rompeli la jeta.  
Ya no dici padri,  
ni madri, ni agüela:  
«Mi papá, mi mamá, mi abuelita»...  
asín chalrotea,  
como si el mocoso juese un señoruco  
de los de nacencia.  
Ni mienta del pueblo, ni jaci otro oficio  
que dil á una escuela  
y palral de bobás que allí aprendi,  
que pa ná le sirven cuantis que se venga.  
Pa saber sus saberis le ije:  
«Sácame la cuenta  
del aceiti que hogaño mos toca  
del lagal po la parti que es nuestra.  
Se maquilan sesenta cuartillos  
pa ca parti entera,  
y nosotrus tenemos, ya sabis,  
una media tercia,  
que tu madre hereó de una quinta  
que tenía tu agüela Teresa.»  
¡Ya ves tú que se jaci en un verbo!  
Sesenta la entera,  
doci pa la quinta,  
cuatro pa la tercia,  
quita dos pa una media y resultan  
dos pa la otra media.

Pus el mozu empringó tres papelis  
de rayas y letras,  
y pa esenrearsi  
de aquella maeja,  
ijo que el aceiti que á mí me tocaba  
era *pi menus erre*, ¿te enteras?

¡Pus pués dil jaciendu  
las sopas con ella!  
¿Y esos son saberis?  
¡Esas son fachendas!  
No le quise mental del guarrapo,  
ni icili siquiera  
que hogañazo vendimos el churru  
pa compral un cachuju de tierra.

¡Allí no se jabla  
de esas cosas, ni en ellas se piensa!  
N'ámas que se jaci comel confituras,  
melcal vestimientas,  
dirse á los cafesis,  
dirse á las comedias  
y palral de bobás que no valin  
ni siquiá una perra.

¡Jolgacián como el nuestro muchacho  
no va habelo, si aquí no se almienda!  
Yo no lo distingo de otros señorinos  
que con él se ajuntan y jolgacianeán.

¡Son como maricas!  
¡Juy, qué vestimientas!

Ves una presona  
por detrás, en la calli, tan tiesa,  
y endi lejus, no sabis de cierto  
si es macho ú es jembra.  
Güelin á lo mesmo,  
como las ovejas,  
y p'aquí no es asín, que cá cosa  
güeli á su manera:  
güeli á macho la carni de hombri,  
y la carni de jembra, dá á jembra.  
Hay que dil á buscal al muchacho  
cuantis que se puea,  
y le dicis á aquellos señorís  
que esu que no quita pa qui se agraeza,  
pero que á su padri le jaci ya falta;  
y asín se la enreas.  
No lo quió jolgacián, aunque muchus  
saberis trujiera.  
Y no es esu solu lo que á mí me enrita,  
que otras cosas me jacin más mella...  
Hay que dil á buscarlo cá y cuando:  
que venga, que venga,  
porque, mira: ¡me giedin los hombris  
que son medio jembras!...



## EL EMBARGO

SEÑOL jue, pasi usté más alanti  
y que entrin tós esos.  
No le dé á usté ansia,  
no le dé á usté mieo...

Si venís antiyel á afligila,  
sos tumbo á la puerta. ¡Pero ya s'a muerto!  
Embargal, embargal los avíos,  
que aquí no hay dinero:  
lo he gastao en comías pa ella  
y en boticas que no le sirvieron;  
y eso que me quea,  
porque no me dió tiempo á vendello,  
ya me está sobrando,  
ya me está gediendo!  
Embargal esi sacho de pico  
y esas jocis clavás en el techo,  
y esa segureja  
y esi cacho é liendro...  
¡Jerramientas que no quedí una!

¿Yo pa qué las quiero?  
Si tuviá que ganalo pa ella,  
¡cualisquiá me quitaba á mí eso!  
Pero ya no quio vel esi sacho,  
ni esas jocis clavás en el techo,  
ni esa segureja  
ni ese cacho é liendro...

¡Pero á vel, señol jue: cuidiaito  
si alguno de esos  
es osao de tocali á esa cama  
ondi ella s'a muerto:  
la camita ondi yo la he querío  
cuando dambos estábamos güenos,  
la camita ondi yo la he cuidiao,  
la camita ondi estuvo su cuerpo  
cuatro mesis vivo  
y una nochi muertol...

¡Señol jue: que nenguno sea osao  
de tocali á esa cama ni un pelo,  
porque aquí lo jinco  
delanti usté mesmo!  
Lleváisoslo todú,  
todú, menos eso,  
que esas mantas tienin  
suól de su cuerpo...

¡y me güelin, me güelin á ella  
cá ves que las güelo!...

## LA EMBAJADORA

PABLOS: aquí te lo traigo  
aunque sepa que me avientas  
y me das ondi lo oiga  
pa que á tu casa no güelva.

Mal jarás si asín lo jacis,  
que ná te ofendo aunque venga  
sin mandalmelo á traelti  
lo que á ti te perteneza.

Y pa saber que esto es tuyo  
no es menestel dil á'scuela,  
ni ojos cuasi jacin falta,  
se sabi cuasi que á tientas.

Jéchali p'acá de golpi  
una mirá tan siquiera,  
que vas á velti pintao  
cuantis este mozu veas.



Mira tú á vel si estos ojos  
vivinos como candelas,  
mira tú á vel si esta frenti,  
y esti pelo, y estas cejas,  
y esti corti de semblanti,  
y esta carina morena  
no dicin que son de Pablos  
cuantis de golpi se vean.

¡Si esto es tu mesma presona  
jecha una miaja pequeña!

Pué que no jaga una hora  
que nació; quicias ni media;  
y yo ije: á jatēalo  
pa que su padri lo vea  
y asín los cargos se jaga,  
porque es hombri de vergüenza  
y no ha de querel quēala  
asín á la probi aquella,  
ni ejal perdío á esti mozu  
masao con su sangri mesma.

Dici la genti galrona  
que no te casas con ella  
porque te has esconfiao  
n'ámas de vel á su puerta  
dos ú tres vecis de nochi  
á Gapitu el de tía Petra.

¡Quita p'allá! ¡Pa él estaba  
prepará la moza esa,

que el querel que te ha tenío  
la ha jecho stal como ciega!

Esu lo jizu Gapitu  
pa que la genti creyera  
que andaba metío en el ajo  
y perdiese el crédito ella,  
y tú plantá la ejaras  
pa vengalsi el sinvelgüenza  
de que hogaño quiso hablala  
y cuasis no pudo vela.

Escupi, Pablos, escupi  
la repunanza que tengas,  
que como algo hubiese habío  
ya Gapitu el de tía Petra  
mos tendría á todos jartos  
de alabancias y fachendas.

Y si entavia te arreparas,  
mira la carina esta  
que no es más que una pintura  
propiamente á ti espurecha..  
¡y á vel si hay genti que dudi  
si se päeci esta prenda  
á Pablos el de tio Quico  
ú á Gapitu el de tía Petral

¡Ahí lo tienisl Dali un beso  
á la sangri de tus venas  
y me dicis qué le igo  
á la probi madri aquella

que á naide quieri en el mundo  
n'ámas que ti y á esta prenda.

¿Qué me dicis?

—Que le iga...

lo que usté dicile quiera...

¡que güeno... que iré p'alanti...

¡más por esti que por ella!...

## EL DESAHUCIADO

Estoy ya mu jarto!  
Miusté á vel, pol favol, señol médico,  
    si hay alguna cosa  
pa esti mal repegoso que tengo,  
porque llevo ya asín ocho mesis  
    maleto, maleto...  
    con una singana  
    y un aginairo,  
    con una flojera,  
    con un escaimiento  
que päeci una breva maúra  
    esti perro cuerpo  
que antis era tan recio y tan duru  
    como el propio hierro.  
Debi estal la mujel aburría  
    de jacel remedios,  
pero yo ni me pongo pirongo,  
    ni de golpi espeno.

La jacienda, tũfta perdía;  
los pagos, cayendo;  
la mujel y el chiquino, escaldaos,  
jechos unos negros,  
que me estoy ajogando de ansionis  
n'ámas que de velos.

Y pa alivio, tó el dfa mirando  
dendi casa la genti del pueblo  
p'abajo y p'arriba  
pasando y golviendo,  
unos con guarrapos,  
otros con aperos,  
unos con forraji  
y otros con istierco,  
saliendo y entrando,  
llevando y trujiendo,  
como las jormigas  
en el jormiguero.

Y n'ámas yo solo  
enrëao con esto que tengo,  
¡vengan ratos al sol con las tías,  
enroscao lo mesmo que un perro,  
ú si no en el corral mancornao  
entri los maëros,  
sin jacel ni las sopas que como,  
sin ganai ni p'al agua que bebo,  
que velgüenza me da que me vean  
asín tanto tiempo.

Cuatro vecis quiciás haiga dío  
ancá'l curandero,  
que me dijo que estaba embargao  
y me puso dos parchos al pecho  
y una bilma de pés y de estopas  
en el rengäero.

Y aquí la he tenfo  
clavá como un perro  
¡pa ná! ¡pa quealsi  
con piazos asín de pellejo!

¡Mentira paeci  
que la gracia que tieni tio Cleto  
pa los males no le haiga servío  
pa acertalmi con esti que tengo!

El domingo me jici el valienti  
y me juí p'al güerto  
con que á esparigilme  
y á jacel p'allí ná de provecho.

¡Cuidiaíto que juí despacino,  
como ustés cuando van á paseo!  
Pus me pusi á jacel unos bochis  
pa tiral cuatro jabas en ellos,  
y aquello eran ansias,  
y suores, y ajogo y mareos...  
que si asín contino, me caigo  
rëondo allí mesmo.

Y me vini pa casa ajogao,  
sin poel ni siquiá con el cuerpo,

acezando por esas callejas  
lo mesmo que un perro,  
chángala mandrángala,  
que tardé media tardi lo menos.  
¡Me caso en la luna!  
¡Miusté á vel, pol favol, señol médico,  
si dicen los libros  
que hay algo pa esto!  
Pero no me dé usté más papelis  
de esos polvos negros  
porque cuasi me estoy provocando  
n'ámas que los miento.  
Ni me jaga melcar más botellas  
del constituyenti, porque no poemas,  
y además que eso n'ámás que sirvi  
pa sacadineros.  
¡Mentira paeci  
que los libros no enseñin remedios  
pa una cosa tan simpli, tan simpli  
como esta que tengo!  
¡Yo no sé pa qué está la botica  
de cacharros tapá jasta el techol  
¡Miusté á vel si hay quiciás una untura  
miusté á vel si hay quiciás un ingüento  
bien juerti, bien juerti,  
que ajondi en el pecho,  
que chupi, que saqui  
lo que tengo dañado aquí aentro,

que esti mal es asín como un bicho  
agarrao en el güeco del cuerpo;  
me chupa la sangri,  
me ataponá el gañón, y por eso  
tengo esta flojera  
y esti ajogäero.

Receti esa untura,  
receti ese ingüento,  
que no haiga nenguno  
más juerti y más recio..  
¡A vel si de golpi  
ú me pongo pirongo ú espeno!..





## SIBARITA

**A** mí n'ámas me gusta  
que dali gustu al cuerpo!

Si yo juera bien rico,  
jacía n'ámas eso:  
jechalmi güenas siestas  
embajo de los fresnos,  
jartalmi de gazpachos  
con güevos y poleos,  
cascalmi güenos fritis  
con bolas y pimientos,  
mercal un güen caballo,  
tenei un jornalero  
que tó me lo jiciera  
pa estalmi yo bien quieto,  
andal bien jateao,  
jechal cá instanti medio,

fumal de nuevi perras  
y andalmi de paseo  
lo mesmo que los curas,  
lo mesmo que los médicos...

Si yo juera bien rico,  
jacía n'ámas eso,  
¡qué á mí n'ámas me gusta  
que dali gustu al cuerpo!

## LOS POSTRES DE LA MERIENDA

EL sol quemaba, y al mediar el día  
interrumpió Francisco la faena:  
una faena trabajosa y ruda,  
menos propia de hombres que de bestias.

Y laxos ya los músculos de acero,  
medio asfixiado, con las fauces secas,  
limpiándose los ojos escaldados  
y mascando el polvillo de la tierra,  
á la sombra candente de un olivo  
se dispuso á comerse la merienda:  
un pedazo de pan como caliza  
y un trago de agua... si la hubiese cerca.

—¡Y entavía gruñi el amo!—meditaba:—  
pus no sé yo qué más jacel se puea  
que trabajál jasta que el cuerpo dici  
que aunque quiera no pué jacel más juerza.

¡Y gruñi! Y pa ganal los cuatro reales  
es menestel queal jecho una breva,  
y estrozalsi la ropa, y no traelsi  
ni un cacho tajaína pa merienda  
pa que el cuerpo no diga que no pudi  
y se abarranqui con la carga á cuestas.

Y ahora menos mal que los jornalís  
rejundin más, aunque suál me cuestan;  
pero n'ámas que pasi el tiempo esti  
con tres reales pelaos uno se quea  
jasta que espués la bellotera ayúe  
y espués tamién la aceitunera venga  
pa que siquiera otro mesín poamos  
ganal escasamenti la peseta.

Y luego... los tres reales, y el ivierno,  
que se pué regilal sin cuasi leña,  
ni aceiti p'al candil, ni ná de trigo,  
que se poni á cincuenta la janega.

No quea más que el ajo de patatas,  
Si hay algo de cundío pa cocelas,  
que no lo habrá si la mujel no sali  
por áhi avelgozá con la aceitera.

Yo podía robali al amo mesmo  
bellotas y aceitunas pa vendelas,  
y cosas de más valía que tieni  
juera de casa y en su casa mesma.

Pa jacelo me sobran asaúras,  
me sobra halbeliá, me sobra fuerza,

pero ejaba perdía á la mi genti  
si en el ajo me cojin y me enrean.

¡Y aunque no! Ni mi padri jizu eso,  
ni me ijo en jamás que lo jiciera,  
ni aninantis he sólo de la uña,  
ni quieri la mujel que ahora lo sea.

¡Ni falta que jacía ni pensalo  
con un jornal continuo de peseta;  
pero súas y súas como un negro  
y á ganalo algún mes cuantis que llegas.

¡Y asín tieni que sel! Yo no me arrocho  
á jacel la brutá, más que muera,  
porque á mí no me sali la robaina  
y antis me junda que me jaga á ella!

Seguiremos asín, como poamos,  
aguantando, aguantando lo que venga,  
jasta que ya se llenín las medías,  
¡porque me gieri que el muchacho y ella  
no se puean jartal de pan de trigo  
ni un torresnino pa colalo tengan!...»

Por aquí iba Francisco en sus pensares  
cuando de pronto resonó ya cerca  
el trote de la jaca que montaba  
el amo que no daba la peseta.

Y ante Francisco en ademán airado  
gruñó el verdugo con la voz muy seca:

«No quiero jornaleros comodones  
que á la sombra tan frescos se me sientan,  
ni señoritos finos que se tardan  
una hora en comerse la merienda.  
La herramienta parada, tú sentado,  
y luego, ¡que te paguen á peseta!

Te debo medio día, deja el corte  
y á la noche te vas á por la cuenta.»

No dijo más, y al trote de la jaca  
salió del olivar por la vereda.

Mirándolo Francisco como á veces  
suele mirar al domador la fiera,  
murmuró con la voz un poco ronca,  
preñada de amenazas y algo trémula:

«¡Me caso en Reus!... ¡Lo que yo jaría  
si el chico y la mujel se me murieran!...»

## EL DESAFÍO

EN la izquierda la guitarra,  
la navaja en la derecha,  
terciada la manta al hombro,  
la faja encarnada suelta,  
la actitud provocativa,  
la mirada descompuesta,  
roja de rabia la cara,  
ronca la voz y algo trémula,  
así apostrofaba el mozo  
más rumboso de la aldea  
á cuatro ó seis rondadores  
que invadieron la calleja  
donde el mozo le cantaba  
cantares á su morena:

—¡Me caso en Reus! Los majos  
que asín de mí se moflean,  
jechin el paso p'alanti  
como el que jabla lo jecha!



Si alguno tieni asaúras  
y halbeliá más que lengua,  
jala p'alanti ahora mesmo,  
que al que de mí se grojea,  
sé yo jaceli una raya  
pa embajo de alguna teta.

Sos tengo bien alvertío,  
por ajuyir de quimeras,  
que cuando yo jechi rondas  
á la vera de ésta reja  
calli la boca quien pasi  
pa que le salga la cuenta,  
y jaga que no m'a visto,  
y andi agúo y no se güelva,  
que esta calli es pa mí solu  
dendi que Dios anocheza.

Y en esi corru hay alguno  
que quié que le dé en la jeta  
y jaga un bochi y lo entierri  
al mesmo pie de esta reja  
pa cantali luego encima  
lo que él cantali quisiera  
á una mujel que le ajuyi  
y á cá minuto lo avienta.

Si quié dil de golpi al bochi,  
eji el corru y acá venga,  
y si el humol no le ayúa  
y el mieo le jormiguea,

ayuáli los del corru,  
que pa tós acaso tenga.

¡Jala p'alanti los cinco,  
que aunque sin naide me vea,  
enjamás he rejilao  
ampié la ventana estal—

Así dijo el bravo mozo,  
y á saltos como una fiera,  
lanzóse hacia los del grupo  
que, sin grande resistencia,  
dejaron en un momento  
despejada la calleja.

Tornó el mozo á la ventana  
de la muchacha morena,  
y la guitarra pulsando  
hirió con rabia las cuerdas  
y al aire lanzó esta copla  
con la voz un poco trémula:

—«No le jurguis al león  
que anda alreor de la jembra,  
ni te enredis con el hombri  
que canta al pie de una reja.»



## CARA AL CIELO

QUÉ nochi tan rica!  
¡qué luna tan guapal  
Cuantis llega esti tiempo, compadri,  
no me jago á dormil en mi casa.  
Me agino en el patio,  
me asfixio en la sala,  
los violeros me jacin ronchonis,  
me ajogan las mantas  
y p'alivio me pongo mōorro  
cuando da en guarreal la muchacha  
y su madri en cantali al oío  
sin chispa de gana.  
¡Y luego un bochorno  
que dan cuasi ansias!  
—¡No sigas p'alanti,  
que lo mesmo, lo mesmo me pasa!

—¡Te digo que hay nochis  
que no pueo pegal la pestaña!  
Justamenti me queo traspuesto  
cuando va á clareal la mañana,  
¡y asín me levanto  
con los ojos que escuecin que rabian,  
los güesos molños,  
la cabeza que asín se me anda  
y una derrengueta  
que no pueo engiestalmi en la cama!  
Pero n'ámas que vieni el güen tiempo,  
me esmonto de casa.

La mujel se esconfía que ajuyu  
d'ella y la muchacha  
pa roncal ondi naide me espierti  
, y ondi haiga frescanza;  
pero yo, pa si cuela, le igo:

«¡Quedrás que en la cuadra  
se empocheza la pobri la burra  
ú quedrás que se acabi de flacal  
Bien de mal se me jaci de nochi  
jechal caminatas  
y aguantal con el cuerpo el recencio  
de po las mañanas;  
pero á vel: si embochamos la burra  
en el tiempo mejol pa que paza,  
me dirá que sigún es el cuidio,  
le jechi la carga...»

Y asín se la enreo,  
cuando dici que ajuyu de casa!

¡Qué nochi tan rica!  
¡qué luna tan guapa!...  
No hay ná que me sepa  
como estalme tumbao á la larga  
mirando p'al cielo  
y escuchando cantar la caraba,  
los capachos, los bujos, los grillos  
y tamién las ranas  
cuando cantan asín algo lejos,  
que ampié de las charcas  
me ponin mōorro  
con aquel sonsoneti que arman.  
¡Miá que está una nochi  
jasta allí de clara!...  
¿Quién habrá jecho aquello de arriba?...  
¡Miá que es cosa guapa!  
¡Mentira paeci  
que no se mos caiga,  
porque mira que están las estrellas  
en el airi n'ámas!  
¡Y cuidiao que son unas pocas!  
¡Y cuidiao que están todas altas,  
que si se cayeran  
bien mos estripaban!

Y la luna tamién, ¡miá que es cosal  
¡Qué bien jecha que tieni la cara!  
¡Esa sí que paeci imposibli  
que no se mos caiga  
porque está como cuasi esprendía  
si te queas parao á mirala!  
¡Miá que es cosa esa!  
¿Quién dirás que la ha jecho?..

—¡Pus vaya

con unas preguntas  
que jadis tan cándidas!  
¿Pus quién jizu el mundo?  
¡Pus Dios! No sé n'ámas,  
porque estoy cuasis ya trascordao  
de cómo lo jizu, que bien lo galraba  
cuando anduvi de chico á la escuela  
aprendiendo esas cosas tan guapas.  
Pero tienis al mi Gelipino  
que ahora mesmo de golpi te galra  
qué jizu Dios hoy,  
qué jizu mañana,  
qué jizu al desotro...  
y asín te lo acaba.

Yo no pueo palralo seguío  
porque ya la memoria me falla  
y además se me enrea la lengua  
con tantas palabras.

—¡Lo mesmo, compadri,

lo mesmo me pasa!  
se me jaci un ñúo  
que no pueo siquiá meneala  
cuantis güeli que vienin en ringla  
dos palabras ú tres de las malas.  
Pero mira, tamién yo me acuerdo  
de que altoncis asín lo enseñaban,  
y siempre se ha oío  
de que Dios jizu el mundo...

—Y mos basta

sabel quién lo jizu:  
eso sé yo n'ámas.  
—¡Es que no falta genti de estudio  
que se poni á lleval la contraria!

Mos estaba jerrando las bestias  
hogaño en la plaza  
don Silvestri, el albéital, pa dilnos  
á la Virgen del Valle, á pujala.

¡Juy, Dios, si lo oyis!  
¡Juy, cómo galraba!  
Daba gusto oílo,  
pero daba también repunanza,  
porque jizu tamién de la Virgen  
asín como guasa.

Yo no pueo explicalti el sentío  
de tantas palabras,  
pero vinon á dal á que el mundu  
no lo ha jecho el de arriba y que n'ámas



que él solu se ha jecho,  
pero asín, sin que naide lo jaga!  
¡Miá que es cosa esa  
tamién algo parda!  
Entavia le dijo  
tío Prudencio con algo de guasa:  
«¡Jaga usté las bolas  
más chiquinas, que asín no mos pasan!»  
¡Juy, cómo se puso!  
Mos llamó genti bruta, de rabia  
y mos dijo: «El que puéa, que aprenda,  
que yo tengo pa mí que me basta!»  
—¡Pus más le valía,  
ya que tanto jabla,  
aprendel á curalnos las bestias,  
polque á mí me queó sin pollanca,  
y á Ginio sin burru,  
y á ti sin guarrapa!...  
—¡No la mientes, porque un garrabuño  
se me jacin las tripas, de rabia!  
Di que no jué acuerdo,  
cuando tanto galraba en la plaza,  
pero ya verás tú si le igo  
cuantis yo me lo jechi á la cara:  
«¡No se jabla tan mal del de arriba  
pa jechalsi usté mesmo alabancias,  
que la genti tamién comprendemos  
lo que cá uno jaga,

lo que cá uno envente,  
lo que cá uno valga...  
Y si no, ya ve usted, yo le pongo  
esta comparanza:  
El de arriba mos dá los ganaos  
y usté mos los mata!



## BÁLSAMO CASERO

ESTAMOS perdíos,  
no hay que dali güeltas,  
que ya estoy mu jarto  
de jechal la cuenta  
y cá ves que güelvo  
se me poni dolol de cabeza.  
—Quico, no te agines.  
—Paecis boba, Cleta;  
¡quedrás que me esponji,  
ú que baile, ú que jaga fachenda  
mentris que la genti  
mos jaci esta cuenta:  
«Diés al escribano,  
deciséis á tío Lucio Candela,  
nuevi á la comadri  
y ocho á tía Endelencia,

sin contal los caños de hogaño,  
que entri tó, pues se arrima á sesenta.

Y no miento al médico  
ni al jerrero, que ya se mos quejan;  
ni te meto la renta de hogaño,  
ni el trimestri, que ya se mos llega,  
que sólo de costas  
un duru te cuesta.

¡Estamos perdíos...  
no hay que dali güeltas!  
U se vendi el cachujo de casa,  
ú en cueros mos quean...  
¡ú me ajorco y me ajorro de andalmi  
jechando más cuentas!

—¡Vamos, no esvaríes,  
que ni en groma, ni en groma siquiera  
debin de mentalsi  
brutás como esa!

Y más que las trampas  
tampoco te aprietan  
pa que asín te agines,  
pa que asín de ajogao te veas.

Verdá que se debin  
toas esas gabelas;  
pero, mira, tenemos posibles  
pa pagal sin vendel de jacienda.

Treinta durus quiciás la potranca  
te vali en la feria;

tres guarrapos á cinco, son quinci,  
y preñá la lichona mos quea;  
entri yo y la muchacha otros cinco  
mos ganamos, jilando dos telas,  
que quiciás esti ivierno poamos  
    jilal dos y media;  
con los burrus, á días perdíos,  
tú te sacas tres durus de güebras,  
y las miajas de rastras que faltan  
    y el réito que sea,  
lo poemas matal con jornalís  
    de la aceitunera,  
    de los cavucheos  
    y de la laveria.

    Si asperan un año,  
no se quea á debel una perra.

    Y en cuenta no meto  
lo primero que pára la yegua,  
    que está sentenciao  
pa si al cabo se casa Teresa,  
    que hay que jateala  
    bien de ropa nueva.  
    ¿No ves cómo sali  
    pa salil de deudas  
    sin mental la casa

ni decilmos brutás como aquella?

—¡Hora! ya lo veo;  
no sé jechal cuentas

porque no pienso en esos rinconis  
que á ti te si acuerdan.

Lo que jago es ponelmi mōorro  
cuando doy en quereli dal güeltas;  
y con estas que tú me has jechao,  
me has barrío el dolol de cabeza...

## EL BAÑO

CUIDIAO que es valienti  
la moza de tía Juana!  
Estaba yo esti Agosto  
bañándome en el Cáparra,  
que yo una ves al año  
me lavo el cuero n'ámas  
por mó de que no gruñan  
mi madri y la muchacha  
que dicin que un remúo  
le curto cá semana.

Andaba yo jaciendo  
cosinas con el agua,  
que á mí me gusta mucho  
de recio meneala,  
jacel chapiliteos  
pa veli las roangas



y dalmi chapuzonis  
lo mesmo que las ranas...

Estaba yo escuidiao  
y á ná que miro, ¡Blasa  
con unas guarrapinas  
que vieni á dali agua!...

Me jundu de repenti  
y dejo juera n'ámas  
que un cacho de cabeza,  
que cuasis me ajogaba  
cá ves que me venían  
las bambeás del agua.

Yo diji: cuantis cuantis  
que beban las guarrapas  
se jecha ella á la uña  
lo mesmo que una cabra.

¡Pues ésta es la que vieni  
jaciendo asín la engaña  
y ampié de la mi ropa  
se sienta en una lancha!

Yo, jecho un garrabuñu,  
quietino me aguantaba,  
y á vel si ella ajuyía,  
tosí sin chispa gana.

¿Y sabís lo que jizu?  
Pus levantalsi n'ámas,  
y asín como jaciendo  
que á mí no me miraba,

tenía ampié la orilla  
sujetas las guarrapas  
y asín, pa que yo oyera,  
de recio le jablaba:  
—¡Guarrapal ¡Chiquia, chiquia!  
¡Mal congrio sos entrara,  
que estáis muertas de jambri  
y aquí queáis la grama  
pol dilsos de rabío  
goliendo las retamas!—

¡Y firmi que te firmi,  
pegá como una lapal!

Yo estaba ya entumfo,  
que el cuerpo se jartaba  
de estal amojicao  
pa no salil del agua.  
Y tuvi que pasalmi  
la mano pol la cara  
y asín dicili á ella:

—Mejol es que te vaigas,  
que yo no aguanto el frío,  
ni soy nenguna rana,  
y tengo que engiestalrni  
y está somera el agual...

Y asín como jaciendo  
que á mí no me escuchaba,  
se jué diendo la moza,  
diciendo á las guarrapas:

—¡Guarrapas! ¡Chiquias, chiquias!  
¡Hum, má que sos criara,  
que vais á golel canchos  
y aquí queáis la grama!

## EL LOBATO Y LA BORREGA

### I

**E**RA una mañana  
del mes de las brevas.  
El es un lobato  
y ella una borrega;  
él está en el árbol  
llenando la cesta  
y dice mimoso  
cuando pasa ella:  
—Ven á comel jigos  
de la mi jiguera!

### II

—Madri: Pericocho,  
si está en la su güerta,

me dici asín siempri,  
cuando paso cerca:  
«¡Ven á comel jigos  
de la mi jiguera!»  
—¡Quita, que es un brutu!  
¡No los comas, prenda,  
que esos jigos sabin  
á jiel de la tierra!

## III

Otra mañanita  
del mes de las brevas  
cerca del lobato  
pasó la borrega.  
—¿No quieris tú jigos  
de la mi jiguera?  
—¡Si dicin que sabin  
á jiel de la tierra!...

## IV

¡Cuánto tiempo en casa!  
¡Cuánto tiempo enferma!  
Cuántos cuchicheos  
en las callejuelas,

y en las resolanas,  
y en la misma iglesial  
Se quedó amarilla  
como caña seca.  
¡Por poco se muere,  
la pobre borrega!  
Y en cambio el lobato  
¡qué lomos, qué fuerza!

## V

Y otra madrugada  
del mes de las brevas,  
de las tempranitas,  
de las sanjuaniegas...  
cuando están los trigos  
de color de cera,  
cuando las escobas  
más amarillean  
y el color incuba  
de fiebre materna  
la segunda cría  
de las linaceras,  
cerca del lobato  
pasó la borrega.  
—Mañana temprano  
güelvi á la mi güerta,

que otra ves hay jigos  
en la mi jiguera!

. . . . .

¡Qué guapo y que bruto!  
¡Qué gruñir de bestia!  
¡Qué callar tan manso  
de herida cordera!...

## CAMPOS VIRGENES

EN tierras de Extremadura,  
donde una raza se cría  
toda vigor y frescura,  
nacieron Pedro y María,  
la fuerza y la donosura.

Tuvieron amores rudos  
de los hondos, de los mudos,  
de los ingenuos amores,  
de los amores desnudos  
que prometen más que flores...

Ella bella y montesina  
y él montesino y fogoso,  
eran el roble y la encina,  
la clara luna marcina,  
y el sol de Julio ardoroso.



Antes de la sementera,  
cuando vecina ya era  
la ansiada fecha dichosa  
de aquella unión fructuosa  
que ya la pareja espera,

estaba el ardiente mozo  
descuajando inculto trozo  
de rica tierra bravía...  
pensó en el trigo con gozo,  
pensó con fuego en María...

¡Y ved qué sabrosa cosa  
de pronto los dos gozaron!  
Por la senda polvorosa  
pasó la muchacha hermosa  
y así á voces platicaron:

—¡Adiós, Pedro!

—¡Adiós, María!

—Tierra bien jolgá, y de sierra...

¡Lo que le jechis te cría!...

—Y asín debi sel la tierra  
y asín la genti... agraecía...

¡Oh, quién la dicha me diera  
de ver tras la venidera  
ansiada unión venturosa  
el hogar y la panera  
de la pareja briosa!

## LA CENÉFICA (1)

Yo no sé explicalo  
porqui á mí se me enréa la lengua  
con esas palabras que train los papelis  
dendi las ciudaes ondi las imprentan;  
pero he comprendío  
que la Reina le ha dao á Plasencia  
una cosa asinas  
como una *Cenéfica*,  
que es aspecie de un premio mu fino  
porque jué mu güena  
cuando los soldaos  
vinon de la guerra.  
Yo no pueo explical lo que es eso  
que ha dao la Reina,

---

(1) Leída en la Velada organizada por la Cruz Roja de Plasencia para celebrar la concesión del título de «Muy Benéfica» otorgado á esta ciudad por su humanitario proceder con los repatriados de nuestras guerras coloniales.

pero no habrá ciudá en toa España  
que más lo mereza.  
Que lo igan, si no, Juan Berruga,  
Gorio el de tía Petra,  
Gelipi el Conejo  
y el mediano de tia Macarena.  
Cuando los yanquisis  
mos rebaron las tierras aquellas,  
p'allá estuvon éstos  
pasando las penas.  
Ná más que de oflos contal sus trabajos  
se queaba aginao cualisquiera.  
¡Me caso en la luna,  
qué jielis tan negras,  
qué ajogos tan grandis,  
qué vía tan perra  
se pasaron los cuatro enfelices  
que tan güenos eran!  
Aquí se quearon  
toas sus querencias,  
agínas las madres y cuasi perdía  
la miaja é jacienda,  
que no da ni siquiá pa los pagos  
cuantis que se afloja de bregal en ella.  
Aquí, sin sabersi  
si muertos ya eran  
pa rezali siquiá un Padrinuestro  
ú jechali un responso en la Iglesia;

y ellos, mentris tanto  
pasando miserias,  
sufri que te sufri,  
pena que ti pena,  
rabia que ti rabia,  
brega que ti brega...

Cuasi esnúos y muertos de jambri,  
con el jato á cuestas,  
¡vengan días sin miaja é descanso  
y nochis de vela,  
con el alma affigfa de ansionis,  
con el cuerpo jechito una breva,  
y la vía prendía de un jilo  
abocaos cá instanti á perdela!

¡Asín se quearon  
como sanguijuelas!

Paecía mentira  
que ellos mesmos ¡ueran  
los que andaban p'aquí más alegris  
que unas pascualejas,  
sanos, respingonis,  
coloraos y llenos de fuerza.

Daba gustu velos  
cargal las janegas,  
ú estranchal de tres golpis un leño  
con la segureja,  
ú amarral los novillos á uña,  
ú tiral la barra los días de fiesta.

Y vinon transíos  
con el propio colol de la cera,  
sin ganas de groma,  
sin chispa de juerza  
y daños de adrento los cuatro,  
que el miralos doblaba las penas.  
No trañan ni un probi remúo,  
ni siquiá una perra  
pa mercal boticas  
ú jacel una miaja merienda.  
¡Juy, cómo llegaron  
los cuatro á Plasencia!  
¡Cascan todos si no ven tan pronto  
la quería ciudá de su tierra!  
Unos señoronis  
que viven en ella  
los estaban al tren esperando.  
¡Qué genti más güena!  
¡Juy, Dios mío, si tós los señoris  
juesin en el mundu como aquéllos eran!  
¡Juy, Dios mío, si toas las ciudaes  
se golviesen igual que Plasencia!  
A tós los jeríos  
los curaban con cosas bien güenas,  
y tenían tamién camas finas  
pa acostal los maletos en ellas.  
Llamaban un méico  
pa qui allí los viera

y le daban caldos  
de güenas pucheras,  
y le icían tamién muchas cosas  
pa quitali una miaja la pena.  
Y á los sanos tamién los trataban  
con delicaezas  
y le daban tabaco y licoris  
de esos güenos que tanto calientan.  
Bien lo puede Plasencia decilo,  
que si no es por ella  
más de cuatro sin ver á su madri  
cascan de cansera.

¡Qué bien jecho está eso que dicin  
que jaci la Reina  
de dali esa cosa  
que llaman *Cenéfica*;

porqui no habrá ciudá en toa España  
que más lo mereza!

¡Juy, si tós los señoris del mundo  
como aquéllos jueran!

¡Juy, si juesin tamién las ciudaes  
igual que Plasencia!...

. . . . .

¡Vivan los soldao !  
¡Viva nuestra tierra!  
¡Vivan los señoris!  
¡Viva la *Cenéfica*!



## LA GEDIHONDA

### I

Asín jablaba la madri,  
y asín el hijo jablaba,  
el hijo ajogao de aginos,  
la madri ajogá de lágrimas,  
él jechao y ella encogía  
á la vera de la cama.

—Si sigues asín penando  
te mueris hijo del alma,  
y si te casas con ella,  
te jundis y á tós mos matas.

¿Oadi tienis la cabeza,  
óndi tienis las entrañas  
que no te se jacin migas  
de vel las gielis que pasa  
tu padri, que tó lo sabi  
manque no te dici nada?



¿Ondi tienis tú los ojos  
pa no vel en lo que paras  
cuantis que logri enrearti  
la serpiente que te engaña?

Pa ti no es eso aparenti,  
ni ella con tu genti encaja,  
ni á ti, Gelipe, te sali  
esi rumbo que ella gasta.

Y entavia más malo que eso  
es que tieni mala fama,  
y á tós los hombris los quieri,  
y cómo á ti los jalaga;  
y acuérdate tú, Gelipi,  
que pol jacel cosas malas,  
jasta el alcaldi y el cura  
quison del pueblo aventala.

Una mujel que ha venío  
de alguna ciudá mundana,  
¡que habrá jecho pa estal sola  
sin naide de la su casta!...  
¡Qué habrá jecho! Lo que dicin  
que jaci aquí: cosas malas  
que á mí me cuesta dicilas,  
pero á ella jacelas, nada.

Bien sabis tú que la genti  
la Gedihonda la llama  
porque dicin tós los hombris  
que, endi lejos, giedi á mala.

Y tú, cieguino á querela,  
y ella, jiciéndote cara  
pa empicarti á su persona  
ó calentarti la entraña.

¡Y bien que lo ha conseguido!  
¡Y bien la genti lo jabla!  
¡Y bien se agina tu madri  
por ti, Gelipi del alma!

Dicin que bebel te ha jecho  
de una bebía mu mala  
que á los hombris entonteci  
pa hacelos querel sin gana.

Y asín debi sel, Gelipi,  
Gelipi de mis entrañas,  
que tú eras bueno aninantis  
y nunca gielis nos dabas,  
y ná de mundo sabías,  
y siempre quietino en casa,  
jasta te daba velgüenza  
si de novias te jablaban.

Y jaci un año corrío  
que eris otro, hijo del alma;  
ajuyis de andi tu madri,  
duermis poco, no trabajas,  
comes como un pajarino  
y ya solino te encamas.

Tó jué porque te empicastes  
á esa serpiente mundana

con la que dici la genti  
que aunque te matin te casas.

Imi si es cierto, Gelipi,  
pa yo morilme de ansia,  
pa que se ajogue tu padri,  
pa que se aflija tu hermana,  
pa dicilte que te jundis  
y deshonoras la tu casta,  
porque esa mujel perdía  
endi lejos giedi á mala.

## II

Asín jablaba la madri,  
y el hijo asín contestaba:  
—Madri, me quieri y la quiero  
manque dicin que es mundana.  
Ni pueo ejala á ella,  
ni á usté quiero yo matala...  
Ejalmi moril de queo  
y queáis iguales dambas!...

## LA FABLE DEL LUGAR

(IMPROVISACIÓN)

CUANDO yo güelva al pueblo y me diga  
mi compadri Cerilo el de Cleta;

—Pero escucha: ¿pus ándi has estao

pa que asina vengas

fachendoso como un pavo güero

que de puro fanfarria se encrespa?

Pus, hombri, paeci

como si te habieran

jecho jues de estrución de ripenti

pa jacel fachenda!

—Pus de Cáceres vengo, compadri.

¿Te jaci algo é mella

el pensal si yo tengo ó no tengo

genti de la güena

pa si se me ofreci

metel enfluencias?

Pus si estás rescocío por eso  
dati con manteca  
porque naide te tieni la culpa  
de que un naide seas  
que no sabis námas  
que ajuntar una miaja las letras,  
tratal con el burru,  
dirte á la taberna,  
ú chalral á bandujo de cosas  
que no tienin cuenta.  
—Hombre: no te igo  
que andi bien de letra,  
porque es cosa que no me ha tirao  
ni siquiá cuando anduvi á la escuela;  
pero, mira, tamién arrempujo  
si se ofrece metel enfluencias,  
porque el nuestro señol deputao  
cuando vino á los votos—¿te acuerdas?—  
se jué de jocicos  
á mi casa mesma,  
y al marcharse me dijo: «Cerilo,  
pide lo que quieras  
porque ya te he dicho  
que á ti te se aprecia.»  
—Calla, no me jablis  
de las cosas esas,  
que námas de oílas  
no me jaci coción la merienda,

lo que el tu deputao quería  
era que metieras  
drento de la urnia  
la su papeleta!

— ¡Vaya unos quereris  
esos que me mientas!

Los quereris de adrento, compadri,  
son de otra manera...

y me obliga á decírtelo námas  
que pa que lo sepas.

Cuando yo á la ciudá juí ahora  
námas que quisiera  
que habieras golío

los convitis que me han jecho en ella  
námas por que dicin  
que sé algo de letra.

Unos señoronis

que jablaban más finos que pelras  
se ajuntaron, asín que me vieron,  
jablaron con priesa

y le andaban diciendo á los otros  
en la calle mesma:

«¡Señoris, señoris!  
á vel qué se piensa,

que ha venío pa acá de las Jurdis  
un muchacho que sabi de letras,  
que jaci aleluyas,  
que jaci comedias,

que jaci unas coplas  
jasta allí de güenas!»  
«¡Pus á convialc!  
y que el hombri se jaga la cuenta  
de que aquí solamenti hay convitis  
pa quien los mereza.»  
¡Compadri, compadri!  
Námas que quisiera  
que por un bujerino bien chico  
golfo lo habieras.  
¡Juy, Dios, qué salota!  
¡Juy, chico, qué mesas!  
¡Juy, Dios, qué comías!  
¡Juy, que güenas bebías aquellas!  
¡Juy, qué cigarrones!  
los llamaban brevas,  
como aquí nombran tós á los jigos  
más tempranos que dan las jigueras.  
¡Qué ricos, compadri!  
¡Aquello es canela,  
y no los pitillos  
de las pitilleras  
que paeci que sabin á istierco  
y á jiel de la tierra!  
¡Y vengan cafesis,  
y vengan botellas  
que estrumpían lo mesmo que tiros  
y jacía el licol al verterlas

un espumarajo  
que cocía de puro la juerza.  
Y luego, compadri,  
¡qué lenguas aquellas  
pa brindal y ponel pol las nubes  
las cosas de letra!  
Yo no pueo explical lo que dijon,  
pero dijon tamién cosas güenas  
de las coplas que jice hogañazo  
pa imprimentalas en libro, ¿te acuerdas?  
¡Compadri, qué gentis  
tan finas aquellas,  
qué gentis tan listas  
y tamién qué güenas!  
Los quereris de aquellos señorís  
son quereris de adrento; ¿te enteras?  
Porque ná te piden  
ni ná de ti esperan  
y námas te quierin  
porque dicin que sabís de letra,  
y como ellos son listos, le gusta  
que la genti sea lista y espierta,  
porque, mira, pá brutos ya bastan  
entri güeyis, guarrapos y bestias.  
— ¿Y tú qué decías  
cuando vías aquellas finezas  
que han jecho contigo  
pol sabel de letra?



—Pus, compadri, pal caso, ni chispa,  
polque yo pa decil cosas güenas

paeci que me jacin

un ñúo en la lengua;

pero, mira, compadri, te digo

que si yo te viera

dir el río abajo

con la genti aquella

y á ti ó á ellos námas

sacalsos pudiera,

te ajogas, compadri,

como rata vieja,

aunque mil jorgoritos jiciesis

pa querel conserval la pelleja...

¡aunque en crus me pidiesi socorro

la comadri Cleta!

¡Ya ves tú si vendré agraeció

de la genti aquella!

Námas una espina

me escarabajea

pa en dentro, pa en dentro

de las entritelas:

no poeli habel dicho á la genti

con palabras bien finas y güenas:

«¡Señoronis, que yo no merezo

toas esas querencias!

¡Que Dios vos lo pagui

y que yo de verdá lo agraeza.»

## PLÉTORA

Yo no sé qué tieni,  
qué tieni esta tierra  
de la Extremaúra,  
que cuantis que llegan  
estos emprecipios  
de la Primavera  
se me poni la sangri encendía,  
que cuasis me quema,  
se me jincha la caja del pecho,  
se me jaci más grandi la juerza,  
se me poni la frenti moorra  
y barruntu que asinas me entra  
como un jormiguillo  
que me jormiguea...  
¡Y luego unas ansias  
que me ajogan de juerti que aprietan

con arrempujonis  
de lloral sin querel, que me quean  
que cuasis reviento  
sin poel revental de la pena!...  
¡Me dan unas ganas  
de metermi con cosas de juerza!...  
¡Asin jundo el corti  
dè la segureja,  
que lo mesmo ha caío esta encina  
que si juesi de pura manteca!  
Yo no sé qué será lo que adentro  
me escarabajea  
cuantis llega esti tiempo tan güeno  
de la Primavera!...  
Digo yo que serán estos vahos  
que jecha la tierra,  
que güelin á ricos  
y paeci que, asín que se cuelan,  
como que arrempujan  
de adrento pa juera,  
y levantan el pecho pa arriba,  
y entontecin de gustu que quean...  
¡Juy, cómo me sabin!...  
¡Juy, Dios, y qué juerza!...  
Si viniese ahora mesmo aquí Gorio  
y quisiesi luchal una güelta...  
¡Juy, Dios, qué Goriazó  
le jacía pintal en la tierra!

---

Me gusta esti tiempo  
de la Primavera,  
pero ¡congriol me da mucha rabia  
no tenel una cosa que puea  
sacalmi del cuerpo  
el comuelgo ná más de la juerzal...



## EL CANTAR DE LAS CHICHARRAS

### I

QUE se queman los lugares,  
los azules olivares,  
los dormidos encinares,  
y las viñas, y las mieses, y los huertos,  
bajo el hálito encendido  
que desciende desprendido  
como plomo derretido  
de este sol abrasador de los desiertos.

Se han dormido las riberas,  
y las gentes de las eras,  
y las moscas volanderas,  
y los flacos aguiluchos cazadores;  
se han dormido en la hondonada  
la pacífica yeguada,  
la doméstica boyada,  
los mastines, el rebaño y los pastores

En los rígidos pimpollos  
de alcornoques y trepollos  
se recogen con sus pollos  
angustiados pajaruchos montesinos,  
y en los céspedes dormitan,  
ijadean y palpitan,  
se sotieñan y crepitan  
anillados gusarapos mortecinos.

Fuego radian los jarales,  
y los grises pizarrales,  
y los blancos pedernales,  
y los líquenes de oro de los canchos;  
se platean los rastrojos,  
se requeman los matojos,  
se retuercen los abrojos  
y se azulan los aceros de sus ganchos.

¡Todo ha muerto en la comarca!  
hierva el agua de la charca  
que el ijar del toro enarca  
y acentúa de la alondra las congojas;  
vibra el aire en la colina,  
zumba el tábano en la encina  
é hipnotizan la retina  
las metálicas quietudes de sus hojas.

Yo los párpados entorno  
bajo el peso del bochorno,  
viendo á medias en el horno  
de la tierra la agonía del paisaje,  
y me sueño con las frondas,  
con los ríos de aguas hondas,  
con las márgenes redondas  
de los lagos circuidos de follaje...

La extensión indefinida  
de la tierra empedernida  
pierde el tono de la vida  
que en el seno sólo vive de la idea...  
es el sueño de un despierto,  
es la calma del desierto,  
es un vivo mundo muerto...  
¡es la ardiente Extremadura que sestea!...

Y la aduermen esta nota  
monorrítmica que brota  
de mi pobre lira rota  
que la reza bajo el palio de la parra  
y el unísono rasgueo,  
el isócrono goteo,  
el perenne martilleo  
del monótono cantar de la chicharra.



## II

Vete lejos, linda Andrea,  
que el bochorno me marea,  
me emborracha, me caldea,  
me pervierte los sentidos perezosos...  
Vete lejos, criatura,  
que en tus labios hay frescura  
y en mi sangre calentura,  
y en mi mente sueños árabes borrosos...

Muchachuela: no son esos,  
no son risas, no son besos,  
son más graves embelesos  
los que encantan mis ardientes mediodías...  
sonsonetes de chicharra  
sombra fresca de la parra,  
agua fría de la jarra,  
dulce holganza y uniformes canturías...

Hondamente enervadoras,  
blandamente abrumadoras  
las quietudes de estas horas  
se recuestan en el lecho de mi mente,

y el espíritu abatido  
que las vive adormecido,  
va rumiando su sentido  
gravemente, suavemente, lentamente...

¡Qué flojera, qué flojera!  
¡Qué pesada soñarrera!  
¡Qué enervante borrachera  
de pereza los sentidos narcotiza!  
¡Qué modorra, qué modorra!...  
¡Qué penumbra de mazmorra  
los contornos casi borra  
del premioso pensamiento que agoniza!...

Vete y vuelve, muchachuela,  
que me dejas una estela  
de frescura que consuela  
cuando pasas, cuando pasas á mi lado.  
¡Trae la jarra, trae la jarra!  
¡Que se calle la chicharra!  
¡Que las hojas de la parra  
mueva el hálito del céfiro encalmado!

¡Pero no, que el fuego es vida;  
y bajo esta derretida  
lumbre roja desprendida  
de ese sol abrasador de los desiertos,

vida incuban los lugares,  
sus azules olivares,  
sus dormidos encinares,  
y sus viñas, y sus mieses, y sus huertos.

Y entre tanto, lira mía,  
tú con bárbara armonía  
de chicharra, dile al día  
los contrastes que me brinda la fortuna:  
de mañana, brisa y parra,  
en la siesta la chicharra  
y á la noche la guitarra,  
las muchachas, los ensueños y la luna...

FIN DEL TOMO PRIMERO

# INDICE

## DEL TOMO PRIMERO

---

Págs.

---

|                                                 |   |
|-------------------------------------------------|---|
| AL LECTOR: LOS PROLOGUISTAS DE GABRIEL Y GALÁN. | 9 |
|-------------------------------------------------|---|

### CASTELLANAS

|                                     |     |
|-------------------------------------|-----|
| El ama. . . . .                     | 35  |
| Castellana. . . . .                 | 47  |
| Lo inagotable. . . . .              | 53  |
| Cuentas del tío Mariano. . . . .    | 57  |
| Regreso.. . . .                     | 63  |
| Ganaderos. . . . .                  | 77  |
| Puesta de sol. . . . .              | 81  |
| Mi montaraza.. . . .                | 83  |
| El poema del gañán. . . . .         | 91  |
| Presagio. . . . .                   | 103 |
| Del viejo el consejo. . . . .       | 107 |
| Canción.. . . .                     | 111 |
| Invitación. . . . .                 | 115 |
| Surco arriba y surco abajo. . . . . | 119 |
| A S. M. el Rey. . . . .             | 125 |
| Brindis. . . . .                    | 129 |
| De ronda. . . . .                   | 139 |

## NUEVAS CASTELLANAS

Págs.

|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| Las repúblicas. . . . .          | 147 |
| Los sedientos. . . . .           | 157 |
| Treno. . . . .                   | 163 |
| El barbecho. . . . .             | 165 |
| Noche fecunda. . . . .           | 171 |
| ¡Trisca, vaquerillo!... . . . .  | 175 |
| ¿Qué tendrá?... . . . .          | 177 |
| Las sementeras. . . . .          | 179 |
| Canto al trabajo. . . . .        | 185 |
| Mi música. . . . .               | 191 |
| A la montaña. . . . .            | 199 |
| Un don Juan. . . . .             | 205 |
| Los dos soles. . . . .           | 211 |
| El arrullo del Atlántico.. . . . | 215 |
| La balada de los tres. . . . .   | 223 |
| Ana María.. . . .                | 227 |
| A correo vuelto. . . . .         | 245 |
| La Galana. . . . .               | 249 |
| El amo. . . . .                  | 253 |
| Canción. . . . .                 | 255 |

## EXTREMEÑAS

|                                    |     |
|------------------------------------|-----|
| El Cristu benditu. . . . .         | 263 |
| Varón. . . . .                     | 271 |
| El embargo. . . . .                | 277 |
| La embajadora. . . . .             | 279 |
| El desahuciado. . . . .            | 283 |
| Sibarita. . . . .                  | 289 |
| Los postres de la merienda.. . . . | 291 |
| El desafío. . . . .                | 295 |
| Cara al cielo. . . . .             | 299 |

---

|                                      | Págs. |
|--------------------------------------|-------|
| Bálsamo casero. . . . .              | 307   |
| El baño.. . . .                      | 311   |
| El lobato y la borrega. . . . .      | 315   |
| Campos vírgenes.. . . .              | 319   |
| La Cenéfica. . . . .                 | 321   |
| La gedihonda. . . . .                | 327   |
| La fabla del lugar. . . . .          | 331   |
| Plétora. . . . .                     | 337   |
| El cantar de las chicharras. . . . . | 341   |

---



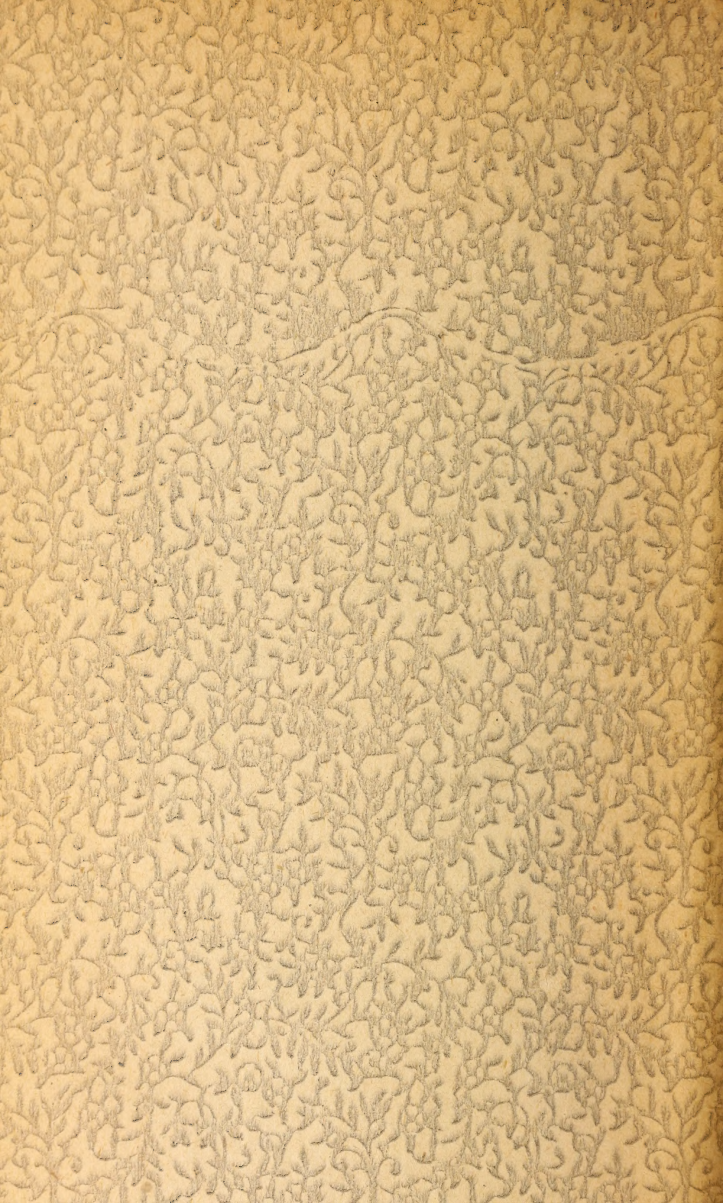
ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR  
EN LA IMPRENTA ESPAÑOLA  
DE MADRID, EN EL MES  
DE JUNIO DE 1912  
AÑOS











LS.

150146

G1183

Author Gabriel y Galan, José Maria

Title Obras completas. Vol.1

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU



